Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros

Horacio Zapater

F
3069
.Z36

AB

NUNC COGNOSCO EX PARTE

THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/losaborigeneschi0000zapa

LOS ABORIGENES CHILENOS A TRAVES DE CRONISTAS Y VIAJEROS

Horacio Zapater

LOS ABORIGENES CHILENOS A TRAVES DE CRONISTAS Y VIAJEROS

EDITORIAL ANDRES BELLO

© Horacio Zapater, 1973
Inscripción Nº 40.365

Editorial Andrés Bello
Ahumada 131 - Casilla 4256
Santiago de Chile

La tirada de esta obra fue de 2.000 ejemplares

Impreso en los talleres de
Editorial Universitaria
San Francisco 454
Santiago de Chile

INDICE

Prólogo 9

Valoración etnohistórica de las fuentes 11

I. Agricultores del norte. Las poblaciones indígenas de los valles . . . 29

II. Cultivadores del centro sur. Los pueblos araucanos 37

a) Los Picunches 39

b) Los Mapuches 43

c) Los Huilliches 70

III. Los montañeses. Recolectores del pehuén y cazadores de guanaco . . 79

IV. Los ribereños. Pescadores y recolectores de mariscos 87

V. Hispanización y frontera interior 97

VI. Atracción de la Pampa y vida pastoril en la Cordillera 105

VII. Difusión de elementos culturales hispánicos y el *limen* del Bío-Bío . . 117

Epílogo 129

Bibliografía 133

Glosario de voces indígenas 137

Con nueve ilustraciones
y un mapa.

247728

PROLOGO

Chile es, junto a México y Perú, uno de los países que cuenta con mayor *número de crónicas y relaciones de viajes donde se describen la vida y costumbres de los primeros habitantes.*

Este material bibliográfico constituye una preciosa fuente de datos sobre el pasado indígena. Se ha utilizado parcialmente la información proporcionada por historiadores coloniales y viajeros sobre determinados aspectos de una cultura, especialmente sobre los modos de vida de los Mapuches. *La única obra de carácter general escrita sobre la materia se debe a José Toribio Medina. Se publicó* Los aborígenes de Chile, *en 1882, en una época en que las disciplinas antropológicas estaban poco desarrollada en el país. Puede ser utilizado el trabajo por la información que contiene, aunque sus criterios clasificatorios resulten hoy anticuados y los grupos étnicos no estén suficientemente diferenciados.*

El presente estudio pretende representar la población indígena tal como se desprende del testimonio de cronistas y viajeros.

Como estos testigos eran europeos o criollos, los datos que proporcionaban corresponden a diferentes momentos de la penetración española en Chile.

Las únicas fuentes escritas, a las que se puede recurrir para reconstruir el antiguo estilo de existencia de los aborígenes del Norte Chico o de la Zona Central, proceden del siglo XVI. *En la siguiente centuria el proceso de hispanización estaba suficientemente avanzado como para esfumarse la barrera cultural entre las poblaciones autóctona y española. Al sur del Bío-Bío, durante la época de la dominación española y el siglo* XIX, *los datos que proporcionan las relaciones de la época muestran una difusión, a través de la frontera, de elementos culturales hispánicos, los cuales pasaron por el tamiz cultural indígena para ser reinterpretados, adoptados o rechazados. En las zonas marginales del país —canales fueguinos, región cordillerana austral— perduraron las maneras de vida de los aborígenes, escasamente alteradas por la influencia europea.*

Estas consideraciones hacen que el autor analice una relación de los siglos XVIII *o* XIX *en una región apartada de manera equivalente a como lo haría una fuente del siglo* XVI *para el Norte Chico o Zona Central, cuando el proceso de difusión cultural europeo estaba en sus inicios.*

La documentación histórica fue utilizada preferentemente para el estudio del pueblo mapuche en los primeros decenios de nuestro siglo. Posteriormente, en los últimos treinta años, se desplazó el centro de interés al norte del país y a la investigación arqueológica, pasando a segundo plano las fuentes escritas.

La publicación de crónicas inéditas y de obras de difícil consulta, en los últimos decenios, proporciona información sobre grupos étnicos de los cuales se tenían escasas referencias históricas. Así, la obra de Jerónimo de Vivar, Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile *(1558), suministra datos desconocidos sobre los indios del Norte y de la Zona Central; el* Compendio y descripción de las Indias Occidentales *(1629), de Antonio Vásquez de Espinoza, acerca de los pescadores de la costa norte del país; la publicación de la relación del viaje de Eduard Poeppig facilitó la consulta de una fuente importante*

para el conocimiento de la cultura indígena en la región cordillerana de la Araucanía.

Se dispone hoy día de una cantidad suficiente de datos, procedentes de crónicas y relatos de viajes, para intentar el estudio diacrónico de las distintas comunidades indígenas del país.

Esta obra examina la historia cultural de los aborígenes chilenos en el lapso comprendido entre la Conquista y la Pacificación. El documento más antiguo es la carta que envió don Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V *(1545), y el más moderno las Memorias relativas a la ocupación de Arauco por el coronel Cornelio Saavedra (1870).*

El lector podrá observar, en algunos capítulos del libro, un cierto desequilibrio en el desarrollo de los temas. Se debe a que la información proporcionada por el tipo de fuentes consultadas (crónicas, relaciones de viajes) es sumamente pobre y limitada sobre algunos grupos étnicos, y es, en contraste, copiosa y detallada respecto a otras tribus indígenas.

Los datos seleccionados de las fuentes han sido clasificados con criterio funcional. Se busca destacar la correlación entre la comunidad indígena y el ambiente físico donde vivía o moraba. Se procura señalar la integración de sus elementos o rasgos en contextos estructurados vitalmente. Si se muestran, por ejemplo, los materiales utilizados para la confección de una ruca, *o la técnica empleada para su edificación, hay que considerar también su función social al vincular familias y grupos de vecinos en el trabajo comunitario y en las festividades programadas al término de cada fase de la construcción de la vivienda. Podría así señalarse el complejo de la* ruca, *integrado por un conjunto de rasgos culturales.*

Se intenta en la primera parte de la obra (cuatro capítulos) bosquejar utilizando los datos disponibles, las unidades ecológicas culturales que encontraron los españoles al explorar el territorio.

La segunda parte del libro (tres capítulos) trata de la dinámica cultural: las consecuencias del histórico encuentro de la civilización occidental con los grupos indígenas. Se estudia la intensa aculturación del indio del Norte Chico y de la Zona Central, la difusión de elementos culturales europeos a través de la frontera del Bío-Bío y los cambios que provocaron en las maneras de vida indígena.

El autor espera poder desarrollar, en el futuro, algunos temas sucintamente tratados en esta obra, y consultar en otro estudio documentación de los archivos para ampliar las bases de la investigación. Basta a este libro, para cumplir su objetivo, guiar al lector en la evolución histórica de la temática indígena que, en última instancia, es una relación problemática entre grupos humanos culturalmente diferenciados.

VALORACION ETNOHISTORICA

DE LAS FUENTES

Las fuentes para el estudio de los aborígenes chilenos pueden ser clasificadas en dos grandes grupos.

Por una parte están los restos materiales, tangibles tanto del pasado como del presente de las culturas indígenas. Este material, esencialmente objetivo, es recogido por arqueólogos y etnógrafos con sus métodos y técnicas específicos.

Por otra parte, tenemos un testimonio indirecto, subjetivo, donde el hecho o suceso etnológico, al ser registrado por el observador, es interpretado bajo los propios patrones culturales de este último.

Los datos que proporciona la Arqueología permiten retroceder en el tiempo, señalando las fases de desarrollo de una determinada cultura. Pero al llegar a la época del encuentro de los pueblos ágrafos de América con la civilización occidental se necesita recurrir al segundo grupo de fuentes: a las relaciones. De este modo, a través del método etnohistórico, se puede lograr una mejor comprensión de la dinámica histórico-cultural postcolombina, y apreciar con más rigor científico los datos etnográficos actuales.

Las crónicas escritas durante los siglos de la dominación española en Chile facilitan una información, la cual, si se utiliza críticamente, puede ser valiosa.

Los historiadores coloniales eran, en su mayoría, eclesiásticos y militares. Españoles o criollos, su ambiente y educación, basada en la tradición católica y clásica humanista, hacían que estos hombres conservasen, en los tres siglos coloniales, algunos rasgos mentales comunes.

La escala de valores (religiosos, éticos, culturales), que regía su conducta, era absoluta. Profesaban la verdadera religión revelada por Dios y creían que los falsos cultos o supersticiones eran la obra del Diablo. Medían con normas cristianas los modos de vida indígena. Las costumbres de los aborígenes eran calificadas de bárbaras. El plano sobrenatural está siempre presente en sus escritos. La Virgen María y el Apóstol Santiago intervenían milagrosamente a favor de los cristianos. En las ramas de un árbol podían ver la figura de Cristo en la Cruz.

Sin embargo, pese a los rasgos mentales comunes, diferían en la manera de apreciar la conducta indígena.

En Chile, como en otras partes de América, hubo misioneros, funcionarios, y hasta militares, que polemizaban por la libertad cristiana del indio. Defendían la tesis de la guerra defensiva, la penetración misionera en tierra de infieles, los parlamentos, y la formación de pueblos de indios. Mantenían una posición que hoy día sería calificada de indigenista.

Otros opinaban de manera diferente. Juzgaban severamente al indio como incapaz de regular pacíficamente su vida bajo normas morales, o pautas de civilización. Sus alegatos tendían a someter al indígena por la fuerza de las armas y civilizarlos bajo la acción tutelar del español.

Las relaciones de los viajeros, en los siglos XVIII y XIX, plantean otra problemática. Eran hombres que procedían de Europa occidental, en una época, en que la Ilustración y la formación científica imprimían un espíritu crítico a los grupos dirigentes. Sus datos eran registrados con otras perspectivas.

Estaban desvinculados del medio social americano. Eran posiblemente más

AMERICA
TERRA AUSTRALIS INCOGNITA
A la Espada y el compas
Mas. y mas. y mas. y mas

imparciales. Se limitaban a observar, a registrar hechos, sin buscar cambiar el status del indígena, porque no les incumbía.

Los militares, viajeros, misioneros chilenos o extranjeros del siglo XIX, al hacer observaciones sobre la Araucanía hacen recordar en un aspecto a los cronistas, en los modos de planteamiento del problema indígena, a cuya solución se encontraban íntimamente comprometidos.

Se puede clasificar esta clase de fuentes, temporal y funcionalmente, en cuatro agrupaciones.

1º Cronistas de la exploración y conquista del territorio

La primera relación que tenemos en Chile son las cinco cartas que don Pedro de Valdivia envió al Emperador Carlos V.

Es famosa, en su primera carta, fechada en La Serena en 1545, la entusiasta descripción que hace de Chile (el territorio explorado en esa fecha llegaba hasta el río Maule). Destaca la excelencia de su clima, la abundancia de sus pastos, sembrados y ganados, y las ricas minas de oro. Busca entusiasmar "a los mercaderes y gentes que se quisieren venir a avecindarse".

En su tercera y cuarta cartas firmadas en Concepción se preocupa más del indígena que de la naturaleza. Queda asombrado del modo de combatir de los *Mapuches*. Explica detalladamente su táctica militar, sus armas ofensivas y defensivas, su valor guerrero. También hace acotaciones generales sobre los modos de vida de los indios.

Durante el gobierno de Francisco de Villagra (1554-1557) sólo tenemos dos breves relaciones de las cosas de Chile del Licenciado Juan de Herrera, quien proporciona algunos datos de interés sobre las costumbres de los *Mapuches* para hacer la guerra.

Los años en que fue gobernador de Chile don García Hurtado de Mendoza, es decir, en el período comprendido entre 1557 y 1561, se escribieron en Chile cuatro relaciones.

Tenemos el informe del propio Gobernador, escrito en enero de 1558, en la ciudad de Cañete de la Frontera. Cuenta este documento con pocos datos de interés etnográfico.

Las otras tres relaciones son muy significativas en lo que atañe a la exploración del país y de la gente que lo poblaba.

La exploración del litoral chileno desde el puerto de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes, por dos navíos y un bergantín al mando del capitán Juan Ladrillero, es narrada en dos relaciones de los años 1558 y 1559.

La del escribano Miguel de Goicueta y la del propio jefe de la expedición.

A la altura del puerto Juan Vicente una tormenta dispersó los veleros. Ladrillero continuó su viaje, cruzó el Estrecho de Magallanes, saliendo al Oceano Atlántico. En cambio, la embarcación de Goicueta sólo alcanzó hasta los 52º,5′ de latitud sur, como el mismo lo testifica.

En ambos documentos se describen minuciosamente la costa de los archipiélagos de Chiloé y de los Chonos, la península de Taitao y los canales fueguinos.

Destacan en sus relatos la fertilidad de la provincia de Ancud, las famosas canoas de tablas cosidas del Golfo de los Coronados, la aclimatación y adapta-

Portada de la Crónica de Gerónimo de Bibar (1558).

ción cultural a su medio de los indios de la zona, *Chonos* y *Alacalufes,* aunque resaltando lo precario y primitivo de sus recursos tecnológicos.

En la relación de Ladrillero figuran sus observaciones sobre los modos de vida de los *Onas* que moraban en el litoral de la Isla Grande de Tierra del Fuego, en la boca del Estrecho que mira al Atlántico.

En el mismo año 1558, el capitán burgalés Jerónimo de Vivar terminó de escribir una detallada historia del país, cuyo título completo expresa su valor de testimonio: *Crónica y relación copiosa y verdadera de lo que yo ví por mis ojos y por mis piés anduve y con la voluntad seguí, en las Conquistas los Reinos de Chile en los 19 años que van desde 1538 a 1558.*

Vivar vivió en Chile en el período de la Conquista. El abate Juan Ignacio Molina, en su *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile* cita el manuscrito del militar español en un *Catálogo de los escritores de las cosas de Chile.* Señala también que fue secretario de don Pedro de Valdivia.

También estuvo el citado capitán a las órdenes de don Francisco de Villagra y García Hurtado de Mendoza.

En sus andanzas recorrió el país desde el valle de Atacama hasta la boca del Estrecho de Magallanes. Exploró también el noroeste argentino, atravesando en su itinerario las actuales provincias de Jujuy, Salta, Santiago del Estero, Córdoba y Mendoza.

Es la crónica que contiene la descripción de mayor número de pueblos indígenas. Trata con bastante detalle los modos de vida de los *Changos, Atacameños, Diaguitas, Picunches, Pormocaes, Puelches, Mapuches, Huilliches* y *Cuncos* en territorio chileno. Al otro lado de la Cordillera proporciona información sobre los *Juríes, Lules, Comechingones, Sanavirones* y *Huarpes.*

En el último tercio del siglo XVI tenemos varias obras que proporcionan datos valiosos para la investigación histórica de los grupos étnicos de Chile.

La primera edición de *La Araucana* data de 1569. Se ha discutido el grado de validez histórica del poema épico de Alonso de Ercilla. ¿Se ha dejado llevar por su fantasía de poeta o por sus ideales caballerescos, al retratar al indígena, o bien hay datos que se corroboran por otras fuentes?

Podría ser calificada de crónica versificada, con las virtudes y defectos de una relación de su época.

Diego Barros Arana y Tomás Guevara niegan su valor de fuente.

Aducen que la formación literaria del autor, en las obras clásicas de la literatura grecolatina e italiana, hizo que personajes del poema, Caupolicán, Fresia, Galvarino, Lautaro, se transformasen en símbolos de la resistencia indígena a la dominación española, desdibujando su verdadera personalidad. Le achacan que las figuras femeninas, Tegualda y Guacolda, se conducen como damas cultas europeas, sin tener las maneras de comportamiento de la mujer mapuche. Las hazañas de Colo-Colo, Caupolicán, Fresia y Galvarino, los conceptúan como episodios imaginarios que forjaron una leyenda. Guevara estima que el suicidio del indio Mallen al fracasar su ataque al fuerte español no responde a la idiosincrasia indígena.

El juicio del etnólogo chileno es terminante: "hay que tomar con reserva en las investigaciones etnográficas de los pueblos aborígenes los datos de poemas y crónicas versificadas".

Indudablemente, es aceptable, en parte, esta crítica. Alonso de Ercilla es hijo de su época. Puede proyectar a sus héroes los modos de vida hispánicos. Su creación artística es la obra de un hombre que pertenece a la civilización cristiana occidental. Sus datos sobre algunas costumbres indígenas están enmarcados en su propia tradición cultural.

Pero la información que proporciona en el canto I sobre aspectos, especialmente militares, de la vida mapuche, es exacta, y confirmada en otras relaciones. Episodios que han sido considerados como creación poética del autor, la elección de Caupolicán, la conducta de Fresia, las arengas de Galvarino con las manos cortadas, los suicidios colectivos de guerreros mapuches para no caer en poder de los españoles, están también narrados por Jerónimo de Vivar.

Lo que es indiscutible es que los vocablos mapuches y los nombres de sus jefes registrados por Ercilla, y, en general, por los cronistas coloniales, están errados fonéticamente.

El 16 de diciembre de 1575 un anciano capitán español, Alonso de Góngora Marmolejo, concluía de escribir una *Historia de Chile,* la cual comenzaba con el descubrimiento del país. Durante treinta y cinco años "había servido al rey, y ayudado a descubrir y ganar el terreno, y sustentado hasta el día de esta fecha".

Proporciona datos de interés sobre los primeros tiempos de la conquista española y los modos de hacer la guerra para doblegar la resistencia indígena.

Narra con vigor la dura campaña de Francisco de Villagra con sus secuelas de hambre y peste que diezmaron la población autóctona.

Suministra información etnográfica sobre los *Picunches, Mapuches, Puelches* y *Cuncos* de Chiloé.

Algunos años después se publicó en Lima (1595) una *Crónica del Reino de Chile,* escrita por el capitán don Pedro Mariño de Lovera, y "reducida a nuevo método y estilo" por el Padre Bartolomé de Escobar.

El militar español había llegado a Chile en 1551, donde participó con distinción en la conquista del Reino.

En su ancianidad se preocupó de reunir la mayor cantidad de datos sobre los sucesos acontecidos en Chile desde su descubrimiento.

Como no era hombre de letras confió al jesuita Bartolomé de Escobar la redacción de sus apuntes de soldado.

La obra ganó en erudición y perdió en agilidad al intercalar el Padre, en el texto, de acuerdo al gusto de la época, episodios de la Antigüedad y citas bíblicas.

Sin embargo, desde un punto de vista etnohistórico la crónica es valiosa. Se pueden registrar, en ella, muchos antecedentes que no figuran en otras relaciones. Es así la única crónica de los siglos XVI y XVII que proporciona información sobre los indios *Pehuenches.*

En el año 1594, el capitán Miguel de Olavarría escribe un *informe sobre el Reino de Chile, sus indios y su guerra.* De su lectura se pueden utilizar datos sobre las ciudades chilenas de la época, especialmente, de las ubicadas al sur del Bío-Bío pocos años antes de ser destruidas por los indios. También reviste interés lo que señala sobre la expansión incaica y la contraofensiva mapuche. Informa de la vida social y organización militar de los *Araucanos.*

Cierra el siglo otro poeta épico, Pedro de Oña. Publicó en Lima, en 1596, su poema *Arauco domado.* Es curioso lo que señala el Padre Miguel de Olivares

ARTE

Y GRAMATICA

GENERAL DE LA LENGVA QVE
corre en todo el Reyno de Chile, con vn Voca-
bulario, y Confeſſonario. Compueſtos
por el Padre Luys de Valdiuia de la
Compañia de Ieſus en la Pro-
uincia del Piru.

Y IVNTAMENTE CON LA DOCTRI-
na Chriſtiana y Catheciſmo del Concilio de Lima en Eſ-
pañol, y dos traduciones del en la lengua de Chile, que
examinaron y aprobaron los dos Reuerendiſsi
mos ſeñores de Chile, cada qual la
de ſu Obiſpado.

CON LICENCIA.

En Lima por Franciſco del Canto.

Año. 1606.

Portada del "Arte y Gramática...", del Padre Luis de Valdivia

sobre el título de esta obra: "se puede decir que domado sólo fue en el deseo, pues en su tiempo ni hasta el presente, en casi doscientos años lo ha sido del todo". Las noticias de esta obra, sobre los modos de vida indígena, son escasas.

2º Cronistas de la frontera interior del río Bío-Bío de los siglos XVII, XVIII y primera década del XIX

El levantamiento indígena de 1598, y la destrucción de las ciudades españolas al sur del Bío-Bío significó limitar por una frontera interior la marcha expansiva de la conquista.

Su resultado último fue la creación de dos sociedades separadas por el *limen* de una barrera fluvial.

Los elementos indígenas de la sociedad mayor quedaron absorbidos por los modos de vida hispánicos, y sus mestizos quedaron bajo las pautas culturales españolas.

Los rasgos europeos de la sociedad menor (cautivos, fugitivos) fueron asimilados por el aborigen, y sus mestizos quedaron sometidos al patrón de comportamiento indígena.

Los intentos de dominio y sumisión de una sociedad por la otra fracasaron. La guerra alcanza su máximo rigor en el lapso comprendido entre 1598 y 1660, con cortos períodos de paz. Después comienza a declinar. Y el siglo XVIII pasa a ser, en la Historia de Chile, la centuria de los parlamentos, donde prácticamente quedó reconocida la autonomía de la Araucanía.

En este lapso, y que se prolonga hasta la Pacificación, la sociedad indígena adquiere una extraordinaria movilidad. El caballo introduce estos cambios en los modos de vida. Las tribus se vinculan entre sí. Su resultado fue la araucanización de los indios de la Cordillera, de la Patagonia septentrional, y de las pampas argentinas.

Estos procesos de comunicación intertribal y de intercambio comercial con la sociedad mayor se pueden seguir en las crónicas y relaciones de viajes de esta época.

El siglo XVII nos suministra importantes Relaciones. Fueron escritas por jesuitas (Valdivia, Rosales, Ovalle), y por militares (González de Nájera y Bascuñán). Su convivencia con el indígena, su capacidad de observación, el conocimiento de la lengua autóctona por dos de los misioneros de la Compañía de Jesús (Valdivia, Rosales) valorizan estas fuentes para la investigación.

El Padre Luis de Valdivia escribió Gramática y Vocabularios de las lenguas de los indios *Huartes* (*Allentiac, Millcayac*) de Mendoza y San Juan.

Respecto a la lengua araucana tiene dos obras, *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reino de Chile, con su vocabulario y confesionario,* publicada en Lima, en 1606, y *Nueve sermones en lengua de Chile,* editada en Santiago en 1897, escrita también en 1606.

Especial interés reviste su Vocabulario y Confesionario. Se pueden utilizar muchos datos sobre sistemas de parentesco, estructura de la comunidad, creencias religiosas y mágicas. Tienen también valor etnohistórico los neologismos araucanos para expresar las nuevas relaciones del indígena con el español y sus cosas.

El Maestre de Campo, Alonso González de Nájera, siendo gobernador de Puerto Hércules, en Italia, en 1614, dedicó al conde de Lemos, a la fecha Presidente del Consejo de Indias, su obra *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile.*

Ocho años de su vida había pasado en el país. Por cinco años conoció la dura experiencia de la Guerra de Arauco. Testificó la grave situación del Reino, en el primer decenio del siglo XVII, cuando arrasadas las ciudades al sur del Bío-Bío, el poder mapuche se manifiesta con un vigor renovado.

Buen observador de las costumbres indígenas, proporciona abundantes testimonios sobre la vida araucana. Pero quizás, llevado por la misma pasión de una guerra sin cuartel, carga su pluma en pintar los vicios y crueldades del indígena, y en justificar la guerra ofensiva y la mantención de la esclavitud y venta del indio, prisionero de guerra.

Describe el nuevo armamento indígena con sus caballos de guerra y armas de hierro.

Señala la renovada táctica militar utilizada por el araucano, aconsejado por

los soldados desertores del campamento español, y la difícil situación en que se hallaban las fuerzas peninsulares acosadas por el hambre y la falta de recursos. La última parte del libro se consagra a hallar "reparos" a estos males.

En 1646 se publicó en Roma una de las obras más famosas de la literatura colonial chilena: *Histórica relación del Reino de Chile* del Padre Alonso Ovalle.

El autor suministra datos sobre las costumbres de los aborígenes. Reviste interés la información que proporciona sobre la aculturación del indio en la zona central.

Trata también detalladamente de los cautivos españoles y de los mestizos en la Araucanía.

El manuscrito del maestre de campo Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, titulado, *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile,* con fecha de 1673, pese a ser muy leído en Perú y Chile recién fue impreso en 1863.

Es una Relación o novela autobiográfica. El autor rememora siete meses de cautiverio entre los indios de guerra, por el año 1629.

Califica su cautiverio como feliz por el buen tratamiento que le dispensaron los indígenas. Su juventud y humildad le granjearon la simpatía y la amistad de su propio amo, el cacique Maulicán, quien lo capturó en el combate de las Cangrejeras.

Este Toqui lo protegió y evitó que fuese sacrificado por los belicosos indios cordilleranos.

La vida mapuche adquiere en Bascuñán una intimidad que no hallamos en otras crónicas. El autor comparte con el indígena sus comidas, su vestimenta, sus fiestas, sus tertulias en torno al fogón, sus alegatos, sus trabajos agrícolas.

Hay páginas que podrían figurar en cualquier obra de literatura antropológica. La descripción que hace de un *machitún* es magistral. Tiene vigor dramático el relato del sacrificio de un soldado español. Los funerales de su amigo Ignacio están narrados minuciosamente.

Pero la obra persigue otra finalidad. No es un mero ensayo o novela sobre costumbres indígenas. El autor procura dar al lector las razones de la prolongación secular de la guerra de Arauco. Se reviste para este fin de un lenguaje erudito, con citas latinas, apoyándose en la autoridad de los Padres de la Iglesia, y con razones prestadas de la filosofía escolástica.

Trata de probar su tesis de que la guerra de Arauco era injusta, y de que al indio no se le debía esclavizar, acusándole de hereje o apóstata. La providencia divina castiga a los malos cristianos. Las ciudades españolas, al sur del Bío-Bío, fueron destruidas porque los abusos y las injusticias colmaron la medida de lo humanamente tolerable.

También constituye esta autobiografía el reverso de la conquista española, porque, a través de la prosa de Bascuñán, los caciques expresan su resentimiento, dolores y reparos, ante la conducta de soldados y colonizadores.

Una de las vidas de mayor interés humano, en el siglo XVII, es la del Padre Diego Rosales. Viajero infatigable, recorre las más lejanas regiones del Reino; misionero entre los Mapuches, consejero de gobernadores, alma de la defensa del fuerte de Boroa en el levantamiento general indígena de 1655, su pensamiento y acción gravitan en su época.

Su obra principal *Historia General del Reino de Chile,* escrita en 1674, es la expresión de su elevado espíritu.

El libro I es el que particularmente interesa para la investigación etnohistórica. Su autoridad descansa en la convivencia por muchos años entre los indígenas y en el conocimiento de la lengua.

Narra, en páginas inolvidables, distintos aspectos de las culturas indígenas, como son, la preparación de sus alimentos, el trabajo comunitario para levantar las *rucas,* la construcción de embarcaciones, la vida familiar, el status de la mujer, la función de los *toquis,* la elección del caudillo militar, el sacrificio de los prisioneros de guerra, las ceremonias para declarar la guerra o hacer la paz, las creencias animistas, las prácticas mágicas de los hechiceros, y sus mitos.

Otros libros de su *Historia General* tienen también valor etnohistórico, pues episodios como la deserción del cacique Lientur en la batalla de Petaco, la matanza de Anganamón, de misioneros e indígenas cristianos, las paces de Quillín, concertadas por el marqués de Baides, sólo pueden ser interpretadas en el contexto cultural araucano.

Hay en el siglo XVII otras dos crónicas de interés etnográfico. Antonio Vásquez de Espinoza escribió, en 1629, una obra titulada *Compendio y descripción de las Indias Occidentales.* Se publicó este libro recién en 1948, en Washington. Contiene una información muy curiosa sobre la pesca de la ballena por los indios *Changos,* en sus balsas de cuero de lobo marino, en las costas de Arica.

De la relación del corsario holandés, Hendrick Brouwer, de 1643, también se pueden extraer algunos datos de interés.

Las relaciones, muy afamadas en su época, del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, Cuarto Marqués de Cañete* (1613); de Francisco Caro de Torres, *Hechos de don Alfonso Sotomayor* (1620); de Luis Tribaldos de Toledo, *Vista general de las continuadas guerras, difícil conquista del gran reino, provincias de Chile* (1625); y de Santiago de Tesillo, *Guerras de Chile, causas de su duración y medios para su fin* (1647), no son fuentes para el estudio de los aborígenes; pueden ser utilizadas para la biografía y la historia militar de Arauco.

Los cronistas más representativos de las culturas indígenas en el siglo XVIII, y comienzos del XIX, son Pietas, Córdoba y Figueroa, Olivares, Sors, Febrés, Sánchez Labrador, Havestadt, Cosme Bueno, Martínez de Bernabé, Molina, Gómez de Vidaurre, González de Agüeros, Carvallo y Goyeneche, Martínez, y Pérez García.

La relación de Jerónimo Pietas, *Noticias sobre las costumbres de los Araucanos* (1729), publicada por Claudio Gay, tiene interesantes datos sobre los indios *Pehuenches,* que ya estaban araucanizados en lengua. Constituye uno de los escasos documentos del siglo XVIII que narran los modos de vida primitiva de los *Puelches, Poyas, Chonos* y *Caucahues,* los cuales todavía permanecían al margen de los cambios operados en otras regiones.

De menos utilidad para la investigación etnohistórica es la *Historia de Chile* del maestre de campo, don Pedro de Córdoba y Figueroa. Se desconoce el año que terminó la redacción de su crónica, pero se calcula a mediados del siglo XVIII.

El jesuita Miguel de Olivares escribió en la segunda mitad del siglo decimoctavo dos obras: *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Chile* (1736), e *Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile* (1767).

La segunda crónica es la más útil para el estudio de las costumbres de los

aborígenes. Proporciona datos sobre la vida económica, social y religiosa de los *Mapuches.*

Destaca el poco rendimiento de cosechas y ganado, y la deficiencia de su armamento en la segunda mitad del siglo XVIII.

Los indios rebeldes de Chile ya no constituían una amenaza a la colonización española, que pudiese equipararse a la del siglo precedente.

En el siglo decimoctavo el intercambio comercial entre españoles e indígenas era intenso. El misionero franciscano Antonio Sors en su obra, *Historia del Reino de Chile* (1765), señala la importancia de este tráfico. Pese a las prohibiciones de rigor, comerciantes inescrupulosos procuraban a los indios de guerra armas de hierro.

Coteja el cronista las diferencias de maneras de vivir entre *Pehuenches* y *Mapuches.* Señala como causa de disminución de población las borracheras y las malocas que entre ellos se hacían.

En los estudios lingüísticos el Padre Andrés Febrés publicó una gramática y vocabulario araucanos. La obra lleva por título, *Arte de la lengua general del Reino de Chile. Vocabulario hispano-chileno* y un *Calepino chileno-hispano.* Se publicó en Lima en 1767.

La relación del misionero José Sánchez Labrador (1772), *Los Indios Pampas, Puelches, Patagones,* pese a que atañe a los indios que moraban en el país trasandino, es una fuente que conviene consultar.

Señala la migración de indios *Puelches, Pehuenches, Moluches (Mapuches),* y *Tehuelches* a las pampas argentinas, atraídos por las tropillas y rebaños de equinos y vacunos, a mediados del siglo XVIII. Señala que los indios *Puelches* moraban por el sudoeste de lo que es hoy provincia de Buenos Aires; y que, en el pueblo de la Concepción, al norte de Tandíl, vivían muchos indios *Puelches* y *Moluches.*

Diez años después de la publicación de la gramática araucana del Padre Andrés Febrés, el jesuita alemán Padre Bernardo Havestadt, escribió otra obra sobre lengua mapuche. Fue redactada en latín, y lleva por título *Chilidúgu, sive tractatus-linguae chilensis* (1777). Algunas de las "voces indicae" que registra tienen interés para el estudio de la cultura araucana.

En 1777, el cosmógrafo mayor del Virreinato del Perú, don Cosme Bueno, escribió un informe titulado *Descripción de las provincias de los obispados de Santiago* y *Concepción.*

Proporciona información sobre la vida indígena en esos años. Trata los intentos fracasados de reducirlos a pueblos, el levantamiento de 1766, los parlamentos, las misiones, la difusión del cristianismo en Valdivia, las necesidades de comunicación con Chiloé, y otros datos sobre demografía y modos de existencia.

La crónica de Pedro de Usauro Martínez de Bernavé, *La verdad en campaña. Relación histórica de la Plaza, Puerto y Presidio de Valdivia* (1782), ha sido publicada en 1898. José Toribio Medina y Ricardo Latcham han utilizado en sus investigaciones algunos datos de esta relación.

Sus temas de interés etnohistórico, posiblemente poco conocidos por las razones citadas, son numerosos. Proporcionan una visión muy completa sobre tecnología y artesanía, vida económica y social, creencias e idioma de los indios *Huilliches.* También informan la calidad de sus tierras, el comercio con los espa-

ñoles, las misiones en Valdivia y las relaciones de los indígenas con la guarnición militar del puerto. Trata asimismo de las costumbres de los indios *Pehuenches* y *Puelches.*

En 1787 se publicó en italiano el *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile* del abate Juan Ignacio Molina. Ocho años después fue traducido al español por Nicolás de la Cruz.

El célebre naturalista consagró a los *Mapuches, Pehuenches* y *Chiquillanes,* cuatro capítulos del Libro I y diez capítulos del Libro II de su Compendio. Realizó una brillante síntesis de la etnología de estos pueblos. Consultó la bibliografía de su época, pues figura como apéndice de su obra "Un catálogo de escritores de las cosas de Chile".

Su manera de concebir y desarrollar los temas etnográficos es muy moderna. Considera aspectos, menos tratados en otras crónicas, como "Origen, fisonomía y lengua de los chilenos, conquista de los peruanos en Chile, división del tiempo, nociones astronómicas, medidas, retórica, poesía, medicina, música y comercio".

Proporciona también una valiosa información acerca de economía, organización social y política, milicia, creencias y prácticas funerarias. Trata además de las características físicas y mentales del pueblo araucano.

El abate Molina busca establecer relaciones entre diferentes aspectos de la cultura.

Por ejemplo, vincula estructuralmente el plano de las creencias indígenas: diferentes entes sobrenaturales subordinados unos a otros, con la organización política: autoridad jerarquizada de jefes.

Sin embargo, una comparación algo forzada, como la que establece entre las dignidades indígenas de *toquis, apo-ulmenes* con la aristocracia militar europea (duques, condes, marqueses) ha motivado críticas en autores posteriores.

La Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile (1789) del Padre de la Compañía de Jesús, Felipe Gómez de Vidaurre, guarda mucha semejanza, por el modo de tratar los temas etnográficos, con el *Compendio* del abate Molina. Es un estudio ordenado y completo sobre el estilo de vida del aborigen.

El misionero franciscano Fray Pedro González de Agüeros escribió una relación sobre Chiloé. Lleva por título *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé* (1791). Los capítulos XII y XIII de esta obra tratan de los isleños.

La última crónica escrita en el siglo XVIII es la del capitán de dragones, don Vicente Carvallo y Goyeneche. Lleva por título *Descripción histórico geográfica del Reino de Chile* (1796). Carvallo convivió muchos años con los indios en la Frontera de Arauco, sirviendo como militar en la plaza de Nacimiento. Los juicios de Carvallo sobre el carácter de los aborígenes hacen recordar las apreciaciones lapidarias de González de Nájera o de Santiago de Tesillo, en esta misma materia. Textualmente dice: "Su barbarie casi toca en irracionalidad y se roza mucho con la ferocidad de las bestias...".

Mantiene una posición crítica frente a los parlamentos concertados por los gobernadores españoles con los caciques araucanos. Los califica de inútiles y perjudiciales: "más tiene de bufonada que de acto serio".

Analiza detalladamente los modos de vida del indio de la frontera y coteja su experiencia con lo que dicen otras relaciones y documentos.

En una crítica velada al abate Molina, señala cómo cualquier mocetón, por un cambio de palabras, podía apalear a un cacique y quedar impune, y agrega,

RELATION

DU VOYAGE

DE LA MER DU SUD

AUX CÔTES

DU CHILY ET DU PEROU,

Fait pendant les années 1712, 1713 & 1714,

Dediée à S. A. R. Monſeigneur LE DUC D'ORLEANS,
Regent du Royaume.

Par M. FREZIER, Ingenieur Ordinaire du Roy.

Ouvrage enrichi de quantité de Planches en Taille-douce.

A PARIS

Chez
- JEAN-GEOFFROY NYON, Quay de Conti, au coin de la rue Guenegaud, au Nom de Jeſus.
- ETIENNE GANEAU, rue Saint Jacques, aux Armes de Dombes, vis-à-vis la Fontaine de S. Severin.
- JACQUE QUILLAU, Imprimeur-Juré-Libraire, rue Galande, aux Armes de l'Univerſité.

MDCCXVI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

Portada de la "Relation du voyage...", de M. Frezier.

"...Estos son los condes, los marqueses y los señores de vasallos, la obediencia, la subordinación, el respeto y los vasallos, que algunos han fingido y querido persuadir en favor de sus ideas y de sus fines particulares".

Posiblemente, la forma de pensar y enjuiciar al indígena, de Carvallo, expresase la opinión más generalizada entre los militares que guarnecían la frontera.

La relación del Padre franciscano Melchor Martínez, *La Iglesia y las creencias y costumbres de los araucanos en Chile* (1806), contiene valiosos datos.

Especialmente interesan sus observaciones sobre la disminución de la población indígena y sus causas. Este tema ha sido poco tratado en otras crónicas.

Señala los diferentes grados de aculturación en los cinco *Butanmapos* del país araucano. Destaca que los indios de la Precordillera y Cordillera eran los más conservadores de las antiguas costumbres al vivir más alejados del dominio español.

Proporciona también información sobre sus creencias paganas y la difusión del cristianismo.

Destaca que el éxito en las misiones fijas franciscanas se resentía al establecerse españoles en su territorio y corromper las costumbres indígenas, introduciendo sus vicios.

Simbólicamente, la última crónica colonial data de 1810. En ese año el teniente coronel José Pérez García terminaba de redactar su *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile.*

Gran parte de los datos sobre costumbres indígenas que figuran en su obra son citas de escritores que le precedieron. Especialmente reproduce páginas enteras del *Cautiverio feliz* de Francisco Pineda y Bascuñán. Sin embargo, en lo que atañe a los parlamentos, el cronista se vale de su experiencia personal.

3º Los viajeros extranjeros de los siglos XVIII y XIX

El siglo XVIII es la centuria de los grandes viajes marítimos de franceses e ingleses.

El marino francés Amadeo Frézier recorre en los años 1712 a 1714 las costas de Perú y Chile. Además de describir los puertos, proporciona información sobre los indios de la frontera de Arauco y de los *Changos* del litoral.

En la segunda mitad de la citada centuria, los navegantes John Byron, Luis Antonio Bougainville, Jacques Cook, y el conde de La Pérouse, viajan alrededor del mundo. Al surcar por los estrechos de la Tierra del Fuego, observaron las costumbres de sus primitivos habitantes.

También en el siglo decimoctavo otros viajeros recorren por mar y tierra los países más australes de la América Meridional.

Los oficiales de la armada española Jorge Juan y Antonio Ulloa reconocen las costas sudamericanas del Pacífico desde Panamá hasta Chiloé en una expedición auspiciada por el propio rey de España, Felipe V.

Al finalizar su viaje redactaron dos libros. Uno de naturaleza estrictamente científica, basado en observaciones astronómicas y físicas, mientras que en el otro volumen se narran los sucesos de la travesía. Esta obra lleva por título *Relación histórica del viaje a la América Meridional.* Fue publicado en Madrid en 1748.

En lo que atañe a los indígenas chilenos los autores proporcionan datos sobre la guerra, los parlamentos y el comercio en la frontera del Bío-Bío.

La relación del jesuita inglés Tomás Falkner, *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur* (1774), no corresponde exactamente al territorio que describe. Gran parte de su obra atañe a los indígenas que habitaban las pampas argentinas y el norte de la Patagonia, a mediados del siglo XVIII.

Se comprueba, leyendo su *Descripción,* que estas vastas planicies eran lugar de encuentro y comunicación entre la antigua población de la zona, los indios *Pampas,* con *Pehuenches* y *Huilliches* chilenos, y *Puelches* y *Tehuelches* de la Cordillera y la Patagonia.

Algunas veces emprendían malocas entre ellos, pero en otras oportunidades se unían para devastar las estancias del sur de Córdoba y de Buenos Aires.

Félix de Azara, en su obra *Viajes por la América Meridional,* publicada en París, en 1809, explica la causa de estas migraciones de indios chilenos a las llanuras platenses. Señala que la multiplicación de vacas salvajes hasta las lade-

ras orientales de los Andes atrajo a los indios cordilleranos, quienes, al cazar estas reses, se desplazaban hacia el este, buscando más animales, hasta entrar en comunicación con los *Pampas*.

Posteriormente cruzaron pasos cordilleranos del sur grupos de *Mapuches* y *Huilliches*, abriéndose así allende la Cordillera la frontera interior araucana.

En el siglo XIX viajeros europeos y norteamericanos, algunos de ellos de excelente formación científica, visitaron diferentes países de América Meridional.

Proporcionan en sus relaciones de viaje valiosos datos sobre los aborígenes de Chile y de la Patagonia.

El primero de ellos, el inglés W. B. Stevenson, viajó por veinte años a través de Chile, Perú y Colombia. Publicó, en Londres, en 1825, una obra que lleva por título *An historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America*. La versión francesa es de 1828. No hay traducción española.

El autor trata la situación de la Araucanía al alcanzar Chile su independencia, y señala el interés que podría tener la zona, en un futuro cercano, para la inversión de capitales.

Proporciona datos curiosos sobre la difusión de elementos culturales europeos entre los *Mapuches* (mosquetes, arados, trilla con yeguas, piezas de franela de Manchester).

Se percibe en el autor influencia del abate Juan Ignacio Molina en sus acotaciones sobre creencias y organización política araucana, pero no la menciona.

El naturalista alemán, Eduard Poeppig, viajó por Chile, Perú y el río Amazonas, en los años 1826 a 1829. Esta obra ha sido traducida recientemente (1960), en su parte chilena, al español, por Carlos Keller, con el original título de *Un testigo en la alborada de Chile*.

La parte más interesante de su libro, bajo un punto de vista etnográfico, es la descripción de las costumbres de los indios *Pehuenches* en la zona de Antuco.

Señala que todavía seguía desempeñando, en su alimentación, un papel importante la recolección de piñones. Pero a través de su relación se comprueba que, en esa época, sus modos de vida correspondían a los de un pueblo jinete, de pastores nómades.

Narra Poeppig que, como consecuencia de la guerra por la Independencia, estuvo suspendido el intercambio comercial entre los indígenas y los campesinos de Antuco. Grupos de *Pehuenches* estuvieron asociados con las bandas de los hermanos Pincheira y participaron en sus tropelías.

En los años 1826 a 1834, el científico francés Alcides D'Orbigny viajó por Brasil, Uruguay, Argentina, Bolivia y el Perú. Publicó, en 1835, su obra *L'Homme americain*.

Observó las costumbres de los indios *Changos*, en el litoral comprendido entre los grados 22 y 24 de latitud austral, ribera en ese entonces boliviana (puerto de Cobija).

Señala D'Orbigny que estos indios tenían, en esos años, el "monopolio del contrabando comercial de la costa".

El naturalista inglés Carlos Darwin, en su conocida obra, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, proporciona datos sobre los indios *Yámanas* y *Onas* de Tierra del Fuego, al pasar su embarcación por el estrecho de Le Maire, y doblar por el Cabo de Hornos (1832). El "Beagle" navegó después por los cana-

les fueguinos, el archipiélago de Chiloé, y alcanzó hasta Talcahuano. Recogió así Darwin información sobre *Chilotes y Araucanos.*

En 1845 el científico polaco Ignacio Domeyko publica un pequeño libro titulado *Araucanía y sus habitantes.* Recoge las observaciones hechas en su viaje a las provincias meridionales de Chile en los meses de enero y febrero del citado año.

Hace, en sus primeros capítulos, una introducción geográfica acerca de la región. En la segunda parte de su obra trata los usos y costumbres de los indios. Reserva las últimas páginas para señalar los medios que le parecían más oportunos para incorporarlos a la vida nacional.

Ocho años después, en 1853, un viajero norteamericano, Edmon Reuel Smith, escribe un libro titulado *Los Araucanos o Notas sobre una gira efectuada entre las tribus de Chile Meridional.*

Describe las costumbres de los indios al sur del Bío-Bío y hace curiosas observaciones. Señala por ejemplo que, para poder atravesar la jurisdicción territorial de un cacique, el viajante tenía que pagar al mismo un pequeño tributo (prenda personal). Estaba prohibido con pena de muerte vender tierra a los blancos. Se encontraban dispersos, por todo el territorio, chilenos fugitivos de la justicia. Sentían verdadero horror por los *herejes, e infieles,* pese a no profesar el cristianismo. Todavía algunos jefes conservaban viejos y gastados uniformes españoles de la época colonial e independiente.

El norte del país también atrajo el interés de los viajeros. En 1860, el naturalista alemán Rodulfo Philippi publicó una obra intitulada *Viaje al desierto de Atacama.*

Observó las costumbres de los *Changos,* que moraban en el litoral "desde Huasco hasta Bolivia".

Señala que ya estaban muy mestizados. En esos años sólo hablaban español. Su número se reducía a medio millar. Alternaban la pesca con el trabajo de las minas, el apacentamiento de cabras y la caza de guanacos.

Seguían utilizando las balsas de cuero de lobo marino para sus faenas pesqueras.

Proporciona datos sobre el pueblo de Atacama, donde subsistían los antiguos *ayllus peruanos.* Suministra también información sobre las poblaciones, donde todavía persistía la lengua *cunza* de los atacameños.

En 1861 el viajero alemán Pablo Treutler publicó un libro sobre *La provincia de Valdivia y los Araucanos.*

Realizó tres expediciones para explorar el país araucano. El primer itinerario lo hizo por la costa, en el segundo recorrió las tierras altas, y en la tercera expedición reconoció la zona intermedia. Señaló la diferencia en las maneras de vida de las tres regiones, con diferentes grados de aculturación.

Los viajeros ingleses Guillermo Cox y George Musters en sus exploraciones observaron las costumbres de los *Pehuenches* en las laderas orientales de la cordillera (sur de Neuquén). Interesa cotejar los datos que proporcionan sobre los indios "de las manzanas" con la información que suministran otros viajeros sobre los "recolectores de piñones" en Antuco.

La obra de Cox, *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia,* fue publicada en 1863. *La vida entre los Patagones* de George Musters data de 1871.

4º Informantes chilenos sobre la Araucanía en el siglo XIX (hasta la Pacificación)

Al alcanzar la independencia, Chile adquiere conciencia que el problema araucano no está resuelto. Se expresa esta inquietud en las relaciones de la época.

En abril de 1806, el capitán de milicias urbanas, don Luis de la Cruz, partía de Concepción, cruzó la Cordillera por Antuco, atravesó la pampa, y meses después llegó a Buenos Aires.

De su estada en Antuco se conserva una relación, *Tratado importante para el conocimiento de los indios Pehuenches según el orden de su vida.*

Proporciona interesantes datos sobre etapas cruciales de la vida del indio cordillerano. Describe las ceremonias al nacer el niño, las pautas para concertar matrimonios, los procedimientos mágicos para curar a los enfermos y los rituales fúnebres con que despedían al difunto. En todas estas fases se destaca la intervención del caballo como elemento fundamental del ritual.

En la segunda mitad del siglo XIX padres franciscanos de nacionalidad chilena e italiana escribieron relaciones sobre sus experiencias misioneras en Araucanía, ellos son: José Manuel Orrego, *Memoria sobre la civilización de los Araucanos* (1857); Victorino Palavicino, *Memoria sobre la Araucanía por un misionero del Colegio de Chillán* (1860), y en lengua italiana, *Memorie inedite della Missioni dei FF. MM. Cappuccini ni nel Chili* (1890).

Proporcionan estas memorias datos sobre creencias y modos de vida; el problema de la venta y usurpación de tierras, las consecuencias del levantamiento de 1859.

Un libro que trata detalladamente la cuestión araucana, años antes de la Pacificación, es la obra de Pedro Ruiz Aldea, *Los Araucanos y sus costumbres,* publicada en Santiago solamente en 1902.

El autor señala que se ha valido para escribir su ensayo "de los escritos de algunos viajeros, de los Capitanes de Amigos, y de mis propias observaciones".

Traza un cuadro bastante halagüeño sobre los modos de vida indígena. Resalta, entre sus costumbres, su limpieza, su honradez y su hospitalidad. Considera Ruiz Aldea que los *Mapuches* han sido "una raza calumniada por sistema y por cálculo".

Es sabido que la Araucanía se pacificó trasladando gradualmente la Frontera. Así a la línea de Bío-Bío siguieron las de Malleco, Traiguén, Cautín, hasta Villarrica.

El pensamiento progresista del Coronel Cornelio Saavedra, creador y ejecutor principal del plan de pacificación, se expresa en los *Documentos relativos a la ocupación de Arauco,* publicado en Santiago en 1870.

Estos escritos comprenden las cartas y las Memorias elevadas por el citado Coronel al Ministro de Guera, en el decenio 1860-1870.

Da cuenta, en una carta (7 de enero de 1862), sobre la actuación en territorio araucano del aventurero francés Orellie Antonio I, y su apresamiento.

Señala, en sus Memorias, que el gobierno debería fomentar las misiones, la creación de escuelas para niños indígenas de ambos sexos, y agilizar la justicia creando nuevos juzgados.

Denuncia la usurpación de tierras del Fisco y de propiedad indígena, y recomienda que la manera de combatir este estado de cosas sería exigir a los particulares o comerciantes que se internasen en territorio indígena, al avanzar el ejér-

cito, el uso de pasaporte como garantía de honradez. Se establecerían penas a los que burlasen esta disposición.

En su última Memoria señala "no deseo agregar a mis modestos antecedentes de soldado la triste gloria de exterminar con nuestro ejército hordas desorganizadas...".

Poco años después de la Pacificación, el historiador Horacio Lara publicó en dos tomos una *Crónica de la Araucanía,* que proporciona una visión sistemática del tema.

I

AGRICULTORES DEL NORTE

LAS POBLACIONES INDIGENAS DE LOS VALLES

...Los ritos y ceremonias que tienen es adorar al sol como los de Atacama porque los tomaron de los Incas cuando de ellos fueron conquistados...
(Valle de Copiapó. Jerónimo de Vivar, p. 27).

Desarrollo cultural precolombino

Varios siglos antes de la era cristiana se iniciaban en el Norte Grande nuevos modos de existencia. El cultivo de la tierra, la alfarería, la metalurgia, la vida aldeana, caracterizaron este período agroalfarero o neolítico.

Los arqueólogos han precisado sus fases de desarrollo y las influencias que recibieron de las culturas vecinas (Noroeste Argentino, Tiahuanaco, Inca) [1].

En los valles transversales también se pueden seguir procesos de cambio en los estilos de vida.

Francisco Cornely señala la sucesión de dos culturas agroalfareras en la zona[2].

El denominado horizonte *El Molle* cubrió los citados valles en las primeras centurias de la era cristiana.

En los siglos v o vi d. C. llegaron otras gentes. Eran los llamados *Diaguitas chilenos,* los nuevos dominadores de los valles.

Este pueblo, en su dinámica cultural, alcanzó su optimum o fase clásica en el siglo xv. Al finalizar la centuria ya eran los *Incas* los nuevos dueños del norte.

Cuando los españoles conquistaron, a su vez, la región hacía muchos cientos de años que esta gente había desarrollado progresivamente técnicas agrícolas, alfareras, textiles y metalúrgicas.

En contraste con la riqueza arqueológica de la región nortina, los datos culturales que se disponen a través de las relaciones son relativamente pobres. Se cuenta sólo con la información de dos cronistas, Vivar y Mariño de Lovera, y cerca de tres siglos después, dos viajeros, D'Orbigny y Philippi, proporcionan valiosas noticias.

Atacameños Agricultura

El valle de Atacama fue recorrido a mediados del siglo xvi por Jerónimo de Vivar. El capitán burgalés observó la importancia que algarrobales y chañarales tenían en su régimen alimenticio. Señala que molían la algarroba y la cocían en agua para preparar una bebida o brebaje, y lo califica de "gustosa". Equipara el chañar con la azofaifa, aunque son algo mayores los frutos indígenas[3].

Las tierras eran regadas con "muchas acequias"[4].

Vestido

Compara la vestimenta de los *Atacameños* con la de los indios del Perú. Señala que el "hábito" de las mujeres era un sayo ancho que les cubría los brazos hasta los codos, y las piernas hasta debajo de las rodillas. Destaca que hombres y mujeres se preciaban en traer largos sus negros cabellos[5].

Vivienda

Describe detalladamente la vivienda indígena. Señala que "las casas en que habitan los indios son de adobes y dobladas con sus entresuelos hechos de gruesas vigas de algarrobos, que es madera recia". El techo era de barro porque no llovía.

Informa que encima de estos "terrados" tenían unos apartamentos pequeños y redondos de adobe, "a manera de hornos" que les servían de granero, donde guardaban maíz, papa, fréjoles, quínoa, algarroba y chañar.

Los bajos de la vivienda estaban divididos. En una parte, sus moradores tenían la habitación, donde dormían, y el menaje de casa. Consistía éste en tinajas, "de a dos arrobas" donde preparaban brebaje de algarroba, y en ollas y cántaros. La otra parte de la casa estaba reservada al apartado principal, y que era hecho "de bóveda alta hasta el entresuelo y cuadrada". Allí tenían enterrados, señala el cronista, "a sus bisabuelos, abuelos y padres y toda su generación"[6].

Se desprende de la narración de Vivar la importancia que el culto a los antepasados tenía entre los *Atacameños* para reservarles a sus difuntos el mejor lugar de la casa. Se podría inferir hasta qué grado, en esta reverencia a los muertos, los viejos usos y costumbres de sus mayores tendrían que estar arraigados.

Funerales También informa sobre el ajuar funerario. "Acostumbran enterrarse con todas las ropas, joyas y armas que, siendo vivos, poseían, que nadie toca en ello"[7].

Armas Las armas eran, según el cronista, flechas y hondas[8].

Un dato sobre su vida social era que "...acostumbran y usan poner nombres a los niños de que nacen"[9].

Creencias En su vida religiosa, el secretario de don Pedro de Valdivia señala que "tienen sus adoratorios y ceremonias en los del Perú incitados por el demonio, y acostumbran hablar con él los que por amigo se le dan"[10].

En el contexto citado se podría interpretar que "acostumbran hablar con el demonio los que por amigos se le dan", como una práctica religiosa en que el *Chamán* se ponía en comunicación con el espíritu, o ser sobrenatural.

Posiblemente las figuras que adornan las típicas tabletas y tubos de rapé de los *Atacameños* sean representaciones de entes míticos. Se supone que los hechiceros inhalaban tabaco en las citadas tabletas y tubos, o ingerían líquido, en gotarios, para alcanzar el estado de trance.

Por otra parte, la influencia religiosa incaica se manifestaría en "sus adoratorios y ceremonias".

Lengua Como es sabido, los *Atacameños* hablaban la lengua cunza. Vivar sólo dice "es lengua por sí"[11].

En 1839 Alcides D'Orbigny proporciona información sobre la "nación Atacama", la cual ubica en la raza Ando-Peruana.

Demografía Suministra datos demográficos sobre este grupo étnico, utilizando cifras publicadas en Perú y Bolivia (1833). En la provincia de Tarapacá el número alcanzaba a 5.406 indios de raza pura y 1.200 mestizos. En Atacama, el número de indígenas era menor, 1.200 almas, y los mestizos sólo llegaban a 970.

Lipes Informa que sus antepasados se denominaban *Llipi* o *Lipes*. En el mapa de América del Sur de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla (1775) figura al noroeste del desierto de Atacama el distrito y provincia de *Lipes*.

Señala que tenían hábitos sedentarios y vivían en aldeas. Destaca que su lengua era diferente al *quechua* y al *aymará*[12].

San Francisco de Atacama En 1858 Philippi recorrió el desierto de Atacama y llegó camino al norte hasta el pueblo de San Francisco de Atacama.

Si se compara su relato con los datos que proporciona la arqueología y la propia narración de Vivar, se comprueban pocos cambios en algunos aspectos de

su vida diaria, pese a la introducción, por los españoles, de nuevas plantas y animales.

Señala el viajero que los frutos de algarrobo y chañar servían de alimento a hombres y animales. La mayor parte de los terrenos cultivables estaban ocupados por alfalfales. El único grano que se cultivaba era la cebada para sustento de las mulas. La harina para el consumo de la población provenía de las provincias argentinas vecinas.

En el pueblo de Atacama se consumía, "de vez en cuando", carne de llama, procedente de los valles, camino a Potosí. También, de "tiempo en tiempo", los cazadores proveían a la población de carne de guanaco y vicuña.

La carne de uso "más común" en la aldea era el carnero, pese a que los rebaños de ovejas pastaban a bastante distancia del pueblo, en las aguadas cordilleranas.

Pocos vecinos ricos mantenían una vaca lechera para su propio uso, y no vendían la leche. Destaca el viajero que rara vez se encontraban verduras en la plaza, a lo sumo zapallo y maíz. Señala que no vio ni quínoa ni oca.

Las numerosas mulas habían reemplazado a las llamas como animal de carga, y eran utilizadas por los arrieros, tercera parte de los habitantes del pueblo, para transportar mercaderías desde el puerto boliviano de Cobija hasta Tarija, Jujuy y Salta. Los animales no se criaban en la zona, se compraban en la Argentina, al precio común de 30 ó 40 pesos.

Se veían muy pocos caballos.

Los vestidos se confeccionaban de lana de llama o de oveja, tejidos y teñidos por las mujeres[13].

La mayor parte de los habitantes del pueblo estaba constituida por "indios de casta pura". La escasa población blanca tenía origen argentino, exiliada de su país por persecuciones políticas.

La aldea de San Francisco de Atacama estaba extendida más de legua y media. Las casas ubicadas en el camino distaban unas de otras, rodeadas de huertos, "y a veces separadas por un trecho del desierto". Solamente había calles regulares con veredas empedradas cerca de la plaza, en el extremo nordeste del pueblo.

Como material para la construcción de las viviendas se utilizaba barro, y, en algunas pocas moradas, adobe. Señala el viajero alemán que "los techos son inclinados, sus tijerales son palos de chañar o de algarrobo, sobre las cintas se pone una capa doble de brea y, encima de éste, barro". El piso era de suelo natural. Muchas puertas estaban hechas de madera de quisco[14].

Esta vivienda natural, influida por el medio geográfico en pleno siglo XIX, dfiería poco en su técnica de construcción de la descrita por el capitán español en el siglo XVI.

Clanes

En la organización social y política del pueblo hay una información de Philippi sumamente interesante. Dice así: "...está dividido en cinco *Ayllos* y hay un alcalde a la cabeza de cada *ayllo,* cuya insignia es un bastón con puño de plata"[15].

Era ésta la estructura política que los españoles dieron a los indígenas peruanos en el siglo XVI, basándose en sus propias instituciones. En las ordenanzas del Virrey del Perú, Francisco de Toledo, para organizar los pueblos de indios en la provincia de Charcas tuvo en cuenta los *ayllus* que lo integraban. Cada alcalde o regidor tenía que representar un *ayllu* diferente. Si de un *ayllu* salían elegidos dos alcaldes, o dos o más regidores, en perjuicio de otro *ayllu,* solamente se

confirmaba al de mayor edad, porque se precisaba que el otro *ayllu* tuviese también su alcalde o regidor[16].

Es un ejemplo muy evidente de mestizaje cultural con vitalidad propia para subsistir: la fusión de la comunidad indígena con el régimen municipal español, donde no falta el alcalde con la insignia de su bastón con puño de plata.

Difusión del aymará

Señala Philippi que en la provincia de Tarapacá la única lengua hablada por la población indígena era el *aymará*, contradiciendo lo informado por D'Orbigny. Solamente cabrían dos posibilidades. Una sería que el naturalista francés estuviese mal informado; él mismo reconoce que vio muy pocos indios atacameños. La otra probabilidad implicaría que, en un lapso de 25 años, se hubiese difundido el *aymará* en la citada provincia.

Lengua autóctona

Informa el viajero alemán que "el idioma atacameño es limitado a una población de tres o cuatro mil almas, hablándose únicamente en los lugares: *San Pedro de Atacama, Toconao, Soncor, Socaire, Peine, Antofagasta,* y unos pequeños lugares del cantón *Chiuchiu.* Hubo un tiempo en que el idioma atacameño se hablaba también en *Chiuchiu* y Calama, pero actualmente lo ha subrogado el español en estos pueblos, y sólo personas muy ancianas entienden todavía la lengua de sus padres"[17].

Diaguitas chilenos

Al sur del desierto de Atacama, en los valles del Norte Chico, los modos de vida indígena perduraron poco tiempo, ya fuera por mestizaje, o por asimilación cultural.

La relación de Vivar, complementada con algunos datos de Mariño de Lovera, proporciona un panorama de los indios de la zona en los primeros tiempos de la conquista española.

Valle de Copiapó

En la crónica de Vivar se destaca la fertilidad del valle de Copiapó.

Cultivos

Los maizales eran excepcionales: "...Dase maíz y tan grande y gruesas las cañas que ninguna de las provincias de las que yo he visto y andado no he visto darse tan bien como en este valle; porque en otras provincias de cada caña dos o tres mazorcas, y aquí cuatro y cinco. Es muy buen maíz".

Señala el capitán burgalés que también se daban en el valle fréjoles, papas, algodón y quínoa. Describe esta planta y la compara con el bledo. Informa que los indios cocían y se comían sus granitos. Entre los árboles frutales menciona algarrobas, chañares y calces[18].

Minas

Destaca que hay minas de plata, de cobre, y de otros muchos metales[19].

Vestimenta

Informa que "andan los indios bien vestidos de algodón y de lana de ovejas"[20].

Familia

En su vida social señala: "el casamiento de estos indios es que los señores tienen a diez y doce mujeres, y los demás a una y dos mujeres"[21].

Se podría interpretar que la organización familiar estaría vinculada al status económico y social. La poliginia de los jefes estaría relacionada con ideas de prestigio y poder. En cambio, la gente del pueblo debería conformarse con una sola mujer o, cuando más, a dos.

Entierros

Describe cómo las personas fallecidas eran inhumanas con su ajuar funerario. "Su enterramiento es debajo de la tierra, no hondo. La mayor cantidad de la tierra está encima hecha montón como pila de cal. Entiérranse junto a un sitio que les parece ser buena tierra; juntamente entierran consigo sus armas y ropas y joyas"[22].

Creencias

En su vida religiosa destaca la influencia incaica. "Los ritos y ceremonias que

tienen es adorar al sol como los de Atacama, porque lo tomaron de los Incas cuando de ellos fueron conquistados". A continuación señala: "...hablan con el demonio los que más por amigos se le dan, y estos son temidos de los demás. Creen y usan de las predestinaciones que aquéllos les dicen"[23]. El cronista hace referencia a la función adivinatoria de los *chamanes* al entrar en comunicación con los espíritus o seres sobrenaturales.

Demografía

Sobre la densidad de población del valle de Copiapó las cifras son contradictorias. Vivar dice: ...en esa sazón había mil indios"[24], Mariño de Lovera, por su parte, refiere que en la batalla librada contra los españoles el ejército indígena del valle era de ocho mil hombres[25]. Estimamos que esta cifra podría facilitar el cálculo. Al librar combate el indio se concentraba, mientras que, en tiempos de paz, las viviendas dispersas podrían dar impresión de escaso número. Es evidente que la cifra dada por Vivar no puede ser considerada fidedigna.

Ambos cronistas proporcionan información sobre la guerra que libraron castellanos e indios.

Armas

El capitán Pedro Mariño de Lovera describe sus armas "...concurrieron de todos los lugares del contorno en sus compañías y escuadrones ordenados, con muchas lanzas largas, dardos arrojadizos, arcos de flechas, hondas y macanas (según ellos llaman, que son cierto género de porras y bastones), y otras armas ofensivas; y también algunas defensivas de muy recios cueros de animales, que es el uso más común entre ellos"[26].

Llama la atención el ordenamiento en escuadrones, las armas ofensivas y las corazas o protecciones de cuero. Coincide esta manera de hacer la guerra con la táctica y armamento mapuches.

Conquista del pucará

Vivar describe el *pucará* del valle y cómo fue conquistado: "...el asiento que este fuerte tenía entre dos altas sierras que no se podía entrar a él sino por dos muy angostas sierras y sendas que los indios tenían hecha a mano y a trechos muy malos pasos de despeñaderos y flechaderos, y arriba una gruesa muralla que atraviesa de una sierra a otra. Tendrá de largo cien pasos, y ante ella una profundísima cava llena de agua, y dentro de ellas hechos muchos flechaderos para poder hacer a su salvo todo el daño a los que ganárselas quisiesen, de suerte que los que entraban habían ser combatidos de ambas sierras y del llano; y si el general no tuviese tanta diligencia en caminar tan largo camino en breve tiempo y tomarle los espías que tenían puestos los señores porque no fuesen avisados de su ida para acometerlos tan impensadamente y con tanto ánimo y determinación no se les podía ganar el paso, y si se ganara fuera con gran trabajo y pérdida de cristianos"[27].

Se describen en la Crónica las ceremonias de acatamiento de los indios a don Pedro de Valdivia: "Por este respecto digo que bajaron los dos capitanes con otros indios a donde estaba el General Pedro de Valdivia y le hicieron su acatamiento como ellos lo usaban con aquellas ceremonias que tienen de costumbre, haciendo una reverencia con ambas piernas, corvándolas un poco y alzando las manos parejas contra el rostro de que obedecen, haciendo con la boca una manera de besar. Por esto llaman a esta ceremonia que quiere decir tanto como besar y adorar y reverenciar"[28].

Jerónimo de Vivar también proporciona datos sobre los valles de Huasco, Coquimbo y Limarí.

Valle de Huasco

El valle de Huasco tenía "en esta sazón ochocientos indios"[29], dice el secreta-

rio de don Pedro de Valdivia. Respecto a esta cifra se puede hacer un comentario análogo a la del valle de Copiapó.

Alimentación La alimentación estaba basada en frutos y producción agrícola. "...hay los árboles que en Copiapó tengo dicho, que es el algarrobo y chañares y calces, hay de aquellos cardones ...cógese maíz, y frisoles y quinoa y zapallos..."[30].

Hacían sus bebidas alcohólicas con algarroba y maíz. En sus fiestas se emborrachaban, y, según acota el cronista, "no lo tienen por deshonra"[31].

Vestido Su vestimenta era similar a la del valle de Copiapó. "Andan bien vestido de lana y algodón, aunque no se coge mucho"[32].

Armas Sus armas eran: "...flechas y las galgas que tengo dicho aunque estas galgas son generales entre todas las naciones de los indios[33].

Jefatura En el valle tenían sus jefes. "Habían en él dos señores que se llamaban Sangotay"[34]. Este tipo de organización política dual lo vamos a encontrar también en el valle de Aconcagua.

Dependían políticamente del Cuzco, porque el valle fue conquistado por los Incas[35].

Ritual Sus ritos y ceremonias religiosas eran similares a los de los indios del valle de Copiapó[36].

Lengua Las diferencias lingüísticas entre ambos valles parecerían ser meramente dialectales. Dice el cronista: "...estos indios difieren de la lengua de Copiapó como viscaínos y navarros"[37].

Valle de Coquimbo Registra el cronista, en el valle de Coquimbo, un aumento de precipitaciones. Las mejores condiciones del medio geográfico permitía albergar una población más densa. Señala Vivar: "...había muy mucha gente y era muy poblado"[38].

Cultivos Su principal ocupación era la agricultura. "Dase maíz y frisoles y papas y quinoa y zapallos y darse han toda las plantas y árboles de nuestra España y hortaliza que en el se pusiere... En algunas partes de este valle hay algarrobos, y en algunas partes hay chañares. Hay calces y hay mucho arrayán"[39].

Tenían semejanza con los indios del valle de Huasco[40], en sus vestidos, costumbres, ritos y ceremonias. Odiaban a los conquitadores. Señala Pedro Mariño de Lovera que, aliados a los indígenas de los valles de Copiapó, Huasco y Elqui, procedieron a destruir la ciudad de La Serena. La relación del cronista adquiere un intenso dramatismo al relatar el hecho: "Habiendo pasado la noche en que hicieron este estrago, y llegado el día que los descubrió claramente, juntaron los bárbaros algunos españoles, que habían tomado vivos; y los niños pequeñitos con sus madres, y las demás mujeres, y a todo los despedazaron rabiosamente con grandísima crueldad, como si fueran tigres o leones. A las criaturas las mataban dando con ellas en la pared, a las madres con otros tormentos más intensos, y a los hombres empalándolos vivos, y era tan desaforada su zaña, que porque no quedase rastro de los cristianos mataban con extraordinario modo, a los perros, gatos, gallinas y semejantes animales, que habían metido los cristianos en el reino: finalmente hasta las camas en que dormían las quemaron todas, haciendo pedazo las vasijas, y luego pusieron fuego por todas partes a la ciudad; y no pararon hasta que no quedase rastro de ella"[41].

Destrucción de La Serena

Lengua Según Vivar tenían estos indios lengua propia[42].

Valle de Limarí El valle de Limarí estaba escasamente poblado, dice Vivar[43].

Proporciona datos de los árboles frutales: "...tienen calces y arrayán. Hay

unos árboles que se dice espinillo por que tienen muchas espinas, tiene la hoja menudita. Hay en algunas partes algarrobo..."[44].

Vestido de hierbas

Describe el cronista un tipo de vestimenta de hierbas, "...lo cual es de esta manera: una hierba a manera de espadaña que se dice *cabuya majalan*, y sacan unas hebras como cáñamo e hílanlo; y de esto hacen vestidos". Pero los más pudientes usaban ropas de lana: "...y su traje es unas mantas revueltas por la cintura que les cubre hasta la rodilla, y otra más pequeña manta echada por los hombros presa al pecho por una púa o espina de las que tengo dicho de cardones"[45].

Entierros

Sus creencias y prácticas funerarias eran semejantes a las de los indios que poblaban los valles nortinos. Dice Vivar "...hablan con el demonio... sus enterramientos es en los campos"[46].

Lengua

Señala el citado militar "...es lengua por sí y diferente de las de Coquimbo"[47].

NOTAS

[1]Mostny, pp. 72 a 107.
[2]Cornely, pp. 36 y 37.
[3]Vivar, p. 13.
[4]Vivar, p. 13.
[5]Vivar, p. 14.
[6]Vivar, p. 14.
[7]Vivar, p. 14.
[8]Vivar, p. 14.
[9]Vivar, p. 14.
[10]Vivar, p. 14.
[11]Vivar, p. 14.
[12]D'Orbigny, p. 194.
[13]Philippi, p. 53.
[14]Philippi, pp. 53 y 54.
[15]Philippi, p. 54.
[16]Levillier, VIII, p. 308.
[17]Philippi, p. 56.
[18]Vivar, p. 27.
[19]Vivar, p. 27.
[20]Por lana "de oveja" debemos entender lana de cualquier auquénido; no hay que olvidar que los españoles usaban vocablos en castellano para designar a los animales domésticos indígenas. Vivar, p. 27.
[21]Vivar, p. 27.
[22]Vivar, p. 27.
[23]Vivar, p. 27.
[24]Vivar, p. 27.
[25]Mariño de Lovera, p. 41.
[26]Mariño de Lovera, p. 41.
[27]Vivar, pp. 25 y 26.
[28]Vivar, p. 23.
[29]Vivar, p. 29.
[30]Vivar, p. 29.
[31]Vivar, p. 29.
[32]Vivar, p. 29.
[33]Por galgas se entiende piedras grandes que bajan rodando por una cuesta. Vivar, p. 29.
[34]Vivar, p. 29.
[35]Vivar, p. 29.
[36]Vivar, p. 29.
[37]Vivar, p. 29.
[38]Vivar, p. 32.
[39]Vivar, p. 32.
[40]Vivar, p. 32.
[41]Mariño de Lovera, pp. 101 y 102.
[42]Vivar, p. 32.
[43]Vivar, p. 32.
[44]Vivar, p. 32.
[45]Vivar, p. 33.
[46]Vivar, p. 33.
[47]Vivar, p. 33.

II

CULTIVADORES DEL CENTRO SUR

LOS PUEBLOS ARAUCANOS

> *...tienen mucho de lo que llaman los políticos* Democracia... *pues para cualquiera cosa de importancia se juntan todos, y principalmente los caciques, y convienen en lo que han de hacer* (Rosales, Diego, I, p. 177).

En este capítulo se reúne en un contexto a los grupos indígenas que poblaban la mayor parte del territorio. Desde el río Choapa hasta el archipiélago de Chiloé se hablaba el idioma araucano.

¿Esta gente, con una misma lengua, constituía un pueblo unitario? ¿O sería mejor pensar que los indios guerreros entre los ríos Itata y Toltén tuvieron un origen distinto a los ubicados al norte y al sur de estas corrientes fluviales?

Hipótesis de Latcham

Está muy difundida, en la literatura, la hipótesis de Ricardo Latcham, quien atribuye una génesis diferente a los *Mapuches* de los restantes pueblos de lengua araucana.

Este afamado antropólogo sostenía que los *Mapuches* eran una tribu pampeana, de indios cazadores, quienes atravesaron la cordillera, probablemente en el siglo XIII, y se introdujeron, como cuña, entre los pueblos agroalfareros. Al ocupar la región comprendida entre los ríos citados, separaron a los *Picunches* de los *Huilliches*. Sin embargo, recibieron la influencia cultural de los primeros habitantes de la zona, aceptaron su lengua y el cultivo de la tierra.

Crítica

El arqueólogo austríaco, Osvaldo Menghin hace una severa crítica a esta tesis de Ricardo Latcham. Demuestra que sus argumentos de índole antropológica, etnológica, lingüística y arqueológica, son demasiado débiles para que puedan mantenerse hoy día[1].

Nomenclatura

También se polemiza en la nomenclatura.

¿Se debe mantener el vocablo "araucano" para referirse al idioma, o sería mejor reemplazarlo por la voz "mapuche"?.

Pese a que la palabra arauco sea un error fonético, o una invención artificial de Alonso de Ercilla (*raqco,* significa agua gredosa), se ha extendido, por el uso, a la literatura científica.

Pueblos araucanos

Hoy día se entiende por pueblos de lengua araucana a los *Picunches,* de la zona central, a los *Mapuches,* comprendido entre los ríos Itata y Toltén, a los *Huilliches,* ubicados al sur de los indios guerreros, alcanzando hasta el río Bueno, y a los *Cuncos,* subtribu de los *Huilliches,* su grupo más meridional, que alcanzó a extenderse hasta la mitad septentrional de la isla grande de Chiloé. Además hay que agregar las tribus de la cordillera, *Pehuenches* y *Puelches,* las cuales fueron araucanizadas en los siglos XVIII y XIX, pero como no alcanzaron la fase cultural neolítica, agroalfarera, van a ser tratados en otro capítulo.

Si se utilizara solamente la voz *"mapuche"* para designar a distintos pueblos de la misma lengua se crearía confusión para su ubicación geográfica y se anularían sus matices regionales.

Vestimenta y quehaceres del indio araucano (Frezier, *Relation du voyage de la Mer du Sud...*, 1716).

A. Los Picunches

Algunas crónicas del siglo XVI proporcionan datos sobre los indios de la zona central.

Despoblación

Las relaciones del siglo XVII, al reconsiderar el tema, comprueban la disminución de la población indígena en la región y su españolización en lengua y costumbres.

Posiblemente se conjugaron dos factores: mestizaje y asimilación cultural, para que los indígenas de la zona citada perdiesen su personalidad étnica.

La crónica de Vivar, la principal fuente de la época, ubica al sur del valle del Mapocho a los indios *Pormocaes*. Podría ser calificado como un subgrupo, más primitivo, de los *Picunches,* propiamente tales.

Vivar, Góngora Marmolejo y Mariño de Lovera proporcionan datos de los aborígenes que poblaban los valles de Aconcagua y Mapocho.

Agricultura

El cultivo de la tierra, especialmente el maíz, constituía la base de la alimentación en el valle de Mapocho. Vivar narra detalladamente las primitivas técnicas agrícolas utilizadas por los indígenas: "...y con cada indio anda un muchacho con una talega de frísoles echando en los hoyos tres o cuatro granos. Cubriendo éstos se cría sin arar ni cavar sino en los herbazales y montes y tierra delgada y guijarrales. Cada quince días o veinte los riegan y al coger dan de una fanega[2] a más de veinte y cinco.... El maíz cuando lo siembran en octubre, que es como abril en España, siémbrase en tierra enjuta algunos y otros en regada de cinco o seis días cavando la tierra con aquellas estacas, y otros echando el maíz en los hoyos que serán tres o cuatro granos. Cuando nace guárdanlo, que las aves no lo coman, y después que está nacido de dos o tres hojas está el campo y hierba seca, que hay mucha y muy alta. Echanle fuego y hácese ceniza y aunque mala, más parte de las hojas del maíz. Luego lo riegan; sale furioso y acude sesenta y ochenta fanegas; da una fanega de cincuenta hasta ciento; dase mejor en monte[3].

Góngora Marmolejo señala la abundancia de maizales en el valle de Cachapoal[4].

Vestido

El cronista burgalés destaca que en el valle de Aconcagua los indios usaban distintos tipos de vestimenta de acuerdo a su posición económica: "Andan vestidos de lana y los pobres andan vestidos de unas mantas hechas de cáscaras de una hierba que tengo dicho, la cual hilan y tejen. El hábito de ellos es como el que habemos dicho"[5].

Señala la atracción sexual que ejercían las mujeres del valle, por el modo de vestirse y el tocado de sus cabellos: "Ellas traen una manta que les cubre desde la cintura hasta abajo de la rodilla. Traen los pechos de fuera; son causa que se estraguen los hombres en la condición. Traen otra tela que tendrá una vara[6] que las cubre los hombros y las espaldas. Traen el cabello tendido; tiénenlo en mucho; tiénenlo por honra tener bueno y largo el cabello, y tienen por muy grande afrenta trasquilarle los cabellos"[7].

Informa Vivar que la vestimenta "antigua" de los indios en el valle de Mapocho eran dos mantas de lana, una les ceñía la cintura hasta las rodillas, y era sujetada por una faja del ancho "de una cincha de caballo", y la otra, les cubría los hombros y se la prendían al pecho. Destaca que este vestido cayó en desuso algunos años después, y fue reemplazado, en la mayoría de los indios, por vestimenta de algodón que llegaba del Perú, y a la usanza quechua[8].

Adornos

En el valle de Mapocho estaba generalizado, entre las indias, el uso de pinturas en partes destacadas de sus cuerpos: "Acostumbraban las indias a pintarse la barba como los moriscos; hacen tres rayas o media luna o la señal que se le antoja, y los pechos y las muñecas de los brazos"[9].

Numeración

En su sistema de numeración señala Vivar: "Cuentan hasta diez y no es más su cuenta, que lo demás cuenta por dieces"[10]. Es evidente, en esta cita, la influencia del sistema decimal incaico.

Vivienda dispersa

Los *Picunches,* como otros grupos araucanos, no residían en pueblos. Les gustaba "vivir cada uno en el sitio que mejor le parecía para tener su sementera y ganado. Y así no tenía más comunicación unos con otros, ultra de la de cierto día señalado, en que se juntaban como a ferias, en un lugar diputado para ello..."[11].

Guerra

El capitán gallego describe la táctica de estos indios al trabar combate con los españoles: "Pero como los indios eran en tan gran número nunca dejaba de estar el campo cuajado de ellos entrando siempre escuadrones de refresco".

Sus adornos guerreros consistían en "...la mucha plumería que traían en sus cabezas de diversos colores, y las pinturas de sus rostros que estaban matizados con la variedad de labores que suelen en semejantes ocasiones...".

Usaban gran diversidad de armas ofensivas: "...que traían en las manos como dardos arrojadizos, con tiraderas: porras de armas de metal con púas de extraño artificio; lanzas cortas; picas en abundancia; macanas fuertes; arcos grandísimos de flechas tan largas y sutiles, y de tanta fortaleza que pasan el arzón de una silla jineta pasando la flecha de claro más adelante"[12].

Juego de azar

Los indios de la zona central eran aficionados a un juego de azar, del que Vivar narra detalladamente su estructura: "...en el suelo hacen una placita pequeña y por una parte de ella hacen una raya como una C al derecho y otra C en contra al revés, y en medio de estas dos Ces, digo en las cabezas está un hoyuelo pequeño, y por las dos Ces va por cada una de ella diez hoyuelos más pequeños. Ponen por ellos piedras o maíces o palos de manera que difieren en la color los unos de los otros. Desde fuera de este circuito hincan una varita de tres palmos y la cabeza de ella cae en medio de este circuito de las Ces. Hacen de una varita de mimbre una O atada allí que será tan grande como una ajorca".

Los jugadores no podían ser más de dos por cada lado, utilizaban piedritas que corrían por casillas u "hoyuelos" de los adversarios, ocupándolas y desalojando al contrario, y "matando" la piedrita del contrario al caer encima, o perdiéndola si caía en la casilla u "hoyuelo" del medio. Para hacer correr las piedritas por los casilleros, en lugar de dados, utilizaban porotos blancos a los que pintaban una de sus caras de negro para darles un valor convencional y poder contar tantos. Tenían que pasarlo por la ajorca, al tiempo que se daban "con las manos en el pecho y en el muslo derecho". El cronista concluye su narración, señalando que eran los indios tan apasionados en este juego, que no sólo apostaban lo que tenían sino que llegaban hasta jugarse sus "mujeres e hijas"[13].

Jefatura dual

La organización política del valle de Aconcagua era dual, como ya se señaló. Uno de los señores, Tanjalongo, mandaba "de la mitad del valle a la mar", y, el otro cacique, llamado Michimalongo, señoreaba "la mitad del valle hasta la sierra"[14].

Elección del jefe militar

Según Mariño de Lovera, Michimalongo fue elegido caudillo militar, ante "un negocio tan grave como era la entrada de los españoles". Relata el cronista que se congregaron, en un lugar determinado para estos fines y, allí estuvieron algunos días, "banqueteando y brindando con solemnes borracheras[15] antes de proceder a la elección. Se señala, en la crónica, que salió electo por ser un indio "esforzado" y "respetado". No proporciona información si estaban representados en la asamblea los indígenas de los dos valles.

Pero se podría inferir, a través de los datos, que su ejército se constituyó en el valle de Aconcagua, y marchó a toda prisa hacia el valle de Mapocho, para impedir que los españoles se asentasen definitivamente en el territorio[16].

Esta información tiene interés, desde un punto de vista comparativo, porque los *Mapuches* también elegían, en asambleas, a sus jefes para la guerra.

Caciques

Se trataba de un sistema independiente de la estructura política del cacicazgo hereditario.

Los jefes indígenas del valle de Mapocho eran polígamos. Practicaban una poliginia sororal, casándose con varias hermanas o sobrinas a la vez. El pueblo, en cambio, por razones de orden económico y social, tenían una o dos esposas[17].

El cargo de cacique, como se señaló, era hereditario: "...y desde que muere algún señor hereda los señoríos el hijo de la mujer primera que hubo... si no tiene hijos en esta primera mujer, hereda el hermano, y donde no, el pariente más cercano"[18]. Obsérvese la importancia de la primera mujer, las restantes esposas deberían ser secundarias, puestos que sus hijos, en ningún caso, podían heredar el cacicazgo.

Fiestas

En sus fiestas se reunían para beber, cantar y bailar. Se adornaban con pinturas faciales y usaban sus mejores vestimentas. Las reuniones terminaban con borracheras: "Aquí se embriagan y no lo tienen en nada; antes lo tienen por grandeza".

El cronista señala que en estas ocasiones eran comunes los envenenamientos. Posiblemente, aflorarían odios y resentimientos y encontrarían el momento oportuno para vengarse de sus enemigos personales bajo pretexto de camaradería y amistad.

Chamanismo

Los *chamanes* participaban en estas fiestas. Se apartaban de la concurrencia para ponerse en comunicación con el mundo de los espíritus, o seres sobrenaturales: "Tienen con el demonio su pacto y éstos son señalados entre ellos y aun tenidos. Estando en estas fiestas, éstos se levantan y, apartados un poco de la otra gente habla entre sí como si tuviesen al demonio. Yo los vi muchas veces y paréceme que lo deben de ver o se lo demuestra".

En estado de trance, ofrendaban, como los *Mapuches,* sangre extraída de su propio cuerpo: "Estando en esta habla, saca una quisca que ellos llaman, que es una manera de huso hecho de palo y, en presencia de toda la gente, se pasa con ella la lengua dos o tres veces y, por el consiguiente, hace lo mismo a su natura, y aquella sangre que saca, lo escupe y lo ofrece al demonio, que en esto lo tienen encestidos [encestados][19]. Yo los vi algunas veces y los vi ya luego sanos, y les pregunté a algunos que si sentían dolor, y decían que no".

Hechicería

Mariño de Lovera también proporciona información sobre hechiceros, y los procedimientos mágicos que usaban para curar a los enfermos, muy similares a los utilizados por los *Mapuches*: "Antiguamente adoraban al demonio, consultándole sus oráculos por medio de los hechiceros; los cuales muchas veces daban respuestas de su cabeza; no tenían adoratorios hechizos sino al primer

cerro que topaban, y aunque los hechiceros fingían que sacaban piedras, palos y otras cosas por su arte, y también curaban con yerbas supersticiosamente..."[20].

Sabeísmo

Superpuesto a las creencias mágicas estaba el culto a los astros introducido por los Incas: "Es su adoración al sol y a la luna, y esto tomaron de los Incas, cuando de ellos fueron conquistados"[21].

Ritos fúnebres

Señala Vivar respecto a sus costumbres funerarias: "...muriendo un señor u otra cualquier persona, ayúntanse todos los parientes y amigos del muerto y tienen muy grande cantidad de su vino y ponen al difunto en el cuerpo de la casa. Juntos todos hacen sus llantos y sus oraciones dedicadas al demonio nuestro adversario, y allí lo ven"[22]. Podría interpretarse que al reunirse amigos y parientes para velarlo invocarían al espíritu o ser sobrenatural que protegía al difunto. En cuanto al "vino"[23], aunque no se señala, en la cita, que terminaran embriagados, está implícito que la bebida tendría que ser consumida.

Sus creencias mortuorias estaban relacionadas con su fe en la supervivencia, donde continuaban con las mismas necesidades que en su primera existencia. Esta es la razón del ajuar funerario. El luto se exteriorizaba simbólicamente con pinturas faciales: "Así de esta manera lo tienen tres o cuatro días y, al cabo de los tres, le visten las más privadas ropas que él tenía, vestido lo meten en una talega, que le ponen en la mano maíz y frísoles y pepitas de zapallos, y de todas las demás semillas que ellos tienen. Le lían con una soga muy bien y llévanle a la tierra heredad más preciada que él tenía y solía sembrar. Allí hacen un hoyo y allí le meten un cántaro y ollas y escudillas. Venido averiguar para qué es aquello y para qué meten semillas, es para que coma y siembre allá adonde fuere, que bien entienden que sale del cuerpo y se aparta a otra casa que halla donde va, que ha menester trabajar, y en esto los tiene ciegos el demonio. Allí están otros cuatro días, haciendo su llanto por el difunto y los parientes se embijan los rostros de negro en señal de luto"[24].

Despoblación del valle de Mapocho

Los indios del valle de Mapocho disminuyeron en número rápidamente con la conquista española. Los datos de Vivar en esta materia son precisos: "No hay tanta gente en esta provincia como cuando los cristianos entraron en ella a causa de las guerras y alzamientos que con los españoles tuvieron. Fue parte para disminuirlos que, de tres partes, no hay la una, y las minas han sido también parte que lo uno con lo otro se han juntado el destruimiento de ellos"[25]. En otra parte de la crónica proporciona cifras: "Cuando los españoles entraron en esta tierra había más de xxv mil indios y no han quedado en los términos de esta ciudad ni a ellos sirven sino es 9 mil indios porque con las guerras pasadas y también el trabajo de las minas, ha disminuido su parte"[26].

Indios Pormocaes

La provincia de los *Pormocaes,* según Vivar, comenzaba siete leguas al sur de la ciudad de Santiago, en un lugar donde los cerros "hacen una angostura", y alcanzaba hasta el río Maule[27].

Estuvieron bajo la dominación incásica[28].

Señala Vivar que los Incas los designaron con ese nombre: "Visto los Incas su manera de vivir, los llaman Pomaucaes, que quiere decir "lobos monteses", y de aquí se quedaron Pormocaes..."[29].

En lengua y vestido eran similares a los indios del valle de Mapocho[30]. Sin embargo, sus modos de vida eran más primitivos: "...sembraban muy poco y se sustentaban el más de tiempo de raíces de una manera de cebolla que tengo dicho, y de otra raíz que llaman ellos *pique-pique,* que es una manera de castañas piladas[31] salvo que no tienen el gusto que ellas y blancas".

Adoraban, señala el mismo cronista, "al sol y a las nieves porque les da agua para regar sus sementeras"[32].

B. Los Mapuches

Este grupo indígena cuenta con la bibliografía etnográfica más abundante de Chile, la cual abarca desde el siglo XVI hasta la actualidad.

Se utilizarán preferentemente, en este capítulo, fuentes de los siglos XVI y XVII, sin excluir algunas relaciones de los siglos XVIII y XIX, para intentar señalar algunos patrones culturales que se mantuvieron con escasas alteraciones, pese al trato y comunicación con los españoles.

Amor a la libertad

Posiblemente, una de las causas que influyó para que exista una literatura tan copiosa sobre el tema fue la heroica resistencia mapuche a la dominación española. Alonso de Ercilla es el caso clásico de un poeta que se inspira en las hazañas del enemigo. Llega a decir en el prólogo de *La Araucana*: "Y si alguno le pareciere que me muestro inclinado a la parte de los araucanos tratando sus cosas y valentías más detenidamente que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicios de ella, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles"[33].

Vida material

Densidad de población

La población indígena era densa en la zona: "Hay del río Itata hasta el río de Toltén, que está 8 leguas de la ciudad Imperial, 60 leguas y todo este término está muy poblado de gente muy belicosa"[34].

Agricultura

El cultivo de la tierra constituía la base de su alimentación. En su cuarta carta, fechada en Concepción, señala don Pedro de Valdivia: "...abundosa en todos los mantenimientos que siembran los indios para su sustentación, así como maíz, papas, quinua, madí, ají y frísoles..."[35].

En el vocabulario del padre Luis de Valdivia se registran las siguientes voces: *malle ua,* maíz pintado; *mldu,* pan de maíz; *muti,* maíz cocido; *múrque,* harina de maíz; *uminta* (humita) pan de maíz; *poñu,* papas y bollos de papas; *cului,* porotos o fréjoles secos; *dugúll,* fréjoles.

Molina señala que cultivaban más de treinta clases diferentes de papas[36]. El viajero inglés Stevenson menciona cuatro especies distintas de maíz, dos de quínoa, tres de porotos, y reduce las especies de papas, de las treinta que menciona el famoso abate, a siete u ocho. Destaca como excelentes alimentos los zapallos y las habas[37].

Alimentación

En las Crónicas de Diego Rosales y Francisco Bascuñán se mencionan algunos alimentos típicos indígenas: "...caldillo de papas que hacen con agua y greda amarilla..."[38], "pollos muy bien aderezados con mucha pepitoria de zapallo, ají y otros compuestos"[39], "...envoltorios de maíz y porotos"[40], "...carne con papas y otros adherentes"[41], "...carne cruda revuelta con sal y ají"[42], "ulpo, que es harina de maíz tostado con agua"[43].

Stevenson, en su relación, menciona algunas comidas araucanas derivadas del maíz: *chuchoca, humitas, mote, ulpo,* que pasaron a ser alimentos populares en la cocina chilena[44].

Treutler señala que, al recorrer territorio indígena, siempre le obsequiaban sangre de cordero en las rucas: "...se trajo un cordero vivo que se ató a un poste; lo degollaron, en el cuello sangriento echaron sal y ají, y la sangre caliente todavía, así condimentada, fue servida en pequeños platos de palo a todos los que nos hallábamos presentes"[45].

Esta costumbre debía derivar de sangrar los auquénidos, pero sin sacrificarlos, según relata González de Nájera.

Bebidas

Una de las bebidas fermentadas, típicas entre los *Mapuches,* era el *pulcu mudai,* o chicha de maíz.

Rosales proporciona datos sobre su proceso de elaboración: "Cuando han de hacer mucha chicha para una gran fiesta, se juntan de noche las mujeres, y puestas en rueda con sus piedras de moler están toda la noche cantando a una un cantar muy gracioso, en que van haciendo los tonos al compás del movimiento del moler. Las viejas y los niños que no tienen fuerza para moler (y que pide mucha fuerza) trabajan en hacer levadura, que la hacen de la harina que van moliendo, mascándola y echándola en un cántaro, y hay vieja que con levadura echa una muela. Esta levadura y la harina molida la echan en unas pailas muy grandes que están al fuego con agua, y esa es la chicha en tomando punto, la cual, si se guarda muchos días, se aceda y está fortísima como un vinagre fuerte. Y esa les suele saber mejor, que dicen que es como vino añejo..."[46].

Bascuñán cita una chicha de frutilla muy picante que le obsequiaron, en las rucas, cuando estuvo cautivo[47].

Instrumentos agrícolas

Informa, en *Cautiverio feliz,* sobre los instrumentos de labranza que utilizaban para arar la tierra, y el espíritu comunitario y festivo que tenía este trabajo: "Con esta advertencia fuimos a su casa, adonde se juntaron más de sesenta indios con sus arados e instrumentos manuales, que llaman *hueullos,* unos a modo de tenedores de tres puntas, que en otra ocasión me parece, he significado de la suerte que con ellos se levanta la tierra; otros son a la semejanza de unas palas de horno, de dos varas de largo, tan anchos de arriba como de abajo, y el remate de la parte superior, como cosa de una tercia, disminuido y redondo para poder abarcarle con la una mano y con la otra de la asa que en medio tiene para el efecto; y de aquella suerte se cava la tierra muñida, y hacen los camellones en que las mujeres van sembrando. Estos días son de regocijo y entretenimiento entre ellos, porque el autor del convite y dueño de las chacras mata muchas terneras, ovejas de la tierra y carneros para el gasto, y la campaña adonde están trabajando, cada uno adonde le toca su tarea, está sembrada de cántaras de chicha y diversos fogones con asadores de carne, ollas de guisados, de adonde las mujeres les van llevando de comer y de beber a menudo"[48].

División del trabajo por sexo

Se desprende de esta cita una división del trabajo por sexo. El hombre preparaba el terreno y hacía los camellones, y la mujer sembraba.

No existía la relación entre patrón y jornalero. Familiares y vecinos se ayudaban mutuamente. A cambio de su trabajo, el dueño de la chacra los agasajaba con carne y chicha.

Propiedad familiar

Cada familia tenía sus tierras donde habitan, señala Gómez de Vidaurre: "...las cuales les han venido de sus antepasados, y de las cuales, por medio de la agricultura, sacan ellos su sustento. Así como los *toquis, apoulmenes* y los *ulmenes* tienen ciertos límites del territorio de su jurisdicción, así también cada familia tiene su territorio, que no le es disputado por alguno otro, del cual no sale ninguna de aquellas parentelas y lo poseen como de común"[49].

Animales domésticos

Los *Mapuches* criaban auquénidos, aunque su número era escaso: "Cuando entramos en esta tierra los españoles, había ganado, aunque no mucho, y con las guerras se han acabado, por lo cual no hay ahora ninguno sino cual o cual"[50].

Los pocos ejemplares que conservaban estaban reservados para las festividades, agasajos a huéspedes ilustres, y para el sacrificio y comida ritual, cuando declaraban la guerra o concertaban las paces. En el vocabulario del padre Luis de Valdivia figura con los nombres de *rehueque* y *chillihueque.*

Otros animales domésticos eran el perro, *thegua,* y la gallina, *ata.* En el citado vocabulario del misionero jesuita se denomina a la gallina ponedora: *coñivoe ata.*

Pesca

La pesca constituía otra fuente de alimentos. Señala el padre Rosales que los indios de Imperial se hacían a la mar, en balsas de paja, para pescar corvinas abundantemente[51]. También los indios de esta zona cogían peces, según Olivares, en el río Imperial con cañas de coligüe: "En los meses de febrero y marzo en que suben en mayor copia practican los indios la pesca de esta suerte: se ponen de una a otra margen distante uno de otro pocas varas, y armados con unas cañas sólidas ausadas que en su idioma llaman coligües: estas cañas metiéndolas en el río con un pulso de quien hiere, clavan el pescado que está densamente apiñado en las aguas, y sin más acción que clavarlo y sacarlo, juntan los pescadores en pocas horas lo bastante para abastecer a los habitantes (que son muchos) de las tierras adyacentes..."[52].

Artesanía

Hacían los instrumentos y recipientes culinarios de piedra, madera y greda.

Molían sus granos en un mortero. De madera hacían sus platos, cucharas y jarros para beber chicha.

Tenían grandes tinajas de greda, "harán poco más de una arroba", señala Bascuñán[53].

Otra industria era la cestería.

Rosales explica el antiguo procedimiento para hacer fuego: "...su piedra y eslabón son dos palitos, y apenas hay indios que no los traiga colgando en la cintura, particularmente los que van a la guerra o hacen camino. Y a estos palitos llaman *Repu:* el uno de ellos es algo puntiagudo y el otro agujereado por medio, de manera que el uno encaja en el otro como el gorrón en el dedo, y el uno es hembra y el otro macho. Asientan el un palito en el suelo y tiénenle fijo con los pies, y con el macho sacan fuego del otro palito, afirmando con las dos manos y refregándole entre ellos con fuerza y maña. Porque ludiendo el quicio sobre el dado hacen entre los dos un aserrín menudito, que con la colusión de los dos palitos se enciende brevísimamente, y echando aquel aserrín encendido en unas pajas o en otra materia seca, a dos soplos tienen sacado fuego..."[54].

Los *Mapuches* conocían el arte textil. Las mujeres hilaban y tejían la lana "en telares que arman de pocos palos y artificio". El tinte lo conseguían utilizando raíces. Sin embargo, para obtener el negro cocían "...lo que han de teñir en cieno negro repodrido..."[55].

Vestimenta

Pedro de Valdivia señala que tanto los hombres como las mujeres vestían de lana[56].

Góngora Marmolejo proporciona más datos: "Andan vestidos con unas camisetas sin mangas y algunos traen zaragüeles"[57].

Vivar explica en qué consistían estos zaragüeles: "...es una manta de vara y

media de largo y una de ancho. Esta se pone entre las piernas y los cabos se ciñen a la cintura...". Esta prenda de vestir debería ser el chiripá.

Rosales describe la otra vestimenta típica; el poncho: "...una camiseta cuadrada abierta por medio, cuanto cabe la cabeza, que entrándola por ella cae sobre los hombros..."[58].

Las mujeres vestían también poncho, pero en lugar de chiripá usaban una manta ceñida a la cintura, la cual hacía función de falda[59]. Los brazos y las piernas debajo de las rodillas estaban descubiertos.

Tocado

Los hombres traían el cabello cortado por debajo de la oreja y encima de los ojos[60]. Cuando iban a la guerra se lo trasquilaban de raíz[61]. Las mujeres usaban el pelo largo, trenzado con unas cintas hechas de caracolitos de mar, muy blancos y pequeños[62]. Estas trenzas se las echaban a la espalda. Por delante se cortaban el cabello hasta cerca de las cejas.

Adornos

Otro adorno mujeril eran las *llancas*. Consistían en piedras verdes, agujereadas en el medio, y ensartadas. Las solían coser en un "pedazo de caño o cartón en forma de media luna"[63], y se las colocaban al pecho.

Rucas

Las crónicas del siglo XVI destacan el tamaño de la vivienda indígena: "...fuertes con grandes tablazones...", señala don Pedro de Valdivia[64]. Mariño de Lovera afirma que tenían "...cuatrocientos pies en cuadro cada una, y algunas de más, y no pocas de ochocientos pies..."[65]. De acuerdo a esta estimación del capitán, estas *rucas* tendrían un frente que fluctuaría aproximadamente de 28 a 56 metros. El número de puertas, según Valdivia, variarían de dos a ocho, y de acuerdo con Mariño de Lovera, las más grandes tendrían hasta quince entradas.

Esta variación en el tamaño de la casa estaría vinculada a la función que desempeñaba. Señala el capitán gallego que algunos indios tenían muchas mujeres y que para cada esposa tenían una puerta aparte[66].

Los conquistadores españoles tienen que haberse impresionado en sus relatos con estas enormes viviendas y prestado poca atención a las rucas donde moraban familias monogámicas.

Postes totémicos

Varios cronistas, Vivar[67], Ercilla[68], Mariño de Lovera[69], recalcan que en la región denominada por los españoles Imperial, en recuerdo al emblema del emperador Carlos V, las puertas y "tejados" de las casas estaban adornados con tallas de madera en forma de águila bicéfala. Otras figuras esculpidas en los palos eran "gatos", "zorras" y "tigres" ..."y esto tienen por grandeza la gente noble...", acota el capitán burgalés.

Podría interpretarse que estos postes eran signos totémicos. Estarían vinculados a linajes o clanes cuyos antecesores míticos serían algunos de estos animales.

La erección de una *ruca* era labor en la que participaba la comunidad. El padre Diego Rosales proporciona abundantes datos sobre la técnica de la construcción y la participación de sus parientes y amigos.

Material y técnica de construcción

El material utilizado para levantar la vivienda consistía en madera y paja, en cualquiera de sus variedades: junquillo, carrizo o cortadera.

La planta de la ruca podía ser cuadrada o redonda. Su armazón se reducía a varas clavadas en el suelo y juntadas arriba. Estos varejones estaban entretejidos a los lados con varillas delgadas, cubiertos de paja "haciendo escalerillas".

Trabajo comunitario

Pese a la sencillez de su estructura constituía un factor de prestigio que su dueño no la edificara solo, o ayudado por algunos familiares cercanos. Ello

significaría asentar fama, señala el misionero jesuita, de ser "...persona desvalida y que no tiene amigos ni parientes de quien valerse".

La costumbre exigía que "convocara a toda su parentela y a todos los de la provincia", y que la casa se hiciese sucesivamente en tres etapas. La primera para clavar las varas en el suelo, la segunda para envarillar, y la tercera para cubrir el armazón de paja. Cada una de estas fases concluía en una fiesta, donde "...han de bailar, comer y beber tres o cuatro días".

Las personas de un status social más alto, tenían que cuidar su prestigio al construir la *ruca*. En la misma fuente se señala: "Los caciques y personas principales ponen su vanidad y grandeza en que las fiestas de su casa duren muchos días, principalmente la última que hacen al cubrirla: que para ese día le traen todos sus parientes en sangre, y los que están casados con sus hijas, hermanas y parientes, gran cantidad de carneros, terneras, ovejas de la tierra, aves y caza. Y estando la gente junta cerca de la casa, entra toda esta parentela bailando, alrededor de toda la gente, y como van dando vueltas van matando los carneros, las terneras y ovejas de la tierra, y dejándolas tendidas allí en el suelo".

Podría interpretarse esta cita que, los parientes consanguíneos y afines del cacique, al que reconocían como cabeza de linaje, obsequiaban los citados animales para ayudarlo en sus gastos.

El dueño de casa para retribuir a sus parientes de sangre los invitaba a beber "un poco de chicha". La fiesta duraba dos o tres días. En ese lapso eran servidos por las mujeres del cacique, y los familiares por parte de ellas.

Terminada la fiesta se despedían los consanguíneos del cacique, pero quedaba la parentela de sus esposas. Esta había ayudado y servido, pero no había sido, a su vez, agasajada. Para ella se organizaba otra fiesta, a la misma usanza, y se "...les da de comer y beber muy despacio para que descansen del trabajo".

Uno de estos familiares repartía la labor de cubrir con escalerilla de paja la *ruca* entre cuatro cuadrillas, quienes recibían como pago la carne de los animales obsequiada por los parientes del cacique.

Estas cuadrillas o *cullas* competían entre sí para realizar el trabajo: "...y la *culla* que acaba primero canta victoria contra las demás, y en una escalera levanta en hombros un muchacho tiznado y vestido a lo gracioso, y bailando y cantando le llevan todos dando vueltas a la casa y dando baya a las demás cuadrillas, que picadas se dan tanta que no se le ven las manos"[70].

Interior de la ruca

Bascuñán y Gómez de Vidaurre proporcionan datos sobre el interior de las *rucas,* en los siglos XVII y XVIII.

No tenían divisiones algunas de cámaras o antecámaras. Las más amplias contaban con varios fogones.

Narra el jesuita "...hay tantos fuegos cuantas son las mujeres del indio, porque cada una de ellas hace todos los días su plato particular al marido..."[71].

Según Bascuñán estas fogatas estaban bien provistas de "ollas, asadores y sartenes"[72]. Eran los núcleos de la vida cotidiana, familiar y social del indígena.

Muebles

Los muebles se reducían, según la relación del religioso, "...a unos trozos de árbol o troncos toscos que hacen veces de sillas o taburetes, o un tronco mayor, igualmente tosco, que tiene lugar de mesa, donde comen sin manteles ni servilletas..."[73].

El ilustre cautivo narra que le prepararon la cama "...con muchos pellejos de carneros limpios y peinados, cosidos unos con otros, que los hombres principales y ricos usan de este género de colchones, y por sábanas echaron encima

de los pellejos una manta blanca, y por cabecera una almohadilla o costalejo de manta estofada con lana, y para cubrirme un frazada, nueva, gruesa y grande..."[74].

Paravientos

Rosales señala que cuando los guerreros estaban en campaña levantaban una especie de cobertizo para protegerse de la lluvia y del sol. El refugio se reducía a cubrir con grandes hojas llamadas *pangue,* a manera de quitasoles, cuatro varillas arqueadas clavadas en el suelo[75].

Las viviendas eran dispersas, sin formar pueblos, "...por temor a los hechiceros..."[76]. Las ubicaban en la ribera de algún río o riachuelo[77].

Transmisión de mensajes

La comunicación, entre las *rucas,* al acontecer alguna novedad, se hacía con señales de humo. Destaca Mariño de Lovera que, por este medio, "...da a entender a los indios de más adelante lo que quiere significar. De suerte que a ciertos trechos van poniendo estas candelas; y así en medio cuarto de hora se van dando aviso unos a otros por espacio de muchas leguas"[78].

Embarcaciones

No tenían medio de transporte terrestre, pero para cruzar los ríos, o para hacer cortas travesías marítimas, contaban con balsas de paja y canoas.

La paja la obtenían en las lagunas, y a las orillas de los ríos. Señala el Padre Rosales: "...de ellos hacen unos haces gruesos y puntiagudos que juntándolos forman popa y proa, y para atarlos y juntarlos ha proveído Dios de unas sogas largas y delgadas, flexibles y de mucha fortaleza y duración en el agua"[79].

Este tipo de embarcación es utilizado hoy día por los indios *Aymará* del lago Titicaca.

Las clases de paja que usaban para su confección se reducían a "totora, juncos, cortadera y carrizo".

El carrizo era el material más empleado. Cuando recorrían comarcas, donde no crecía esta paja, la llevaban consigo para cruzar los ríos.

También confeccionaban balsas de maguey. Los indios que vivían en las islas de Santa María y la Mocha atravesaban el mar en estas embarcaciones para ir al continente.

Las canoas consistían en troncos de árbol ahuecado. El mismo cronista señala: "...devastan el tronco o plan que ha de servir de quilla, cavan el corazón hasta dejar el plan de cuatro dedos de grueso y los costados poco más de dos, y acomodan el hueco para buque, la extremidad más delgada para proa, y la más gruesa para popa, donde se asienta el que gobierna con una pala que llaman canalete, y cuando es grande sirven otros dos de remeros a los lados y reman en pie sin estribar en el borde de la canoa, con que la traen tan ligera que apenas toca el agua"[80].

Señala el misionero que la embarcación de mayor tamaño que le tocó ver en el río Toltén tenía capacidad para 30 personas.

La confección de las canoas, como la construcción de las rucas, contaba con tres fases. La primera cortar el árbol, la segunda desbastarlo, la tercera ahuecarlo.

La finalización de cada etapa se celebraba con chicha. La última fiesta se concertaba al echar la embarcación al agua.

El trabajo para cortar y cavar el árbol era penoso por disponer sólo de azuelas y conchas marinas. Con estos instrumentos y rasando la madera con fuego lograban ejecutar su labor.

Vida social

Reuniones comunitarias

Los miembros de una comunidad, o de una agrupación tribal, no estaban aislados en sus *rucas*. Periódicamente el *toqui* de la paz, o Señor del Canelo *(Nguenfoike)*, los convocaba a reunirse en un lugar deleitable por su ubicación a la orilla de un río y rodeado de árboles.

Concurría la gente para participar, en "...los banquetes y borracheras de comunidad"[81], intercambiar productos y concertar matrimonios.

Matrimonio

Para ellos, el casamiento era una especie de contrato entre dos familias. Por una parte, estaba el suegro y los parientes de la mujer, por la otra, el yerno y sus familiares. Los primeros al entregar la joven a la otra familia tenían que ser compensados económicamente por el valor que la doncella tenía. Es lo que podría ser denominado un matrimonio por compra.

Góngora Marmolejo señala que un hombre puede tener, "...las mujeres que puede sustentar..."[82]. Mariño de Lovera acota "...el indio que tiene más hijas es el más rico"[83].

En la vida poligámica de los *Mapuches,* la poliginia sororal era la forma matrimonial preferida: "...cuando puede llevar muchas hermanas juntas por mujeres lo quieren más, que llevar mujeres que no son entre sí parientes, y esto es conforme a sus leyes..."[84].

Tenían pautas establecidas de los derechos y obligaciones de cada una de las esposas: "...y cada una de estas tiene cuidado de dar de comer a su marido una semana llendo por su rueda todas en darle mesa y cama por semanas, pero cuantas más sean las mujeres que cada uno tiene tanto es menor la fidelidad que le guardan"[85].

Según Rosales, los caciques más ricos tenían hasta diez y veinte esposas: "...y su mayor grandeza la ponen en tener más mujeres"[86].

Divorcio

Como el matrimonio era concebido como contrato, el divorcio resultaba relativamente fácil.

Si la mujer abandonaba al marido y regresaba a casa de sus padres, éstos tenían que devolver al esposo las pagas que habían recibido.

Cuando la esposa se volvía a casar, el segundo marido tenía que compensar económicamente al primero.

En caso de adulterio, el marido no la mataba. La devolvía a los padres, o se la vendía a otro, "para recobrar lo que le costó"[87].

Las mujeres estaban conceptuadas como bienes económicos. El hijo mayor las heredaba de su padre: "...él las tiene por sus mujeres, y reservando a la madre, las demás le sirven para el tálamo y en los oficios domésticos"[88].

Libertad sexual

Si una doncella tenía relaciones sexuales con un indio, sus parientes procuraban estorbar el casamiento, "aunque le deba a la hija la flor de la virginidad"[89], con miras a que contrajera matrimonio con otro candidato más rico. A veces la pareja de enamorados huía.

Precio de la novia

Pero solamente eran aplacados los padres de la joven cuando el novio daba evidentes señales de estar dispuesto a pagar la dote. Acostumbraban dejar, en la *ruca* de sus futuros suegros, una oveja de la tierra, muerta: "La cual oveja es fuerza recibirla y uso asentado el desenojarse y llamar luego a sus parientes y repartirla entre ellos, diciéndoles que tengan a bien el casamiento de su hija con aquel indio, que aunque él no se la dió, ellos se concertaron, y no es tan

pobre que no dejará de acudir a sus obligaciones y de enterar el dote acostumbrado"[90].

Matrimonio por captura

Las fuentes del siglo XVIII se refieren al matrimonio por rapto como una leve variante del casamiento por compra.

Las pautas de la costumbre estaban bien establecidas. El padre sabía que le iban a robar la hija con su tácita aprobación, que la llevarían al bosque por tres días, y que luego el novio concertaría con él las pagas. Cumplido este último requisito el matrimonio era aceptado por la comunidad de parientes[91].

Fiestas nupciales

Rosales narra detalladamente los agasajos y festividades comunitarias que se celebraban al contraer matrimonio un cacique.

Tres días antes de la fiesta principal se hacía un ensayo para que los poetas cantaran "...los romances y los tonos tomándolos de memoria y ensayando la música con mucha chicha, ...y en cada borrachera sacan ocho o diez romances nuevos en que alaban al que la hace"[92].

En el día del festejo concurría al lugar señalado, que estaba acondicionado para alojar a los comensales, el cacique acompañado por sus parientes, las otras esposas y sus familiares, recibían con gran agasajo a los parientes de la novia.

También asistía gente invitada de la zona.

Procedían a continuación a matar los animales que traían consigo para pagar la dote, dejándolos a los pies de los familiares de la novia. A ésta y a su madre las cubrían con las mantas y ponchos de regalo: "...de ello se tiene siempre mucha cuenta y razón para que se entienda cómo pagó la mujer cumplidamente"[93].

A su vez, los parientes, por parte de la mujer, se habían esforzado en reunir gran cantidad de chicha para retribuir los obsequios de la dote.

A veces, la fiesta duraba cuatro o seis días, bailando y cantando "...al son de sus tambores, flautas y otros instrumentos...", hasta que se acababan las bebidas.

Libertad de las doncellas

En el transcurso de la borrachera, las doncellas quedaban "...suelta para cuanto quieren...", y, se concertaban fácilmente nuevos matrimonios, a gusto o disgusto de sus padres[94].

Virtudes domésticas

La función social de la mujer casada se refleja en dos vocablos que registra el padre Luis de Valdivia. La esposa es denominada *rucan domo*. Es decir, que se asocian tres ideas: mujer, casa y quehacer doméstico. Hasta para designar la alfarería, ocupación femenina, aparece la palabra: *ruca: huy duhue ruca.*

Status de las esposas

Gómez de Vidaurre proporciona datos sobre los derechos de la primera mujer, y de las restantes esposas: "La primera esposa es siempre preferida a las otras, y vive mirada de las demás como la verdadera esposa del marido común. Ella lleva el nombre de *huindomo:* y dirige los negocios domésticos. Cuando ella dice, se siembra o se hace la cosecha, y así en lo demás. Las otras se llaman *inandomo,* esto es, mujeres secundarias"[95].

Trabajo de las mujeres

Las relaciones de cronistas y viajeros de diferentes épocas coinciden en el valor económico que tenían para el marido las mujeres y en el grado de dependencia de las mismas.

El padre Rosales señala: "...están hechas al trabajo y a moler, cargar a cuesta el agua, la chicha, la leña, las cosechas, sin descansar un punto..."[96].

Otro misionero, Antonio Sors, observa: "...cada mujer ha de dar a su marido cada mes un poncho o manta..."[97].

El viajero inglés Stevenson destaca, con mucha ironía, que los hombres se

consideran "...señores de la creación, nacidos únicamente para mandar, y las mujeres, como más débiles, para obedecer..."[98].

Clanes totémicos

Un grupo de parentesco más extenso que la familia es el clan.

Los clanes[99] de los *Mapuches* eran totémicos[100]. De acuerdo al principio unilateral de esta unidad social se ha discutido si el padre transmitía a sus hijos el apellido totémico (sistema patrilineal), o bien, era la madre la que lo transfería (sistema matrilineal).

El investigador anglochileno, Ricardo Latcham, defendió la tesis que, en la época de la llegada de los españoles a Chile, los *Mapuches* heredaban el tótem y el apellido por línea femenina, pero como el sistema social estaba en transición se reconocía la jefatura del padre, en la familia, y sus hijos heredaban sus bienes materiales y dignidades[101].

Esta hipótesis ha sido objeto de críticas. El renombrado antropólogo estadounidense George Peter Murdock ubica a los *Mapuches* en la organización social *Omaha,* que se caracteriza por un sistema patrilineal[102].

Otro investigador americano, Louis C. Faron, publicó en 1956 un estudio titulado: *Araucanian Patri-organization and the Omaha System,* donde demuestra la filiación paterna de la sociedad mapuche.

En los vocabularios de los padres Valdivia y Havestadt, al registrar la voz *Cùga (Künga),* hay referencias a clanes totémicos de filiación paterna.

Padre Luis de Valdivia:

Cùga (Künga): "Demás de estos parentescos tienen los Indios otro género de parentesco de nombre que llaman *cùga* como alcuñas de sobrenombres que hay generales en todas las provincias desde la Concepción adelante así por la costa como por la cordillera, y todo se reducen a veinte, que son éstos, *Antú, amuchi, Cachen, Calquin, Cura, Diucaco, Entuco, gllin, grú, gagen, Huercùhue, Yañi, Yene, Luan, Linqui, Mugo, Pagi, Allvu, Vilcun, Vúde.* Y no hay indios que no tenga algún apellido de éstos, que significan sol, león, sapo, zorra. Y tiénense particular respeto, unos a otros, los que son de un nombre de estos que se llaman *Quiñe lacu* (de un nombre)"[103].

En esta cita, la denominación totémica al clan es evidente: sol, león, sapo, zorra. También se señala el respeto y consideración mutua entre sus miembros. Pero el dato de más interés es que las personas de un mismo nombre se llaman *Quiñe lacu.*

Quiñe, Kiño, significa uno, único.

Lacu, laku, significa el abuelo paterno y sus nietos.

De manera que resultaría que el abuelo paterno y sus nietos de ambos sexos por el hijo, tienen el mismo nombre. La madre tendría el nombre de otro clan, por las reglas de exogamia[104], y no transmitiría su apellido.

Misionero Bernardo Havestadt:

Cùga: "genus, progenies, stirps, familia, gens, Item cognomen, quod mutuantur a volucribus, quadrupedibus, serpentibus, piscibus, lapidibus, quacunque realia animata, inanimata. Haec cognomina plerumque imponit pater hoc modo: prima attendit ad nomen seu cognomen suae Cùgae, seu familiae ac stirpis, e. g. habet quis pro cùga cognomen Hueque, aries Chilenus; considerando igitur adjuncta, propietates, alium ex filiis vocat: *Luìhueque,* aries albus; alium *curuhueque,* aries niger; alium *neculhueque,* aries currens..."[105].

El sobrenombre de estirpe, que señala el padre Havestadt, residía en el calificativo totémico del linaje o clan. Era el padre el que imponía a su hijo el

nombre propio, de acuerdo a una determinada peculiaridad del descendiente, pero el apellido totémico se conservaba y trasmitía por línea paterna.

Si hubiese sido un clan matrilineal, la madre hubiese puesto el nombre al hijo, puesto que le trasmitía su apellido.

El abate Molina trata el mismo tema con mayor claridad: "Los nombres de los araucanos son compuesto del nombre propio, que suele ser un adjetivo o un numeral, y del apellido de la familia, el cual pospone siempre al nombre propio; como se usa en Europa: por ejemplo, *cari-lemu,* verde bosque; *meli-antu,* cuatro soles; el primero denota un individuo de la familia de los *lemus,* o de los bosques, y el segundo de la de los *antus,* o de los soles"[106].

Mitades

Posiblemente estos clanes estarían unidos en dos mitades[107], para constituir un *kawiñ,* o una unidad tribal.

El padre Luis de Valdivia dice respecto al vocablo *gen boye:* "el Cacique más principal señor de la canela, que no hay más de uno en cada *Llaúcahuin,* que ponga árbol entero en sus borracheras...".

Si se analiza el significado de estas voces hallamos:

gen, nguen: se traduce por dueño.
boye, foike: significa la enredadera, el voqui.
Llaú, llaq: la mitad, la media parte.
cahuin, kawiñ: junta o regua (rewe) donde habitan indios.

El dueño del *foike,* o señor de la canela o del canelo, era *toqui* de la paz. Señala el misionero que *cahuin (kawiñ),* equivalía a *rehua (rewe),* o *lebo (levo)* de Arauco.

El *levo* era una "parcialidad y división de tierra", y la reunión de las gentes de esta unidad política era un *kawiñ.*

El *Nguenfoike* de cada una de las mitades *(llaqkawiñ),* convocaba a la gente de su jurisdicción a un lugar prefijado para tener su borrachera. En la fiesta tenía el derecho de poner un *foki* entero, los demás solamente podían poner ramas.

Sistema de parentesco

El sistema de parentesco mapuche ha sido clasificado en la organización social tipo *Omaha*[108], como se señaló. Hay otras 24 sociedades, en diferentes regiones del mundo, que también pertenecen a este tipo.

Si nosotros comparamos las relaciones de parentesco tal como nos informa el padre Valdivia, en 1906, con los datos que suministra el P. Ernesto de Moesbach, en 1962, encontraremos la persistencia, en el sistema, de algunos principios de identificación de parientes.

Entre los *Mapuches,* los grados de parentesco vistos por el hombre son distintos, que si son apreciados por la mujer.

Por ejemplo: el padre llama a su hijo *fotüm,* y a su hija *ñawe,* la madre designa a su hijo e hija *peñeñ.* Moesbach explica estas diferencias en los términos clasificatorios: "...a la mujer le es vedada el empleo de los nombres de hijo, hija... en sus equivalentes araucanos; ella sólo tiene *peñeñ, dados a luz*"[109].

Se hace evidente el énfasis patrilineal, la pertenencia de los hijos al linaje del padre, la madre solamente los da a luz.

Otro principio de identificación es la diferencia de sexo de la persona a través de la cual se establece el parentesco.

Un ejemplo. El grado de parentesco variaba *entre el hermano del padre* y

el hermano de la madre. Entre los *hijos del hermano del padre* y los *hijos del hermano de la madre.*

Los hijos del hermano de su padre pertenecen al mismo clan o linaje de su padre.

Si su padre es *Mú Chao,* el hermano del padre es también *Chao*[110] (la partícula *mú* aparece en el vocabulario de Valdivia para indicar que es su auténtico padre). Su hermano es *Peñi,* sus primos paralelos[111] van a ser designados de la misma manera. La hermana es *Lamnguen,* su prima paralela tiene también este nombre.

Los hijos del hermano de su madre pertenecen al clan, o linaje materno, distinto al suyo.

Su madre es *ñuke,* la hermana de su madre es calificada del mismo modo. El hermano de su madre es llamado *Weku.* Los hijos del hermano de su madre son sus primos cruzados[112] y tienen términos clasificatorios distintos a sus primos paralelos. Pero hay otra diferencia más, su primo es designado con el nombre *mena (primo),* y su prima es también designada con el término *ñuke* (madre).

Con un solo término clasificatorio *(ñuke)* se fusiona a la madre, a la hermana de la madre, y a la hija del hermano de la madre (tipo *Omaha*). Significa para él que su madre y las otras dos mujeres son del mismo linaje.

En el vocabulario del padre Luis de Valdivia hay términos clasificatorios diferentes entre hijo mayor e hijo segundo. Moesbach no registra estas diferencias, posiblemente ya no existan.

Nombres por edades

En la sociedad mapuche existía la costumbre de cambiar el nombre al ir pasando la persona por diferentes períodos de su vida.

Podría inferirse la presencia de grupos de edad, pero no hay datos de ceremonias de iniciación.

Vivar sólo informa de tres variaciones de estas denominaciones: "Acostumbran estos indios cuando nacen los hijos de ponerle nombres, y cuando son de edad de doce y quince años le ponen otro nombre; y cuando son de xxx o xxxi años le ponen otro nombre..."[113].

El padre Valdivia señala seis cambios de nombre: para "niño que mama", para "muchacho o muchacha que comienza a servir para algo", mantiene el nombre a partir de los doce años hasta que se casa, nueva denominación para hombre o mujer casada, hombre o mujer de 30 ó 40 años, anciano y anciana.

Tabú

Rosales menciona un tabú con relación al nombre: "...creciendo las niñas, siendo mujeres, no las nombrarán por su nombre por cuanto hay, porque se persuaden a que si la nombran se han de caer muertas. Y la misma abusión tienen las suegras con los yernos, que no los han de nombrar ni llamar por sus nombres..."[114].

Higiene

Los *Mapuches* tenían incorporadas a su vida costumbres higiénicas. Solían bañarse diariamente: "...es costumbre de todos el hacerlo de mañana, como lo habían hecho ya algunas indias que volvían frescas del abundante arroyo que a vista de los ranchos se esparcía..."[115].

Al nacer su niño la madre acudía al arroyo para lavarse y bañar al bebé con agua fría[116].

Valdivia registra el vocablo *quillay* y lo traduce por jabón del indio.

Ruiz Aldea proporciona una información muy completa sobre sus hábitos de aseo, que se mantenían por tradición: "...llevan la limpieza hasta el exceso: barren sus patios o casas todos los días, y cuando llega algún forastero lo vuelven

a barrer, aun cuando no hay necesidad de ello. El mismo aseo observan en la comida; las indias no solamente enjuagan los tiestos, sino que también se lavan la cara y los brazos que hacen de comer".

La india iba siempre peinada: "...Si en su ropa hay alguna suciedad la quita al momento o la lava; para las abluciones de la cabeza y para quitar la mancha de los vestidos hace más uso de quillay que del jabón. El indio hace lo mismo, se lava indispensablemente todos los días. El baño es muy común entre ellos, tanto por limpieza como por natación"[117].

Hospitalidad

Pautas de hospitalidad regían sus relaciones mutuas: "...es cosa infalible y cortesía asentada que en llegando uno a casa de otro o pasando, aunque vaya muy de prisa, ha de parar y le han de poner una botija de chicha que la acabe, y cuando se quiere ir a la puerta ha de beber un cántaro y le han de importunar que no se vaya..."[118].

El huésped podía permanecer en la ruca el tiempo que quisiese, sin pagar nada por su alojamiento y comida[119].

Señala un misionero jesuita que hacían sentar al invitado, por deferencia especial, sobre un cuero de carnero y le colocaban delante una botija de chicha, pero el dueño de casa debía beber primero para mostrarle que no contenía veneno. El huésped pedía licencia para brindar "a sus mujeres e hijas", lo que le era concedido con mucho gusto. No comenzaba a comer hasta que se le indicara.

Los platos y jarros de chicha tenía que devolverlos limpios, "so pena de incurrir en una gran descortesía y poca urbanidad". Acostumbraban dárselos a su mujer que estaba de pie, a su lado, para que los limpiase.

Los hombres comían juntos, las mujeres aparte, y los hijos generalmente fuera de la casa[120].

Al recibir a un huésped en la *ruca* tenía que efectuarse un ceremonial de cumplimientos, el cual, a veces, duraba hasta media hora: "Pregunta el dueño de casa no sólo por la salud del huésped, de sus padres, esposas, hijos, hermanos, tíos, etc., sino que también por la de los pueblos por donde ha pasado, por los ganados y sementeras, etc. Por su parte ansiosísimo a su vez el huésped de saber todo lo relacionado a la salud y felicidad de esta casa, pregunta por todos los de adentro y los de afuera, de sus relacionados, de los vecinos y los vecinos de los vecinos, expresando en cada palabra el buen deseo que todo vaya bien, que no suceda novedad alguna, repitiendo muy a menudo la misma cosa por atención y cariño recíproco[121].

Las mujeres solteras tenían plena libertad en la sociedad mapuche. Especialmente, en las festividades, se presentaban con adornos libidinosos para atraer a los hombres.

Fiestas

Bascuñán narra su experiencia al participar en una fiesta donde se reunía gran cantidad de gente.

El distrito que ocupaba, "...era más de dos cuadras a lo largo, cercado por dos lados en triángulo de unas ramadas a modo de galerías, cubiertas y cercadas por la poca seguridad del tiempo; estas galerías tenían sus divisiones y aposentos..."[121a]. Contaban con gran cantidad de chicha y carne proporcionada por el cacique que hacía la fiesta y sus parientes.

En palenques y andamios con gradas, levantados en el recinto, cantaban y bailaban los mozos y las doncellas.

Bascuñán fue invitado a subir a la grada más alta del andamio, donde fue

El juego de chueca (Frezier, *Relation du voyage de la Mer du Sud...*, 1716).

recibido con muchos "marimaris" por los bailarines, y se le acercó una mocetona para brindarle un jarro de chicha.

Cuenta el ilustre cautivo: "...díjome el cacique y los demás que iban en mi compañía, que recibiese el favor de aquella dama, que como suelta y libre podría arrimarse a quien le diese gusto; que la pagase el amor que me mostraba, con igual correspondencia, haciendo oficio de tercero él y los demás, diciendo a la moza que tenía buen gusto. Traía en la cabeza esta muchacha una *mañagua,* que llaman entre ellos, que es un hocico de zorra desollado, abierta la boca manifestando los dientes y colmillos y las orejas muy tiesas y levantadas para arriba, cubierta a trechos de muchas liancas y chaquiras de diferentes colores muy bien adornadas, que en tales festejos las tienen por gran gala las que entran a bailar entre las demás mozas"[122].

Sin embargo, estas fiestas era la principal causa de mortalidad infantil.

Relata un misionero franciscano que al durar estas festividades cuatro o cinco días, y embriagarse todos los participantes, mueren muchos niños de corta edad: "...oprimidos, sofocados, abandonados o muertos de hambre...". Algunos quedaban aislados en sus *rucas,* al asistir sus madres a la fiesta[123].

Los *Mapuches* practicaban varias clases de juegos, algunos de fuerza y agilidad, y otros de azar.

Juego de chueca

El más usual era la chueca, denominado, en lengua araucana, *palitún.*

Se jugaba y se practica todavía en la actualidad, con palos o bastones de coligüe encorvados en un extremo, y una bola dura de madera.

Posiblemente las reglas del juego hayan sufrido algunos cambios a través del tiempo.

En el siglo XVII, las dos cuadrillas que se enfrentaban, trataban de llevar la bola "...a su banda hasta sacarla a una raya que tienen hecha en los dos lados...". Ganaba un tanto el que lograba sacar la pelota de su raya. Duraba el juego una tarde, y apostaban antes de comenzar la partida, animales, prendas de vestir, y otras cosas.

Las mujeres también se ejercitaban en este juego, "...que es una guerrilla de fuerza, maña y ligereza...".

Los hombres solían jugar casi desnudos, "...con solo una pampanilla, o un paño que cubre la indecencia".

Este deporte estaba vinculado a su vida sobrenatural: "Tienen los indios de guerra grandes abusiones y superticiones para ganar y asimismo muchas invocaciones de el demonio para que la bola les sea favorable"[124].

Puede interpretarse que invocaban al *Pillán,* al que implorarían se inclinase a su favor.

El *palitún* constituía también un arbitrio para deponer diferencias entre bandos contrarios. Se acataba la resolución de la cuadrilla vencedora.

Al difundirse la noticia de una partida de chueca, se congregaba la gente del lugar para presenciar el espectáculo.

Los buenos jugadores gozaban de prestigio social Al finalizar el encuentro se celebraba una fiesta con chicha, con participación de la concurrencia, y se concertaban con frecuencia los alzamientos.

Juegos de destreza

Otro juego de destreza y fuerza era el *cututún-penso.*

Consistía en formar un círculo de ocho o diez personas, cogidas de la mano, en cuyo centro ponían un niño.

Los atacantes, en número similar, trataban de romper el círculo y apoderarse del chiquillo.

Para este fin acometían, "...con violencia en forma de asalto, uno, dos o más, ya por una, ya por diversas partes, unos fingen la retirada para ir después corriendo a caer con mayor ímpetu sobre la parte que les parece más débil..."[125].

Rosales destaca sus modos de pelear a puñetazos en sus borracheras y en sus juegos.

No acostumbraban a defenderse, ni a cubrir con sus brazos rostro y cuerpo. Permanecían quietos, uno frente al otro.

Uno de los contrincantes golpeaba a su adversario con los puños cuanto deseaba. Tocaba el turno, al que había recibido el castigo, quien hacía otro tanto con su contrincante[126].

Juego de pelota

Varios cronistas se refieren a un juego con dos pelotas de viento, denominado *pilma*.

Los dos bandos procuraban hacer tantos, tocando al adversario, pero están "...tan diestro en huir el cuerpo al golpe que les tiran, que es rara la vez que topan con ella, estando los unos de los otros tan cerca que no distan cuatro pasos; pero es verdad que no la pueden tirar sin hacer primero de la mano pala, suspendida la pelota en el aire"[127].

Juegos de azar

En los juegos de azar, donde se hacían apuestas, utilizaban como dados unas habas partidas por la mitad, y pintados los puntos, por dentro, de negro[128].

Otras veces utilizaban unas planchitas triangulares de piedra, donde pintaban los tantos[129].

Etnocentrismo

Los *Mapuches,* como otros pueblos ágrafos, tenían conciencia de grupo.

El padre Valdivia destaca que, "...se llaman a sí mismo *Reche*". Traduce este vocablo por gente, hombres, sin mezcla, puros. Los demás eran con algún agregado: *Huinca che,* los españoles; *Curúche,* los negros.

En los vocabularios de los padres Andrés Febrés y Bernardo Havestadt también aparece la misma voz para designar al "Indus Chilensis".

La autocalificación de *mapuche* debe ser probablemente más moderna, al surgir el problema de la posesión de la tierra.

Estructura política

El *levo* constituía su unidad territorial y política.

Estaría dividido, en dos mitades, con sus clanes respectivos. Podría interpretarse como un organismo político, que aglutinaría grupos de parientes.

Don Pedro de Valdivia señala que cada uno tenía su nombre, "... que son como apellidos, y por donde los indios reconocen la sujeción a sus superiores"[130].

Vivar informa que cada una de estas comunidades contaba entre mil quinientos a dos mil indios. Pero reconocía que otros *levos* tenían mayor número.

Cada una de estas unidades estaba estructurada. Se reunían, en ciertas épocas del año, en un lugar señalado: "Adjuntados allí, comen y beben y averiguan daños y hacen justicia al que la merece, y allí conciertan y ordenan y mandan, y esto es guardado"[131].

Los *aillareues,* que agrupaban nueve *rewes* o *levos,* y los *huichanmapus* o tierras aliadas, fueron agrupaciones políticas o confederaciones posteriores, surgidas como alianzas militares para combatir al español.

Cabezas de clan

Los denominados, por los castellanos, caciques, deberían ser jefes de clan: "Por esto tiró cada uno por su camino, o cada familia y parentela por el suyo, eligiendo cada una entre todos al más digno o al más anciano para que los gobernase, a quien se sujetan los demás, sin imperio, opresión ni vasallaje. Y de

aquí tuvieron origen sus caciques que son sus señores, a quienes reconocen como a cabeza de linaje, sin pagarles pecho ni darles más obediencia que la del respeto de parientes"[132].

El cacique tenía una autoridad débil, porque "...si se muestra imperioso no hace caso de él el subalterno"[133].

Entre estas cabezas de linaje estaba el *Toqui* general, el cual era reconocido por los demás por más antiguo, o de más noble estirpe.

Toquis

Había dos géneros de *Toquis* generales, uno para la guerra, el *Nguentoqui,* Dueño del *toqui* o hacha de piedra, y otro para la paz, el *Nguenfoike,* Dueño del canelo, ya mencionado.

El cargo de *Toqui* era hereditario. Al fallecer le sucedía su hijo mayor. En caso de que el heredero tuviese pocos años, desempeñaba el cargo el hermano del cacique difunto o el pariente más cercano hasta que aquél tuviese edad competente[134].

Atribuciones del toqui militar

El *Nguentoqui* convocaba a la guerra sacando su hacha de pedernal negro ensangrentada.

Enviaba a los caciques una flecha también enrojecida por la sangre y unos cordones de lana colorada con nudos. Su ayudante o emisario, a quien confiaba esta misión, llevaba el nombre de *Leb Toqui, Toqui* ligero.

El jefe del clan, que recibía ambos objetos, conocía su significado. La flecha sangrienta era signo de guerra, y los nudos señalaban el día de la reunión.

El cacique remitía, a su vez, la flecha y el cordón de lana a otro jefe, así circulaba por el territorio.

Retornaban finalmente estos instrumentos bélicos a manos del *Toqui,* como "señal de que todos aceptaron".

El día señalado, se juntaban los caciques en la casa del *Toqui* general, donde los recibía "...con un convite de mucha chicha..." Allí concertaban la campaña, y el número de guerreros que cada cacique podía poner.

Elección del caudillo

Elegían, para conducir la guerra, "...al que es más valiente, más bien afortunado y de mayores arbitrios...".

Recibía también este caudillo militar el título de *Toqui,* pero su autoridad cesaba al terminar las hostilidades.

Regresaban los jefes a sus tierras, y preparaban a su gente para la guerra. Llevaban cada uno consigo los cordones, con tantos nudos como eran los días que faltaban para iniciar la campaña.

Ceremonias al iniciar la guerra

El lugar para concentrarse los guerreros se llamaba *lepan* o *lepün,* de donde deriva el nombre *levo.*

El *Nguentoqui* tenía un lugar de privilegio en la asamblea de los guerreros o *conas* y era el primero en hacer uso de la palabra, con una flecha y un cuchillo en la mano.

A su lado, clavado en tierra, estaba, "... el toqui o pedernal negro ensangrentado con una lanza, y atadas a ella flechas ensangrentadas...".

Delante del *Nguentoqui* sacrificaban un *hueque* u oveja de la tierra, le extraían el corazón y ponían la víscera en sus manos. Untaba el hacha de piedra y las flechas con la sangre del vital órgano, al tiempo que les decía: "Hartaos, flecha de sangre, y tú, toqui, bebe y hártate también de la sangre del enemigo, que como esta oveja ha caído en tierra muerta, y le hemos sacado el corazón, lo mismo hemos de hacer con nuestros enemigos con tu ayuda". Incensaba con

humo de tabaco los instrumentos de guerra e invocaba, "...a sus caciques y soldados difuntos y al Pillán, que juzgan que les es favorable contra sus enemigos".

Pasaba a continuación el corazón por las manos de los caciques, para volver nuevamente a poder del *Nguentoqui,* quién lo ofrendaba, a la asamblea, con palabras persuasivas: "...de aquel corazón y de aquella oveja han de comer y participar todos los de aquella junta, para unirse en un corazón y una voluntad y no tener diversidad de corazones y voluntades, sino ir a una contra el enemigo"[135].

Mientras el *Toqui* general hacía sus razonamientos, dos indios desnudos hasta la cintura, y arrastrando sus lanzas, daban vueltas alrededor de la asamblea, gritándoles: "Leones valerosos, abalanzaos a la presa, halcones ligeros, despedazad a vuestros enemigos como el halcón al pajarito".

Todos los participantes de la junta al oír estas voces golpeaban con los pies la tierra, cobrando ánimo contra el adversario.

Repartía el *Toqui* general la oveja de la tierra entre los asistentes, y a cada uno le tocaba una pequeña parte del animal.

Esta comida ritual era un compromiso moral: "...es cosa vergonzosa haber tocado algo de la oveja y no acudir a la facción de guerra para que le convocó el Toqui general".

Concluida la ceremonia el caudillo militar elegido, o *Toqui* de la guerra, los incitaba a la pelea, les aconsejaba la obediencia militar y que se dispusiesen con buen ánimo a soportar los trabajos de la campaña.

Los *conas,* en señal de aprobación, daban todos "...a una voz diciendo *Ou* y batiendo la tierra con los pies y entretejiendo las lanzas unas con otras como que acometen al enemigo, hacen temblar la tierra y echan el miedo fuera..."[136].

Las pautas de la conducta guerrera del *mapuche* se expresaban en la solidaridad comunitaria, participación en la comida ritual, invocaciones o actos de contenido mágico, y apoyo de los espíritus de sus antepasados.

Ritos para el sacrificio de un prisionero

El sacrificio de un prisionero de guerra se hacía ante la asamblea de los *conas.* La víctima era obligada a realizar una serie de actos mágicos. Su corazón era comido ritualmente, su sangre ofrendada al *pilláñ,* y su cráneo conservado por el *Toqui,* y trasmitido por herencia, como algo sobrenatural.

El ceremonial mágico está narrado detalladamente por varios cronistas.

Rosales proporciona la siguiente versión: "Y entonces le hacen hincar de rodillas y le dan un manojo de palitos y que con uno haga un hoyo en la tierra, y que en él vaya enterrando cada uno de aquellos palitos en nombre de los indios valientes y caciques afamados de su tierra. Y hecho el hoyo, nombra en voz alta a algunos de su tierra y echa un palito en el hoyo, y así va nombrando a los demás hasta que no le queda más de el último, y entonces se nombra a sí mismo y dice "yo soy éste y aquí me entierro, pues ha llegado mi día, y mientras está echando tierra en el hoyo le da uno por detrás con una porra en la cerviz y luego cae sin sentido en el suelo"[137].

El padre Luis de Valdivia señala: "el Pillán... ayuda a pelear a los conas"[138].

La vinculación entre este ente sobrenatural y los guerreros se expresaba en la ofrenda de la sangre de la víctima al *pilláñ* y en comer los *conas* ritualmente su corazón: "Al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando, y se lo entregaron a mi amo, que después de haberle chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco,

y cogiendo humo en la boca, lo fue echando a una y otras partes, como incesando al demonio a quien habían ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazón de mano en mano, y fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi amo; y en el entretanto andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto, dando gritos y voces a su usanza, y haciendo con los pies los demás temblar la tierra. Acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón a manos de mi amo, y haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se lo fueron comiendo con gran presteza"[139].

Paces

Para concertar las paces también se inmolaba una oveja de la tierra, pero tenía que ser de color blanco. Los que se comprometían a guardar la paz tenían que comer una parte del corazón o del cuerpo del auquénido, y untar con su sangre las hojas del canelo sagrado. Colocaban las armas de ambos beligerantes en un hoyo, echaban tierra, y plantaban encima un ramo de canelo[140].

Sacerdotes de la paz

El padre Rosales describe la actuación de una clase sacerdotal, a quien él denomina *Boquibuyes*. Presenció sus ceremonias, al concertarse las paces de Quillín, en 1641: "...se pusieron en orden todos los Boquibuyes de Purén, haciendo una frente vistosa, todos con sus ramos de canelo en las manos, sus vestidos particulares de aquella religión o sacerdocio, cabelleras largas de cochayuyos de la mar, láminas de plata en la frente, y muy graves y mesurados estuvieron aguardando a que llegasen los Boquibuyes de Arauco, los cuales se pusieron a distancia de treinta pasos, parados y en orden, y sin hablarse palabra comenzaron el coro de los Boquibuyes de Arauco a cantar un romance particular y usado solo de los Boquibuyes,... Acabado de cantar sus romances los araucanos callaron, y cantó el coro de los Boquibuyes de Purén el mismo romance estando todos los indios y los españoles de el ejército mirando una novedad como aquella. Fuéronse acercando con mucha pausa y mesura los de un coro al otro, y luego que se juntaron salieron ocho indios de Purén con ocho ovejas de la tierra y las mataron allí y se las sacrificaron a los Boquibuyes de Arauco, en señal de paz y confederación, y sacando los corazones palpitando untaron con su sangre los canelos, y partiendo el corazón en pedacitos los repartió cada Boquibuye a los de su mando para que quedasen unidos los corazones de los araucanos con los de Purén, con quienes habían guerreado tantos años.

Con esto llevaron los religiosos Boquibuyes de Purén a su convento a los Boquibuyes de Arauco para hospedarlos en él y regalarlos: "que el tiempo que están encerrados en el convento les traen de toda la tierra cuantos regalos se hallan de pescado, aves y otras cosas, y sus mujeres les envían los guisados, sin entrar dentro mujer ninguna, que gran sacrilegio, que aunque sacerdotes vanos guardan castidad todo el tiempo que lo son y no solo mujeres, ni otros indios ni españoles consienten que entren en su convento por ninguna manera..."[141].

Esta cita hay que interpretarla en su contexto histórico. Al hacerse las paces de Quillín, en los tiempos del Marqués de Baides, los indios aliados de los españoles, en la provincia de Arauco, se reconciliaron con los indígenas rebeldes de Purén, haciendo *boquibuyes*.

Las ceremonias realizadas por ambos grupos revestían carácter sagrado. Su vestimenta, los coros, las ramas de canelo, las inmolaciones de ovejas de la tierra, la castidad que guardaban, su aislamiento, testifican un ritual sacro.

Rosales proporciona otros datos. Señala que los *boquibuyes* de Arauco y Purén fueron seleccionados o elegidos entre los caciques más principales de una

y otra provincia. Usaban como signo distintivo bonetes colorados. No se los sacaban ni para dormir[142].

Los denominados "conventos" consistían en cuevas ubicadas en la montaña donde "consultaban al *Pillán*", según explica Bascuñan[143].

Otra valiosa información proporcionada por el citado militar es que la costumbre estaba en desuso, pues era practicada "en los tiempos pasados"[144]. Ello explica que los propios indios viesen las ceremonias, en Quillín, como una novedad.

Latcham identifica el *ḡen boye* (*Nguenfoike*) del padre Valdivia con los *boquibuyes* de Rosales[145]. Pero el propio misionero diferencia claramente las funciones del *ḡen voyhe* (*Nguenfoike*) con las atribuciones de los *boquibuyes,* aunque posiblemente estaban relacionadas entre sí[146].

Simbolismo cromático

Los colores deberían tener un significado ritual. Al convocar a la guerra el *Toqui* sacaba su hacha de pedernal negro, y la oveja de la tierra que se inmolaba era del mismo color. Para llamar a la paz, el *Nguenfoike* extraía su hacha blanca o azul, y el animal sacrificado también era albo.

En los *nguillatunes* actuales se colocan banderas blancas y azules si se implora buen tiempo, y negras si se pide tormenta o lluvia.

Parecería que hubiere una dicotomía entre pares de ideas antónimas.

negro	guerra	tormenta o lluvia
blanco o azul	paz	buen tiempo (sol)

Organización militar

La organización militar mapuche ha sido tema obligado para los cronistas. Vivar proporciona la visión más completa de las armas y de la táctica que utilizaba el indígena en los tiempos de la conquista:

"Esta gente antiguamente tuvieron guerras unos con otros como eran todos parcialidades, unos señores con otros. Cuando vienen a pelear vienen en sus escuadrones por buena orden y concierto que no paréceme a mí que, aunque tuviesen acostumbrado la guerra con los romanos, no vinieran con tan buena orden. Vienen de esta manera: que los delanteros traen unas capas y éstas llaman *tanañas,* y es de esta manera: que hacen una capa como verdugado, que por arriba es angosta y por abajo más ancha. Préndenla al pecho con un botón, y por un lado le hacen un agujero por donde sale el brazo izquierdo. Esta armadura les llega a la rodilla. Hácenlas de pescuezos de ovejas o carneros[147], cosidos unos con otros; y son tan gruesos como cuero de vaca...; hacen de lobos marinos que también son muy gruesos; es tan recia esta armadura que no la pasa una lanza aunque tenga buena fuerza el caballero. Estas capas van aforradas con cueros de corderos pintados de colores prieto y colorados y azul, y de todos los colores: y otros llevan de tiras de este cuero de corderos en cruces y aspas por de fuera, y otro la pintura que les quieren echar. Llevan unas celadas en las cabezas que les entran hasta abajo de las orejas del mismo cuero con una abertura de tres dedos solamente para que vean con el ojo izquierdo, que el otro llévanlo tapado con la celada. Encima de estas celadas por bravosidad llevan una cabeza de león, solamente el cuero y dientes, y bocas de tigres y zorras y de gatos y de otros animales, que cada uno es aficionado. Llevan estas cabezas las bocas abiertas que parecen ser muy fieros, y llevan detrás sus plumajes[148], y llevan picas de a veinte y cinco palmos[149] de una madera muy recia, e ingeridos en ellas unos hierros de cobre a manera de asadores rollizos de dos palmos y de palmo y medio[150].

Con unas cuerdas que hacen de nervios muy bien atados los ingieren de tal manera en aquella asta como puede ir un hierro en una lanza. Junto a esta atadura llevan una manera de borlas de sus cabellos. Van entremedias de éstos armados otros sin de estas capas ni celadas con unas astas largas algunos ingeridos. En estas astas unas hachas de pedernal, y otros llevan en estas astas, hechos en lo alto, una manera de manzana y éstos llevan enarbolados[151]. A donde las dejan caer si aciertan a español, aunque lleve celada, lo aturden; si dan a caballo, le hacen volver atrás desatinado por ser tan pesado. Luego va otra hilera de otros con lanzas de astas de quince y dieciséis palmos[152], y llevan en la asta de una vara puesta un hacha como de armas de cobre hecha de dos o tres picos[153], o de la manera que el que la trae quiere, porque unas son anchas y otras como martillos y otros llevan picas sin capas, y éstos van en medio del escuadrón. Estos y los de las lanzas llevan unos garrotes que arrojan y tiran con tan gran fuerza que si aciertan alguna rodela, la hacen pedazos. Si dan en brazo o pierna, la quiebran; tiran tanto de estos que parecen granizos según los arrojan espesos[154].

Van luego otra hilera con unas varas largas en que llevan unos lazos de bejucos, que es una manera de mimbre muy recio, solamente para echarlo a los pescuezos de los españoles y redondo como un aro de harnero, y echado por la cabeza al que acierta, acuden luego los más indios que puedan a tirar del lazo, y estos andan para este efecto, y acudir adonde les llaman. Al caballero que le echan este lazo, si no se da buena maña en cortarle en sus manos perece. De éstos traen gran munición aunque en la conquista pasada no se aprovecharon de ellos[155]. Traen flecheros como en un escuadrón de españoles arcabuceros, y aun muchas veces salen algunos que se tienen por valientes a señalarse. Nómbranse *Ynchecayche*, que quiere decir "Yo soy". No viene a dar en españoles que no vengan en tres o cuatro cuadrillas, y aunque los desbarate de uno se rehacen en otro, y ha acontecido estar un español con un indio peleando y decirle que se diese y responderle al indio "Inchilay", que quiere decir "no quiero sino morir". No temen muerte aunque en otras partes que yo he visto y me he hallado en Indias, en ver matar se cobran miedo; más estos aunque les maten gente, los he visto yo tomar los muertos y meterlos dentro del escuadrón. En otras partes huyen y aun les pesa las ropas que llevan; más estos las armas no quieren dejar aunque huyan. Traen todos en general unos pellejos de zorras atados por detrás que les llega la cola de la zorra hasta las corvas[156]; y vienen embijados[157], en lo cual me parese a mi en los ardides que tienen en su guerra y orden y manera de pelear ser como españoles cuando eran conquistados de los romanos, y así están en los grados y altura de nuestra España[158]. Lo más que temen son arcabuces y artillería[159].

Este término de esta gente belicosa es desde el río de Itata hasta el río Cautín, que en ella hay sesenta leguas de esta gente de este orden de pelear"[160].

En esta larga cita de Vivar se puede apreciar la táctica militar mapuche, a mediados del siglo XVI.

La primera hilera de sus escuadrones protegida por capas de cuero, armadas con largas picas con puntas de cobre, y apoyados por guerreros que usaban porras o macanas, muy útiles para el combate cuerpo a cuerpo, constituían una línea delantera eficiente.

La segunda fila al estar armados con lanzas, picas, armas multipuntas de co-

bre, sin la protección de los cueros, podían lanzar garrotes al adversario, antes de confundirse con el enemigo en el combate.

La hilera de *conas* armados con lazos de bejuco podría interpretarse como un recurso bélico para contrarrestar la caballería española.

Vivar destaca la equivalencia del flechero indígena con el arcabucero español.

Su aspecto debería ser aterrador. Las armaduras de cuero, las cabezas de felinos mostrando los colmillos, los adornos de plumas, las pinturas faciales, su valor individual, explican el asombro y admiración que provocaron en los conquistadores españoles.

Etica

La moral mapuche prohibía, en su comunidad, matar, robar, o quitarle la mujer a otro indígena, pero permitía, según Bascuñán, "privarse del juicio... cohabitar con las mujeres del trato y solteras"[161].

No se consideraba, por consiguiente, que obraba inmoralmente la persona que se embriagaba, o tenía relaciones sexuales, siendo soltera.

Respecto a la homosexualidad, señala el citado militar: "...solo tienen por vil y vituperable el pecado nefando, con esta diferencia, que el que usa el oficio de varón no es baldonado por él, como el que se sujeta al de la mujer..."[162].

Justicia

La justicia araucana se basaba en la idea de que el delito implicaba un agravio a la parte afectada y que debía ser compensado.

Los *Toquis* generales y los caciques actuaban como jueces.

Aun los delitos de homicidio y adulterio podían ser saldados económicamente. Mediante pagas que daban el ofensor y la parte agraviada, "...tan amigo como antes y beben juntos..."[163] .

Sin embargo, siempre recaía pena de muerte a las personas acusadas de hechiceros. Les atribuían todos los males, enfermedades y muertes que sufría la comunidad.

Pablo Treutler presenció la actuación, en territorio indígena, de un tribunal formados por caciques.

Se juzgó primero a una joven, a quien el adivino de Boroa acusaba de "...autora del daño o envenenamiento de cierto indio". Fue sentenciada a morir en la hoguera. El castigo no se cumplió porque la india huyó a territorio cristiano.

Se juzgó, a continuación, un robo. El indígena había hurtado dos vacas. Se le condenó a devolver dieciséis vacunos a su dueño.

El viajero alemán señala los fundamentos jurídicos de esta sentencia: "Cuando un indio roba una vaca, por ejemplo, y es descubierto por el dueño, se le condena a devolver el doble, es decir, dos vacas; si no obedece a la orden del cacique, se envía a un mocetón con el encargo de notificarlo por segunda vez, y el ladrón tiene que entregar, a más de los animales ya dichos, otro a este mensajero como paga de su diligencia. Si a pesar de esto, se obstina en no obedecer, el cacique se dirige personalmente a la casa acompañado de varios mocetones y le ordena dar dos vacas al dueño, una al primer mocetón que le notificó la sentencia, otra a cada uno de los que le acompañan y dos a él mismo.

Como suele suceder que hay algunos indios tan obstinados que no quieren cumplir por capricho las órdenes de su jefe, se convoca entonces a junta a toda la reducción, y los asistentes se dirigen inmediatamente a casa del ladrón, lo obligan a cumplir por la fuerza lo ordenado, sacando cada uno de ellos otro animal para sí; de manera que como los que concurren a estas juntas son gene-

ralmente muchos, suele quedar el ladrón con los brazos cruzados, sin animal alguno"[164].

Creencias

Las crónicas del siglo XVI y XVII no registran vocablos con referencias al Ser Supremo, u otras divinidades.

Animismo

La vida religiosa de los *Mapuches* se centraba en creencias animistas.

Los misioneros del siglo XVII mencionan las voces: *Pilláñ* y *Weküfe.*

El padre Luis de Valdivia ubica el *Pilláñ* en el cielo, y al *Weküfe,* en la tierra o el mar[165].

Constituían planos superpuestos.

El *Pilláñ* tenía las siguientes atribuciones "...truena en el cielo y ayuda a pelear a los conas... por mandado del *Pillán* nacen o no nacen los sembrados"[166].

Se le ofrendaba sangre extraída del propio cuerpo.

Ya señalamos esta costumbre entre los *Picunches.*

Participaba en los sacrificios rituales al ayudar, en los combates, a los guerreros (convocación para la guerra, sacrificio de un prisionero).

Alonso Ovalle cita una información proporcionada por un cautivo, Francisco Almendras: "Todos están en estos errores, creen en su *Güenupillán,* que es su Dios, y que éste tiene muchos *guecubus* que son sus ulmenes, sus grandes y caciques a quien manda, y también a los volcanes..."[167].

El *Güenupillán* o *Wenupilláñ* es el *pilláñ* del cielo. Los *guecubus* son los *weküfes,* o seres dañinos, los *ülmenes* son los jefes. De manera que estos datos complementan la información de Valdivia, el espíritu ubicado en el plano superior, cielo, manda a los otros seres malévolos, situados en el plano terrestre o marino. También el *pilláñ* del cielo ordena a las almas que moran en los volcanes.

Rosales proporciona más información sobre el *pilláñ.*

Hace una diferencia entre el destino "post mortem" de las almas de los caciques, y de los guerreros muertos en combate, y el sino reservado a la gente común. Sólo los espíritus de las personas de mayor prestigio social podían llegar a ser *pillanes.*

Las almas de los caciques difuntos residían en el interior de los volcanes. Al entrar en erupción, manifestaba su cólera el espíritu que lo habitaba.

También podían las almas de los caciques transformarse en moscardones y regresar a la *ruca* para participar en las fiestas y borracheras. Los comensales siempre ofrendaban, el primer jarro de chicha, a sus caciques y parientes difuntos.

Las almas de los indios soldados que moría en la guerra subían a las nubes y se convertían en truenos y relámpagos. Proseguían en el cielo sus ejercicios de guerra[168].

Al tronar, salían de sus *rucas* los indios, y arrojaban chicha para su *pilláñ* del cielo.

Por las dificultades de llevar a sus tierras los cuerpos de los guerreros muertos en la guerra, quemaban los cadáveres, y sólo llevaban sus cenizas. Creían que, por medio del fuego y del humo, subían con más velocidad a las nubes y ascendían convertidos en *pilláñ*[169].

Entes dañinos

El *weküfe* era un ser por esencia dañino. Olivares señala todos los males que se le atribuían: "...el anublarse sus mieses, el secarse por falta de agua, y

el entrarles gusano, u otra semejante plaga, es efecto del *huecub;* el faltar pez en algún lago o río que antes lo criaba, es que se lo comió el *huecub;* el temblar la tierra, es que se sacudió debajo de ella; el cansarse el caballo, es que se les cargó en las ancas; el enfermar o morir naturalmente ganados u hombres, es que se le metió en el cuerpo, y en suma todo lo infausto, es el *huecub;* exceptuando solamente de esta calificación, aquellas muertes en que el ejecutor, el acero u otro instrumento equivalente"[170].

El orden sobrenatural para el indígena era resultado de la acción de ambos entes, los cuales actuaban en planos distintos.

Culto al pillañ

El *pilláñ* era, en los siglos XVI y XVII, un concepto animista. Podía morar en el cielo, o en el interior de los volcanes. Era objeto de culto. Se le ofrendaba sangre o chicha. Participaba en la vida de los mortales. Ayudaba a pelear a los *conas,* podía quitar enfermedades, y dar salud a los hombres. Por su mandato nacían, o no germinaban, los sembrados.

El *weküfe* residía en la tierra, o el mar. Estaba subordinado al *pilláñ* en un plano jerárquico, pero actuaba independientemente. Venía de afuera, y donde se introducía originaba daños o males.

Los *Mapuches* estaban ubicados en medio de estos dos planos. Buscaban el apoyo de los *pillanes* y trataban de contrarrestar la acción de los *weküfes.*

Chamanismo

Las personas intermedias, entre estos entes protectores o malévolos y la comunidad indígena, eran los *machi* o las *machi,* los adivinos y los brujos.

El chamanismo araucano se manifestaba en la actuación de los *machi.* Su principal función residía en curar a los enfermos.

Bascuñán describe el aspecto de un curandero homosexual: "...traía en lugar de calzones un *puno,* que es una mantichuela que traen por delante de la cintura para abajo, al modo de las indias, y unas camisetas largas encima; traía el cabello largo, siendo así que todos los demás andan trenzados, las uñas tenía tan disformes, que parecían cucharas; feísimo de rostro, y en un ojo una nube que le comprehendía todo; muy pequeño de cuerpo, algo espaldudo, y rengo de una pierna, que sólo mirarle causaba horror y espanto..."[171].

Machitún

El cautivo narra detalladamente las distintas etapas de una curación mágica o *machitún.*

El *chamán* al entrar en estado de trance se comunicaba con el *pilláñ.* Conocía la causa de la enfermedad y cuál era el enemigo responsable de utilizar el *weküfe* para provocar el daño.

En la última fase del ritual el *machi* se sentía poseído por el espíritu: "...Habiendo dado tres o cuatro vueltas de esta suerte, vimos levantarse de repente de entre las ramas una neblina oscura a modo de humareda, que las cubrió de suerte que nos las quitó de la vista por un rato, y al instante cayó el encantador en el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo para arriba, como si fuese una pelota, y el tamboril a su lado de la mesma suerte saltando a imitación del dueño, que me causó grande horror y encogimiento... y tuve por muy cierto que el demonio se había apoderado de su cuerpo. Callaron las cantoras, y cesaron los tamboriles, y sosegóse el endemoniado, pero de manera el rostro que parecía el mesmo Lucifer, con los ojos en blanco y vueltos al colodrillo, con una figura horrenda y espantosa. Estando de esta suerte, le preguntaron que si sanaría el enfermo; a que respondió que sí, aunque sería tarde porque la enfermedad era grave y el bocado se había apoderado de aquel cuerpo de manera que faltaba muy poco para que la ponzoña llegase al corazón

y le quitase la vida. Volvieron a preguntarle, que en qué ocasión se lo dieron, quién y cómo, y dijo, que en una borrachera, un enemigo suyo con quien había tenido algunas diferencias, y no quiso nombrar la persona aunque se lo preguntaron, y esto fue con una voz tan delicada, que parecía salir de alguna flauta. Con esta volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes, y dentro de un buen rato, fue volviendo en sí el hechicero, y se levantó cogiendo el tamboril de su lado, y lo volvió a colgar adonde estaba de antes, y fue a la mesa adonde estaba la quita de tabaco encendida, y cogió humo con la boca, e incensó o ahumó las ramas (por mejor decir), y el palo adonde el corazón del carnero había estado clavado, que no supimos qué se hizo, porque no se lo vimos sacar ni pareció más, que infaliblemente lo debió esconder el curandero, o llevarlo el demonio, como ellos dan a entender, que se lo come; después de esto se acostó entre las ramas del canelo a dormir y descansar..."[172].

En el siglo XVIII informa el padre Havestadt ejercían la función de *machis* hombres y mujeres, pero, la mayor parte, eran de sexo femenino[173].

Podría deberse a una mayor comunicación con los españoles este cambio de pauta.

Adivinos

El vocablo araucano para denominar al adivino es *dungube,* "el que hace hablar".

Rosales señala que mientras los soldados estaban en la guerra, los augures consultaban al *pilláñ,* haciendo uso de incienso de tabaco, sobre el éxito o fracaso del combate. En una batea de agua veían signos favorables o nefastos de los acontecimientos que se estaban produciendo en el campo de batalla[174].

Jerónimo Pietas proporciona otros datos sobre los adivinos. Los consultaban por distintas finalidades. Algunos deseaban recobrar la mujer, que se les había huido. Otros recuperar alguna cosa robada o extraviada.

El consultante acudía a la *ruca* del agorero, le explicaba lo que deseaba saber, y le pagaba lo estipulado.

El adivino dejaba su casa, y, desde fuera de la vivienda, hacía los conjuros.

Desde el interior de la *ruca* se oía una voz alta, aunque meliflua, la cual respondía las preguntas del agorero. Indicaba dónde se hallaban la persona o el objeto extraviado[175].

Posiblemente el adivino tendría condiciones de ventrílocuo para hacer estas artimañas.

Melchor Martínez señala que, al comenzar el siglo XIX, su número era limitado. Destaca que "...son ya raros estos embusteros, especialmente en la costa y en los llanos..."[176].

Sueños

Creían también en los sueños.

Narra Rosales que Caupolicán actuó influido por una visión. Mientras dormía, se le apareció un ser mítico, quien se autodenominó *Cheburbue* "...el anunciador de cosas futuras...", y le aconsejó que atacase primero, "la casa fuerte de Tucapel", e invocase su nombre en el combate para vencer.

Despertó el *Toqui,* "...animado a morir en la demanda...", y ofreció incienso de tabaco al *pilláñ*[177].

Brujos

Mientras *machis* y adivinos gozaban de prestigio como benefactores de la comunidad, los brujos eran odiados y temidos.

Si una persona estaba con perfecta salud, y sin causa visible caía enfermo, o moría, había siempre un responsable del mal. Alguien le había tirado un *weküfe,* o una flecha invisible, provocándole el daño. Acudían al *machi* para

que extrajese el mal. Si fallecía se justificaba el curandero, diciendo: "...que ya él le sacó el bocado o la flecha, que si después le tiraron otra y no le avisaron que era fuerza que había de morir"[178].

A cualquiera persona o familia acusada de practicar la brujería le significaba una sentencia de muerte.

El padre Olivares relata su experiencia personal: "el año pasado de mil setecientos cincuenta y cinco, dí sepultura en Valdivia con íntimo dolor mío, a cuatro personas, marido, mujer y dos niños pequeños, a quienes unos indios vecinos a la plaza degollaron clandestínamente por la opinión de brujería..."[179].

Melchor Martínez narra, que generalmente el curandero o el adivino daba los nombres de personas enemigas del enfermo, o de la persona fallecida.

Era suficiente esta noticia para que los deudos, "...convocasen a sus parientes y partidarios, todos los cuales armados caen de improviso sobre los desdichados brujos, y les quitan la vida, a veces con atrocísimos tormentos, pasando también la crueldad a las familias y haberes, aunque no es lo común esto último"[180].

Magia

La magia estaba omnipresente en la cultura mapuche.

Algunos signos eran favorables, otros nefastos.

Al ser sacrificado un prisionero de guerra hacían rodar su cabeza por el suelo. Si quedaba el rosto vuelto al enemigo lo tenían por buena señal, pero si permanecía mirando hacia ellos le atribuían mal agüero[181].

Vivar relata que para decidir el ataque a la ciudad Imperial hicieron las milicias una prueba con un puma (el cronista lo denomina león).

Antes de soltar el animal, los guerreros procurarían matarlo para que el signo fuese favorable, pero si la fiera se escapaba deberían abtenerse a continuar la empresa para evitar males mayores. La señal fue desfavorable, y los indios de guerra se retiraron[182].

Estaba conceptuado signo de muerte un pájaro llamado *meru:* "...si se sienta a cantar en alguna casa dicen que va a anunciar la muerte a alguno de ella o de la vecindad..."[183].

Esta creencia ha perdurado hasta el día de hoy, donde el *chonchón* o *chuncho,* es calificado como ave de mal agüero.

Si al marchar un ejército se cruzaba una zorra, o era seguida la milicia, por buitres u otras aves carniceras, las señales resultaban desfavorables para el éxito de la campaña[184].

Mito del diluvio

En el mito del diluvio, los modos de actuar de las dos culebras, que competían para salvar o destruir al pueblo mapuche, eran esencialmente mágicos.

La culebra sagrada que moraba en el cerro mítico, *Trentrén,* al pronunciar rítmicamente su nombre hacía subir al cerro, salvando a los *mapuches,* ubicados en la cima. La culebra maligna *Caicai* al repetir su denominación obligaba a las aguas a ascender para ahogar al indígena.

El poder mágico y dañino de *Caicai* fue aplacado con un sacrificio ritual expiatorio[185].

Hechiceros

En la antigua sociedad mapuche tenían un *status* especial los magos o hechiceros, que tenían poderes mágicos sobre la naturaleza.

Se les denominaba Señor del Cielo, con poder para hacer llover *(Nguenuenu),* Dueño de la tierra *(Nguenmapu),* Dominador de los gusanos, y de la peste *(Nguenpiru).*

En el confesionario del padre Luis de Valdivia se lee esta pregunta: "¿Cuan-

do no llueve has creído que hay indio hechicero, que es el Señor de las aguas que hace llover?"[186].

Rosales narra los medios de que se valía un mago para provocar la lluvia: "...para hacer llover o fingir que mandaba a las lluvias que lloviesen, aguardaban a tiempos en que hubiesen nublados o corriese el viento norte, que en esta tierra es lluvioso, y entonces sacaban un cántaro donde tenían una piedras redondas que habían cogido a las orillas del mar, haciendo grandes misterios de que eran piedras milagrosas y de gran virtud para atraer el agua. Poníanlas junto al fuego y rociábalas, haciéndolas sudar al fuego; toman tabaco y incensábalas con él y luego echaban bocanadas de tabaco hacia las nubes, haciendo sus invocaciones y ceremonias, con que tenían a todos suspensos y esperando la lluvia; y después de haber hecho todos estos embustes llovía cuando Dios quería. Y si acaso después de haber hecho sus invocaciones llovía, aunque fuese algo después, blasonaba su poder y encarecía el beneficio, y todos le rendían grandes agradecimientos y alabanzas, y si no llovía se hacía de el enojado y les echaba la culpa a ellos, y si acaso las aguas eran muchas, porque como estaban en las costas de el mar suelen continuarse por muchos días y ser dañosos a los sembrados o estorbar para sembrar, le iban a pedir que no les hiciese tanto mal..."[187].

El concepto mágico de *Nguenmapu,* Dominador de la tierra, posiblemente, en el siglo XIX, se fusiona con la idea de *pilláñ* celeste, para constituir uno de los calificativos del Ser Supremo mapuche.

Al registrar el padre Havestadt el vocablo *gen piru (Nguenpiru)* señala que tenía el supremo dominio sobre los gusanos y la peste. Destaca que era una superstición de la gente anciana[188].

Magia negra

Los *Mapuches* atribuían a los brujos, denominados *calcu,* prácticas de magia negra celebradas en el interior de cuevas subterráneas, llamadas *renü.* Creían que el *weküfe* estaba al servicio de los brujos para realizar sus maleficios.

Toribio Medina resume una información levantada en 1693, bajo el gobierno de Tomás Marín de Povela, por el capitán de caballería, don Antonio de Soto Pedrero.

El militar tuvo noticia de misteriosas reuniones celebradas en una cueva llamada Pircún.

Al elevar su informe señala el capitán: "Preguntado un indio de qué instrumentos y supersticiones se valían en estas juntas, dijo que de unos canutos y varillas de canelo; y que los venenos con que matan se componen de yerbas y de los excrementos de *ibunches* y otras sabandijas que hay dentro de las cuevas, y que del todo se hace un compuesto con que untan las varillas. Un novicio agrega que para iniciarlo en el arte de los hechiceros le graduaron dándole a beber orinas de perro y que tragase un corazón de gente, y que le pusieron además una máscara de un pellejo sacado de una cara humana, habiendo entrado de este modo a la referida cueva"[189].

Escatología

La muerte era concebida por el indio común como un viaje de las almas a unos "campos tristes, fríos y destemplados" ubicados a la otra banda del mar. Sembraban papas negras, y bebían una chicha del mismo color. Tenían allí sus fiestas y borracheras[190].

Esta concepción inmanente de la muerte significaba para ellos continuar, en otra vida, con las mismas necesidades vitales.

Es ilustrativo el caso narrado por el cautivo español, Francisco Almendras, al señalar las recomendaciones que un padre daba a su hijo moribundo: "Ya

es llegada la hora de vuestra muerte, hijo mío; esforzaos para que lleguéis a la otra vida con bien, y mirad hijo mío, que en llegando a la otra parte del mar, sembréis luego que lleguéis, muchas habas, maíz, trigo y cebada y de todas las legumbres y haced una casa grande para que quepamos todos en ella porque vuestra madre y yo estamos ya más de muerte que de vida, por la mucha edad que tenemos, que presto estaremos con vos por allá, y por esto os digo que sembréis mucho para que entremos comiendo..."[191].

Ritos fúnebres

Las ceremonias fúnebres estaban naturalmente vinculadas con ideas de almas corpóreas, que migraban a la tierra de los muertos.

Bascuñán describe detalladamente el ritual fúnebre y el ajuar que colocaban al muerto.

Las plañideras actuaban, ajustándose a las pautas consuetudinarias: "...las dolientes mujeres, la madre, hermana y muchachos lloraban sin medida y lastimados, rasgándose las cabezas y cabellos, y los demás por ceremonia se aventajaban a éstos con suspiros, sollozos y gemidos, y todos juntos despidiendo unos ayes lastimosos, acompañados con las lágrimas, gritos y voces de los niños, que penetraban los montes de tal suerte, que respondían tiernos a sus llantos. Parados estuvimos y suspensos mientras se sosegaron los clamores, que verdaderamente eran más encaminados al honor y fausto del entierro, que a demostrar la pena que llevaban"[192].

La procesión y los cantos fúnebres acompañaban al difunto hasta la cumbre de una loma donde lo enterraban: "Llegaron los regentes del entierro y mandaron que prosiguiésemos nuestro viaje, habiendo caminado ya la vanguardia y entonado un canto triste y lastimoso, cuyo estribillo era repetir llorando, ai! ai! ai! mi querido hijo, mi querido hermano! y mi querido amigo! y en llegando a este punto se hacía alto otro rato, a modo de posas entre nosotros, y se formaba otro grande llanto como el primero. Con esta suspensión segunda llegaron otros caciques a mudarnos y cargaron las andas hasta el pie del cerro o cuesta adonde se había de enterrar, que había de la casa a él poco más de una cuadra, que lo más trabajoso era subir la cuesta; prosiguieron con el mismo orden, cantando, como he dicho lastimosos cantos, y cuando llegaron al pie de la loma, volvieron hacer lo propio que en la primera posa, y para subir arriba, llegaron otros principales mocetones y forzudos, y cogiendo las andas las subieron sin faltar del orden con que se dio principio a la procesión"[193].

El ajuar funerario satisfacía las necesidades de sus almas corpóreas: "Sosegáronse un rato los clamores, y todos los caciques brindaron al muerto muchacho, y cada uno le puso un jarro pequeño a la cabecera, y su padre el cantarillo que llevaba, la madre su olla de papas, otro cántaro de chicha y un asador de carne de oveja de la tierra, que se me olvidó decir que la llevaron en medio de la procesión y la mataron, antes de enterrar al difunto, sobre el hoyo que habían hecho para el efecto; sus hermanos y parientes le fueron ofreciendo y llevando los unos platillos de bollos de maíz, otros le ponían tortillas, otros mote, pescado y ají, y otras cosas a este modo, finalmente, llenaron el cajón de todo lo referido y después trajeron otras tres tablas o tablones ajustados para poner encima y taparle, que después de haberlo hecho, el primero que echó tierra sobre el sepulcro, fue su padre..."[194].

Levantaron sobre la fosa del muerto un túmulo funerario: "...y entre todos los dolientes y convidados cubrieron el hoyo en un momento, y sobre él forma-

ron un cerro en buena proporción levantado, que se divisaba desde la casa muy a gusto y de algunas leguas se señoreaba mejor"[195].

Para sepultar a los caciques el procedimiento era distinto.

Señala Vivar que colocaban el cuerpo del fallecido en un ataúd, en forma de artesa, y cubierto por otro[196].

González de Nájera corrobora esta información: "Los enterramientos de los caciques son algo levantados de la tierra, porque ponen sus cuerpos entre dos grandes artesones cerrados, hueco con hueco, y encijados entre dos árboles juntos, o sobre fuertes horcones..."[197].

C. Los Huilliches

La bibliografía del siglo XVI, especialmente las crónicas de Vivar, Goicueta, Góngora Marmolejo y Mariño de Lovera, proporcionan información sobre las antiguas pautas de vida y cultura de los indios *Huilliches* y *Cuncos*.

Las fuentes del siglo XVII suministran escasos datos. La bibliografía de la centuria decimoctava ilustra sobre el proceso de aculturación del indígena.

Demografía

La zona de Valdivia estaba densamente poblada en la época de la conquista española: "Tenía su comarca al tiempo de esta fundación más de quinientos mil indios en espacio de diez leguas..."[198].

Agricultura

El cultivo de la tierra constituía la base de la alimentación en la comarca valdiviana.

Vivar señala que sembraban los indios maíz, fréjoles y papas[199], Mariño de Lovera corrobora estos datos "...estaba muy abastecida de maíz, legumbres y frutos de la tierra..."[200].

La isla grande de Chiloé, y especialmente Ancud, atrajo la atención de la expedición de Ladrillero: "...de esta provincia de Ancud hay grandísima fama de su fertilidad de mucha comida de maíz crecido e gran mazorca papas e por otros quinoa..."[201]. Otro dato que proporciona es que protegían las tierras sembradas de papas con un cerco de cañas[202].

Al levante de Ancud, en una tierra llamada Minchemávida, tenía fama por el "azua de maíz" que bebían sus naturales[203].

La región de Osorno era "muy regalada de miel de abejas", según narra Mariño de Lovera. Completa su información el militar gallego, indicando: "...se da en gran abundancia sin cuidado en beneficiar las colmenas..."[204].

Animales domésticos

La crianza de auquénidos alcanzaba hasta Ancud.

Goicueta las denomina, como otros cronistas, oveja. Informa que cada indio tenía dos, cuatro hasta ocho animales, y que los caciques poseían doce, quince, y hasta veinte cabezas de ganado[205].

Pesca

Otras fuentes de alimento era la pesca y la recolección de mariscos.

Mariño de Lovera señala, refiriéndose a Valdivia: "...Es la ciudad muy regalada de pescado; y no menos de mucho marisco, que sacan los indios entrando doce brazadas debajo del agua"[206].

En cuanto al archipiélago de Chiloé dice el mismo cronista: "...cuyas islas estaban muy pobladas de indios que se ocupaban en pesquerías..."[207].

El pescado de la costa era trasladado al interior: "...y en los cabíes que están en la costa del mar que se toma mucho pescado lo cual comen y dan de balde a los de tierra dentro..."[208].

Vivienda

La vivienda en Valdivia y Ancud era similar a la *ruca* de los *Mapuches*.

En la región valdiviana Vivar acota que tenían "...muy buenas casas..."[209].

En Ancud los datos de Goicueta se refieren a rucas grandes de cuatro y seis puertas[210]. Eran confeccionadas con varas y cubiertas con una paja llamada coirón. Duraba esta vivienda de diez a doce años[211].

Vestido

Los *Huilliches* vestían a la usanza mapuche: "...andan vestidos como los de la provincia de Concepción"[212].

Se adornaban con zarcillos de cobre "...y traen en cada oreja ocho o diez, porque no se les da nada por otro metal aunque lo tienen"[213].

Mariño de Lovera proporciona datos sobre la vestimenta de Chiloé: "Y por ser la tierra muy fría andaban vestidos con más abrigo que los demás del reino, trayendo calzones y camisetas, y en lugar de capas una muceta de lana muy finas y sus sombreros de la misma materia: aunque en la forma tiraban algo a caperuzas"[214].

Armas

Las armas defensivas eran de cordel: "Sus armas de esta gente de esta provincia son unas mantas hechas de nudillos de cordel de la hierba que tengo dicho, y es de una vara de ancho. A los dos cabos va hecho en punta, y por debajo de los sobacos se la prenden en el hombro y, ceñida por el cuerpo, llégales a medio muslo. Es tan fuerte que una lanzada, si no es de muy fuerte brazo, alterna bien que pasarla. Traen lanzas y dardos y hondas, y éstas son sus armas de toda esta provincia que tengo dicho"[215].

Embarcaciones

Las crónicas del siglo XVI y XVII suministran datos sobre la embarcación típica de la zona: la dalca.

El militar gallego señala que la red fluvial de Valdivia estaba surcada de canoas: "...hechas de tablas largas cosidas unas con otras con cortezas de árboles de capacidad para diez o doce hombres cada una".

Abastecía a la ciudad de yerba, leña "...y muchos mantenimientos..."[216].

Góngora Marmolejo proporciona datos sobre la técnica de construcción de la dalca chilote: "...piraguas hechas de tres tablas y una por plan, y a los lados a cada un lado, cosida con cordeles delgados, y en la juntura que hacen las tablas ponen una caña hendida de largo a largo, y debajo de ella y encima de la costura una cáscara de árbol que llama maque, muy majada al coser: hace esta cáscara una liga que defiende en gran manera al entrar del agua"[217].

Según la misma fuente las piraguas "son largas como treinta y cuarenta pies y una vara de ancho, agudas a la popa y proa a manera de lanzadera de tejedor"[218]. Expresado en metros su longitud variaría entre 8,35 m. y 11,12 m. y la anchura sería de 83,5 cm.

Rosales, con su habitual minuciosidad, complementa la información del militar.

Indica cómo se valían del fuego para encorvar las tablas: "...cortan los tablones del largo que quieren la piragua y con fuego entre unas estanquillas los van encorvando lo necesario para que hagan buque, popa y proa, y el uno que sirve de plan levanta la punta de delante, y de dentro más que los otros para que sirva de proa y popa, y lo demás de quilla; las otras dos tablas arqueadas con fuego sirven de costados: con que forman un barco largo y angosto..."[219].

Señala la técnica que utilizaban para coser las tablas y calafatearlas: "...juntando unas tablas con otras y cosiéndolas con la corteza de unas cañas bravas que llaman *Culéu* machacadas, de que hacen unas soguillas torcidas que no se pudren en el agua. Y para coser las tablas abren con fuego unos agujeros en correspondencia, y después de cosidas las calafatean con las hojas de un árbol llamado

Fiaca o Mepoa, que son muy viscosos y le sobreponen cortezas de maque, y de esta suerte hacen piraguas capaces para doscientos quintales de carga..."[220].

La embarcación era manejada por un indígena que se ubicaba en la popa con una pala o canaleta. Llevaba la calca ocho o diez remeros.

La piragua siempre hacía agua que se filtraba por las tablas cosidas, insuficientemente ajustadas y calafateadas. Para remediarlo uno de los tripulantes con una batea la desaguaba continuamente.

Al soplar viento favorable le tendían una vela, "...y a vela y remo vuelta sobre la espuma...".

Destaca las condiciones marineras de la embarcación chilota: "Y era imposible que ninguna otra embarcación pudiese surcar por ellos como lo han experimentado, que ni barcos, ni chalupas, ni fragatas, ni otros géneros de embarcaciones, con que han probado los españoles navegar aquellos golfos, son tan a propósito como estas piraguas de tres tablas, porque todas las demás embarcaciones peligran y zozobran en aquellos tempestuosos golfos que hay entre las islas, y sola esta camina segura sobre las espumas"[221].

Organización social y política

Pedro Mariño de Lovera y Jerónimo de Vivar proporcionan datos sobre la estructura de la comunidad de los indios *Huilliches* de la provincia de Valdivia.

El capitán gallego informa: "Luego dio el gobernador orden en que se hiciese lista de todos los indios del distrito los cuales estaban repartidos entre sí por cabíes que quiere decir parcialidades, y cada cabí tenía cuatrocientos indios con su cacique. Estos cabíes se dividían en otras compañías menores que ellos llaman machullas; las cuales son de pocos indios y cada uno tiene un superior, aunque sujeto al señor que es cabeza del cabí"[222].

Posiblemente las *machullas,* señaladas por el cronista serían los clanes. La unión de estos grupos de parentescos constituiría la banda o *cabí* gobernada por un cacique.

Jerónimo de Vivar agrega un dato más: "Estos indios de esta provincia tienen esta orden: que tienen un señor que es un *levo,* siete o ocho cabís que son principales, y estos obedecen al señor principal"[223].

Por consiguiente estos *cabíes* o *cabís* eran partes integrantes de un *levo,* el cual tenía un jefe o cacique supremo.

Tanto entre los *Mapuches* como entre los *Huilliches* del siglo XVI, el *levo* o tribu, constituía su unidad política.

Si se considera que cada *cabí* tenía 400 indios un *levo* podría contar aproximadamente entre 2.800 a 3.200 indígenas.

Estructura del levo

Este grupo comunitario estaba estructurado económica, social, política y militarmente. Se reunían algunas veces al año, por quince o veinte días, en un lugar fijado previamente, y al que denominaban *regua.*

Allí intercambiaban sus productos, se embriagaban colectivamente, concertaban los matrimonios por compra que vinculaban las familias del *levo,* hacían justicia, salvaban las diferencias entre los caciques de las *cabíes* para mantener la unidad, concertaban sus preparativos para la guerra y celebraban sus ceremonias chamanísticas[224].

El matrimonio por compra se efectuaba del siguiente modo: "...El que tiene hijas para casar y hermanas las lleva allí y al que le parece bien alguna, pídela a su padre, y pídele por ella cierta cantidad de ovejas, quince o veinte según tiene la posibilidad, y alguna ropa o da una chaquira blanca, que ellos tienen muy

preciada. Concertados en lo que se le ha de dar, se la da más, a mí paréceme que la compra.

Si por ventura queda debiendo alguna cosa y no tiene para pagar, es obligado que, si pare la mujer hija, se la da a su suegro en pago de lo que le restó debiendo; y si es hijo, no es obligado a darla. Tienen en poco hallarlas dueñas. Danle la mujer bien aderezada cuando se la dan al marido, aunque no es mucho gasto el atavío de ellas"[225].

Cualquier tipo de delito podía ser compensado económicamente, ya fuese matar una persona o cometer adulterio, pero si el culpable no hacía o no podía hacer estas pagas respondía con su vida: "Estando allí todos juntos estos principales pide cada uno su justicia. Si es de muerte de hermano o primo o en otra manera, conciértalos; si es el delincuente hombre que tiene y puede ha de dar cierta cantidad de ovejas que comen todos los de aquella junta y otras tantas da a la parte contraria, que serán hasta diez o doce ovejas. Como tenga para pagar esto, es libre, y donde no, muere por ello... Si alguna mujer acomete algún adulterio a su marido, toma el marido, y da queja de aquel tal en este cabildo. Parece el delincuente ante los señores y, si es hombre que tiene y es de valer, paga cinco ovejas, las tres para que se coma en cabildo, y las dos para el marido. Si es hombre que no tiene, muere por ello él y la mujer que acometió el adulterio, y los matan los mismos señores con sus manos"[226].

El *levo* constituía una unidad militar. Si algunos de sus miembros no cumplía sus obligaciones bélicas era condenado a muerte y privado de sus bienes: "Si tiene guerra con otro señor todos estos *cabís* y señores son obligados a salir con sus armas y gente a favorecer aquella parcialidad según y como allí se ordena. "El que falta de salir tiene pena de muerte y pérdida de toda su hacienda"[227].

Postes totémicos

Los *Huilliches* tenían, como los *Mapuches,* postes totémicos en las puertas de sus casas, como emblema de linaje: "...y en las puertas acostumbran poner como en la provincia Imperial, que son zorras y tigres y leones y gatos y perros, y esto tienen en las puertas por grandeza..."[228].

Creencias

Vivar se expresa negativamente en cuanto a su vida religiosa. Evidencia que el culto astral incaico no se propagó en la zona: "En esta provincia de Mallalauquen no adoran al sol ni a la luna, ni tienen ídolos ni casa de adoración"[229].

Narra el cronista burgalés una creencia mágica indígena al ser azotada la ciudad de Valdivia por una plaga de ratones.

Magia

Atribuían a sus hechiceros poder obligar a los roedores a meterse en hoyos, controlando su entrada y salida del agujero: "...y yo pregunté a algunos indios que si solían venir de aquella arte otras veces. Dijéronme que sí que de cierto en cierto tiempo solían venir de aquella manera, y que los hechiceros hacían hoyos en que los hacían meter a estos ratones, y que agora los habían soltado por amor de la venida de los cristianos. Esto le hacen entender estos hechiceros a la demás gente y que ellos lo pueden hacer"[230].

Entierros

Las costumbres funerarias eran similares a la de los *Picunches* y *Mapuches*: "...entiérranse en el campo como los demás que he dicho..."[231].

Lengua

La lengua araucana de la región de los *Huilliches* presentaba algunas diferencias dialectales con la hablada en las otras zonas: "Difieren un poco en la lengua a las demás provincias que tengo dichas"[232].

NOTAS

[1]Menghin, pp. 5 a 9.
[2]Equivale a 55 kilos y medio.
[3]Vivar, p. 41.
[4]Góngora Marmolejo, p. 7.
[5]Vivar, p. 38.
[6]Equivale a 83,5 cm.
[7]Vivar, p. 38.
[8]Vivar, p. 134.
[9]Vivar, pp. 134 y 135.
[10]Vivar, p. 134.
[11]Mariño de Lovera, p. 45.
[12]Mariño de Lovera, p. 46.
[13]Vivar, pp. 135 y 136.
[14]Vivar, p. 38.
[15]Mariño de Lovera, p. 45.
[16]Mariño de Lovera, p. 46.
[17]Vivar, p. 133.
[18]Vivar, p. 133.
[19]El derivado de encestar (embaucar, engañar) es encestado. Vivar, p. 134.
[20]Mariño de Lovera, p. 52.
[21]Vivar, p. 133.
[22]Vivar, p. 135.
[23]Por "vino" debe entenderse cualquier tipo de bebida alcohólica.
[24]Vivar, p. 135.
[25]Vivar, p. 135.
[26]Vivar, p. 213.
[27]Vivar, p. 138.
[28]Vivar, p. 138.
[29]Vivar, p. 138.
[30]Vivar, p. 138.
[31]"Piladas" deriva de pilar: descascarar los granos en el pilón. Vivar, p. 138.
[32]Vivar, p. 138.
[33]Ercilla, p. 2.
[34]Vivar, p. 155.
[35]Valdivia, p. 55.
[36]Molina, p. 193.
[37]Stevenson, pp. 44 a 46.
[38]Rosales, I, p. 153.
[39]Bascuñán, p. 53.
[40]Bascuñán, p. 55.
[41]Rosales, p. 154.
[42]Rosales, I, p. 154.
[43]Rosales, I, p. 155.
[44]Stevenson, pp. 43 a 45.
[45]Treutler, p. 81.
[46]Rosales, I, p. 155.
[47]Bascuñán, p. 97.
[48]Bascuñán, p. 278.
[49]Gómez de Vidaurre, p. 340.
[50]Vivar, p. 156.
[51]Rosales, I, p. 174.
[52]Olivares, p. 35.
[53]Bascuñán, p. 71.
[54]Rosales, I, p. 161.
[55]González de Nájera, p. 47.
[56]Pedro de Valdivia, p. 55.
[57]Góngora Marmolejo, p. 2.
[58]Rosales, I, p. 158.
[59]Rosales, I, p. 158.
[60]Góngora Marmolejo, p. 2.
[61]Rosales, I, p. 158.
[62]Rosales, I, p. 159.
[63]Rosales, I, p. 159.
[64]Valdivia, p. 55.
[65]Mariño de Lovera, p. 124.
[66]Mariño de Lovera, p. 124.
[67]Señala el secretario de don Pedro de Valdivia: "...a las puertas de sus casas, tienen dos palos, y arriba en la cabeza del palo tienen hecho del mismo palo una águila; otros tienen gatos, y otros tienen zorras; otros tienen tigres, y esto tienen por grandeza la gente noble". Vivar, p. 156.
[68]Narra el poeta, en el prólogo de la Araucana: "...cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo, a manera de timbre de armas...". Ercilla, p. 5.
[69]El capitán gallego señala: "Tienen las casas destos indios ciertos remates sobre lo más alto a la manera que están las chimeneas galanas en España. Estos remates son unas águilas de madera de un cuerpo cada una con dos cabezas como las que traía el emperador Carlos v en sus escudos... y preguntado los indios si habían visto en su tierra algunas aves de aquella figura para sacar tales retratos, respondieron que no ni sabían el origen de ellas, por ser cosa antiquísima, de que no tenían tradición más de que así las hallaron sus padres y abuelos...". Mariño de Lovera, p. 125.
[70]Rosales, I, pp. 149 y 150.
[71]Gómez de Vidaurre, p. 340.
[72]Bascuñán, p. 225.
[73]Gómez de Vidaurre, p. 340.
[74]Bascuñán, p. 154.
[75]Rosales, I, p. 151.
[76]Rosales, I, p. 150.
[77]Gómez de Vidaurre, p. 340.
[78]Mariño de Lovera, p. 116.
[79]Rosales, I, p. 172.
[80]Rosales, I, p. 174.
[81]Mariño de Lovera, p. 124.
[82]Góngora Marmolejo, p. 147.
[83]Mariño de Lovera, p. 124.
[84]Mariño de Lovera, p. 124.
[85]Mariño de Lovera, p. 124.

[86]Rosales, I, p. 141.
[87]Rosales, I, p. 142.
[88]Rosales, I, p. 142.
[89]Rosales, I, p. 143.
[90]Rosales, I, p. 143.
[91]Carvallo Goyeneche, p. 141.
[92]Rosales, I, p. 142.
[93]Rosales, I, p. 143.
[94]Rosales, I, p. 143.
[95]Gómez de Vidaurre, p. 326.
[96]Rosales, I, p. 160.
[97]Sors, p. 182.
[98]Stevenson, p. 7.

[99]Clan. Grupo de parentesco unilateral que mantiene la ficción de su descendencia genética común de un antepasado remoto, generalmente legendario o mitológico.

[100]Tótem. Algún objeto, generalmente animal o planta, que tiene ciertos vínculos con un clan u otra unidad social análoga.

[101]Latcham, pp. 53 a 94.
[102]Murdock, pp. 239 y 240.
[103]Luis de Valdivia (1887), p. 52.

[104]Exogamia. Regla que exige que toda persona se case fuera del grupo social específico del que forma parte.

[105]La versión española del texto latino sería: *Cùga:* género, progenie, estirpe, familia, gens. El mismo sobrenombre (de la estirpe) tiene variaciones con denominaciones de aves, cuadrúpedos, serpientes, peces, piedras o cualquier cosa animada e inanimada.

El padre impone el nombre propio a estos sobrenombres del siguiente modo. En primer lugar, tiene en cuenta el nombre genérico, ya sea que provenga del sobrenombre de la *Cùga,* o de la familia o estirpe. Por ejemplo, hay quienes tienen por sobrenombre de *Cùga Hueque,* carnero de Chile. Considera luego propiedades peculiares para denominar a sus hijos de otro modo: *Liùhueque,* carnero blanco, *Curùhueque,* carnero negro, *Neculhueque,* carnero corriendo. Havestadt, II, p. 640.

[106]Molina, p. 187.

[107]Mitad. Unidad social basada en el parentesco en aquellos casos en que la tribu está dividida en dos unidades.

[108]*Omaha:* La hija de la hermana del padre y la hija del hermano de la madre son llamados por términos clasificatorios diferentes de las hermanas y primos paralelos, pero la hija de la hermana del padre, y la hija del hermano de la madre es llamada hermana de madre. Murdock, pp. 239 a 241.

[109]Moesbach, p. 195.

[110]Figura *Chao* en el vocabulario del padre Luis de Valdivia para designar al hermano del padre, y, *malle* es el hermano del padre.

[111]Primos paralelos: Primos cuyos padres emparentados son del mismo sexo. Los hijos de la hermana de la madre de una persona o del hermano del padre.

[112]Primos cruzados: Primos cuyos padres emparentados son hermanos de sexo diferente. Descendencia del hermano de la madre o de la hermana del padre de una persona determinada.

[113]Vivar, p. 156.
[114]Rosales, I, p. 166.
[115]Bascuñán, p. 58.
[116]Rosales, I, p. 165.
[117]Ruiz Aldea, p. 23.
[118]Rosales, I, p. 155.
[119]Gómez de Vidaurre, p. 342.
[120]Rosales, I, p. 152.
[121]Bascuñán, p. 200.
[121a]Bascuñán, pp. 202 y 203.
[122]Bascuñán, pp. 202 y 203.
[123]Martínez, p. 44.
[124]Rosales, I, p. 134.
[125]Gómez de Vidaurre, p. 350.
[126]Rosales, I, p. 134.
[127]Bascuñán, p. 61.
[128]Ruiz Aldea, p. 23.
[129]Olivares, p. 43.
[130]Pedro de Valdivia, p. 54.
[131]Vivar, p. 155.
[132]Rosales, I, p. 112.
[133]Rosales, I, p. 137.
[134]Rosales, I, pp. 138 y 139.

[135]Los discursos que entre comillas figuran en la Historia del Padre Rosales no son productos de una fértil imaginación. El misionero convivió muchos años entre los indígenas. Sus palabras tienen valor de testimonio.

[136]Rosales, I, pp. 112 y 114.
[137]Rosales, I, p. 125.
[138]Luis de Valdivia (1897), p. 44.
[139]Bascuñán, p. 43.
[140]Rosales, I, pp. 146 y 147, y II, p. 186.
[141]Rosales, III, p. 208.
[142]Rosales, III, p. 208.
[143]Bascuñán, pp. 361 y 362.
[144]Bascuñán, p. 361.
[145]Latcham, p. 534.

[146]Según Rosales al "Toqui general de la paz es a quien pertenece el juntar los caciques para las cosas tocantes a ella, y así cuando se ha de tratar entre ellos de hacer paces o de cosas tocantes a la República, como de una fiesta, de una borrachera, de un casamiento o cosas semejantes, o de la composición de algún pleito...". Rosales, I, p. 139.

El *Nguenfoike* debería ser un cargo permanente, hereditario. Posiblemente, entre sus atribuciones estaría la elección de los caciques, los cuales se desempeñarían como *boquibuyes*.

[147]Estos cueros de ovejas y carneros tendrían que ser pellejos de llamas, guanacos u otros animales similares.

[148]El uso de cabezas de felinos, mostrando sus colmillos, tendría la finalidad de atemorizar al enemigo. En el uso de plumas se asemejaban a los *Picunches*.

[149]Estas picas serían de un tamaño algo mayor de cinco metros.

[150]El tamaño de las puntas de cobre fluctuaría entre 31 y 42 cm.

[151]Se refiere a porras o mazos de madera.

[152]Estas lanzas eran menores que las picas, sobrepasando escasamente los tres metros.

[153]Obsérvese que también utilizaban armas multipuntas de cobre.

[154]Los indios que no estaban protegidos por las capas de cuero y las celadas se ubicaban al medio del escuadrón.

No entorpecidos sus movimientos por los pellejos, podrían lanzar sus garrotes al enemigo.

[155]Góngora Marmolejo señala que esta arma fue inventada por los *mapuches* en los tiempos de Francisco de Villagra (1554) para derribar los jinetes de sus cabalgaduras: "Para esta batalla hicieron los indios una invención de guerra diabólica, que fue en unas varas largas como una lanza, ataban a ellas desde poco más de la mitad un bejuco torcido, que sobraba de la vara una braza y más, esta cuerda que sobraba era un lazo que estaba abierto, y de aquellos lazos llevaban los indios de grandes fuerzas, cada uno. Estos hicieron mucho daño, porque como andaban envueltos con los cristianos, tenían ojo en el más cerca que llegaba, y echábanle el lazo por la cabeza tan valientemente con otros que andaban juntos para efecto de ayudarles, que lo sacaban de la silla dando con él en tierra o lo mataban a lanzadas y golpes de porras que traían". Góngora Marmolejo, p. 47.

[156]Góngora Marmolejo ratifica este dato y señala que lo usaban con braveza.

[157]Es decir, pinturas faciales.

[158]Esta comparación que hace Vivar entre los mapuches y los primeros pobladores de España, quienes resistieron heroicamente la dominación romana, será posteriormente recogida por el Padre Rosales.

[159]Los *mapuches* denominaban al trueno *talca* y era una manifestación del poder de *pillán*. El disparo de arcabuz lo llamaban *talcatún*.

[160]Vivar, pp. 153, 154 y 155.

[161]Bascuñán, p. 107.

[162]Bascuñán, p. 107.

[163]Rosales, I, pp. 134 y 178.

[164]Treutler, pp. 100 y 101.

[165]Valdivia señala "Los viejos os decían que el pillán está en el cielo y el Huecuvoe en la tierra y mar...". Luis de Valdivia (1897), p. 32.

[166]Luis de Valdivia (1897), p. 45.

[167]Ovalle, p. 348.

[168]Rosales, I, p. 163.

[169]Rosales, I, p. 163.

[170]Olivares, p. 51.

[171]Bascuñán, p. 159.

[172]Bascuñán, pp. 160 y 161.

[173]Havestadt, p. 706.

[174]Rosales, I, p. 136.

[175]Pietas, p. 487.

[176]Melchor Martínez, p. 30.

[177]Rosales, I, p. 483.

[178]Rosales, I, p. 169.

[179]Olivares, p. 46.

[180]Melchor Martínez, p. 31.

[181]Rosales, I, p. 181.

[182]Vivar, p. 184.

[183]Rosales, I, p. 164.

[184]Rosales, I, p. 165.

[185]Rosales, I, pp. 3 a 6.

[186]Luis de Valdivia (1897), p. 5.

[187]Rosales, III, p. 265.

[188]Havestadt, p. 748.

[189]Toribio Medina, p. 50.

[190]Rosales, p. 163.

[191]Ovalle, p. 348.

[192]Bascuñán, p. 191.

[193]Bascuñán, p. 192.

[194]Bascuñán, p. 193.

[195]Bascuñán, p. 193.

[196]Vivar, p. 156.

[197]González de Nájera, p. 50.

[198]Mariño de Lovera, p. 139.

[199]Vivar, p. 159.

[200]Mariño de Lovera, p. 139.

[201]Goicueta, p. 93.

[202]Goicueta, p. 93.

[203]Goicueta, p. 94.

[204]Mariño de Lovera, p. 231.

[205]Goicueta, p. 93.

[206]Mariño de Lovera, p. 139.

[207]Mariño de Lovera, p. 230.

[208]Goicueta, p. 94.

[209]Vivar, p. 161.

[210]Goicueta, p. 93.

[211]Goicueta, p. 93.

[212]Vivar, p. 47.

[213]Vivar, p. 47.
[214]Mariño de Lovera, p. 230.
[215]Vivar, p. 159.
[216]Mariño de Lovera, p. 229.
[217]Mariño de Lovera, p. 139.
[218]Góngora Marmolejo, p. 153.
[219]Rosales, I, p. 175.
[220]Rosales, I, p. 175.
[221]Rosales, I, p. 175.
[222]Mariño de Lovera, p. 140.
[223]Vivar, p. 160.
[224]Vivar, pp. 160 y 161.
[225]Vivar, p. 161.
[226]Vivar, p. 160.
[227]Vivar, p. 160.
[228]Vivar, p. 161.
[229]Vivar, p. 160.
[230]Vivar, p. 159.
[231]Vivar, p. 161.
[232]Vivar, p. 160.

III

LOS MONTAÑESES RECOLECTORES DEL PEHUEN Y CAZADORES DE GUANACO

> *...vinieron a subir a lo más alto de la cordillera nevada de donde descubrieron unas llanadas muy extensas... Y para ver todo esto más de cerca se fueron bajando hacia la mar del norte por la tierra llana; donde hallaron muchas poblaciones de indios, de diferentes talles y aspectos que los demás de Chile...* (Mariño de Lovera, p. 268).

Los antiguos modos de vida perduraron, en las regiones andinas, en los tiempos históricos de la dominación española, desde la latitud de Santiago hasta la isla grande de Tierra del Fuego.

Grupos indígenas se mantenían de la recolección del piñón y de la caza del guanaco u otros animales silvestres, a una y otra banda de la cordillera.

Se distribuían de norte a sur en los siguientes grupos étnicos: *Chiquillanes, Pehuenches, Puelches, Poyas, Caucahues* y *Onas.*

Chiquillanes

Los *Chiquillanes* merodeaban en la banda oriental de la Cordillera[1]. En el mapa de América del Sur de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla figura este nombre entre los 34 y 35 grados de latitud sur.

Gómez de Vidaurre los califica como la tribu "...más bárbara de todas las chilenas..."[2]. Señala que su idioma era muy corrupto y gutural.

Modos de vida

Molina relaciona el escaso desarrollo cultural y la baja densidad de población: "...es cosa cierta que el estado de vida selvática es tanto menos propicia a la población cuanto es más rústica...".

Merodeaban por la cordillera, buscando raíces silvestres y cazando guanacos.

Vivían semidesnudos, escasamente cubiertos de una piel y adornados con pinturas faciales.

Señala el abate que han sido erradamente catalogados como una parcialidad de los indios de los pinares[3].

Pehuenches

Al sur de los *chiquillanes* vivían los *Pehuenches.* Se extendían desde Chillán hasta el volcán Lonquimay. En el siglo XVIII, alcanzó este grupo, según Pietas, hasta la región del lago Nahuel Huapi[4].

Alimentación

Su alimento principal era el *pehuén.*

Mariño de Lovera señala "...es tan grande el número que hay de estos árboles en todos aquellos sotos y bosques que basta a dar suficiente provisión a toda aquella gente, que es innumerable, tanto que de ello hacen el pan, el vino, y los guisados..."[5].

Completa la información el cronista, diciendo: "Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen grandes silos hechos debajo de la tierra, donde guardan los piñones habiendo encima de la tierra en que están escondidos muy anchas acequias de agua, para que ellos no puedan engendrar, porque a no haber

agua encima, luego brota haciendo nueva sementera, y quedando ellos corrompidos"[6].

Puelches

Los *Puelches* merodeaban al sur de los *Pehuenches.*

Habitat

Su dieta alimenticia estaba complementada con carne de guanaco.

Mariño de Lovera menciona encuentros con soldados españoles a orillas del lago Riñihue[7], y en el valle de Mague[8], posiblemente sea Malihe, al oriente del lago Calafquén.

En el siglo XVII estaban ubicados, según Rosales, en la otra banda de la cordillera. Posiblemente emigraron por la presión militar española.

En el mapa de Cano y Olmedilla figura el gentilicio Puelches meridionales, entre los paralelos 39 y 40, y al oriente de la cordillera.

Demografía

Vivar señala su escasa densidad de población. Cada parcialidad o grupo no sobrepasaba los veinte o treinta indios[9].

Nomadismo

Un cronista del siglo XVIII destaca su nomadismo: "...no tienen parte efectiva donde vivir, porque mientras hay caza están en una parte, y en faltando mudan sus tolderías a otra y de esta suerte andan como gitanos..."[10].

Caza

La región cordillerana donde habitaban les procuraba "...muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras..."[11].

Bebidas

Hacían una bebida alcohólica con "...una fruta menuda que llaman muchi y la dan unos arbolitos pequeños: es muy fuerte y olorosa..."[12].

Armas

Vivar señala que usaban arcos y flechas.

Mariño de Lovera proporciona datos sobre uso de veneno en las puntas de sus dardos: "...llovían gran fuerza de flechas enarboladas con una yerba tan ponzoñosa que mataba dentro de 24 horas irremediablemente con la cual murieron todos los heridos sino se atinara con el remedio que es echar sal en la herida..."[13].

Rosales suministra más información. Señala que el veneno lo obtenían de la raíz de unas matas que llamaban *Coliguai,* las cuales eran tan ponzoñosas que mataban cualquier animal que las comiese[14].

El misionero jesuita describe el uso de las boleadoras para la caza y la guerra: "Otros usan de unas bolas de piedra atadas con nervios, que tirándolas traban un caballo o un hombre que no se puede menear. Y de éstas se aprovechan mucho los puelches para la caza de animales y con ellas los atan de pies y manos y luego llegan y los cogen en el lazo"[15].

Utilizaban perros para cazar "...y cuando no son de provecho se los comen"[16].

Relaciones intertribales

Sus relaciones pacíficas o bélicas con otros pueblos eran inestables: "...no guardan la paz ni siguen la guerra, cuando se les antoja se matan unos a otros; matan Pehuenches y españoles si los topan, y otras veces son muy amigables..."[17].

Los propios *Pehuenches* los despreciaban: "...dicen por ellos Quimnolucho, que es decir, gente que no sabe..."[18].

Vestido y adornos

La vestimenta estaba confeccionada con cueros de guanaco, los cuales eran aderezados, cortados, y cosidos con nervios de animal. Hacían de estas pieles una manta "...tan grande como una sobremesa y se la ponían por capa o se la revuelven al cuerpo..."[19].

Rosales, quien concertó paces con los *Puelches,* hace la semblanza del cacique Mallopara: "Es indio de grande estatura, bien dispuesto; venía vestido de un pellón de tigre muy pintado, con su arco y flecha en la mano, su carcaj al hombro, en la cabeza un tocado de una red y un rollete de hilos de varios colores y

entre la red y el rollete entretejidas muchas flechas con punta de pedernal blanco y pluma de colores en el otro extremo"[20].

El tocado que se ponían en la cabeza pesaba, según Vivar, de media a una arroba[21].

Los acompañantes del cacique, cubierto de pellones de guanaco, tenían pintados sus rostros y sus cuerpos de diferentes colores[22].

Pietas señala respecto a estos adornos: "...acostumbran pintarse las caras, así hombres como mujeres con varios colores, sin dejar frente ojos ni mejillas, con lo cual se ponen feísimos"[23].

Vivienda

La vivienda puelche no experimentó cambios en el siglo XVII. La descripción que hace Rosales coincide con la narración de Vivar.

El misionero jesuita señala que vivían en comunidad "...porque tienen sus casas juntas y forman sus calles..."[24].

Armaban el toldo con suma facilidad de varas y pellejos de guanaco. Al mudarse, trasladaban a otra parte sus palos y coberturas, de acuerdo a las necesidades de la caza[25].

En el siglo XVIII confeccionaban tiendas de campaña de cueros de yegua "...muy pintadas y bien cosidas con nervios..."[26].

Intercambios de productos

Practicaban el trueque para adquirir productos agrícolas de las gentes de los valles: "Estos bajan a los llanos a contratar con la gente de ellos en cierto tiempo del año porque señalado este tiempo, que es por febrero hasta en fin de marzo que están derretidas las nieves y pueden salir, que es el fin del verano en esta tierra, porque por abril entra el invierno y por eso se vuelven en fin de marzo, rescatan con esa gente de los llanos. Cada parcialidad sale al valle que cae donde tienen sus conocidos y amigos y huélganse este tiempo con ellos y traen de aquellas mantas que llaman *llunques;* y también traen plumas de avestruces, y de que se vuelven llevan maíz y comidas de los tratos que tienen"[27].

Robos

Incursionaban a las comarcas vecinas para robar: "Son temidos de esta otra gente porque ciento de ellos juntos de los Puelches correrán toda la tierra sin que de estos otros les haya ningún enojo porque, antes que viniesen los españoles solían abajar ciento y cincuenta de ellos y les robaban y se volvían a sus tierras libres..."[28].

Moral sexual

En su vida familiar señala Pietas una extraña costumbre: "...también son como los indios de la tierra, en ser la hacienda más apreciable para ellos las mujeres y los hijos, y son éstos tan bárbaros y codiciosos, que si compra uno una mujer y ve que no tiene hijos en ella con que desquitarlo lo que le ha costado, solicita otro indio que ve tiene muchos hijos, y por buen engendrador lo alquila y le paga para que le haga hijos en su mujer..."[29].

Sacrificio de animales

Vivar informa sobre sacrificios rituales de animales: "Los corderos que toman vivos sacrifican encima de una piedra que ellos tiene situado y señalado. Deguéllanlos encima y la untan con la sangre y hacen cierta ceremonia y a esta piedra adoran"[30].

Cabría hacer algunas preguntas para interpretar el texto. ¿A quién estaba dirigida la ofrenda de sangre? ¿Podría conceptuarse la piedra como un altar para los sacrificios? ¿Era realmente adorada la piedra, o algún ser sobrenatural equivalente al *Pillán* de los *Mapuches?*

Posiblemente lo que señaló el cronista sea un ritual orientado a un culto.

Los *Puelches* permanecieron en la otra banda de la Cordillera con escasa comunicación con los cristianos.

Alocución de un cacique

Rosales reproduce el discurso del citado cacique Mallopara, quien al buscar justificarse ante los españoles de algunas acusaciones, destaca la marginalidad de su pueblo: "...porque nuestras tierras por ser tan cálidas que el sol con ardientes rayos las abraza, no dan frutos ninguno en los árboles, ni producen las semillas, que avarientas se las guardan, o estériles las consumen. Y así nos vemos obligado a sustentar la vida paciendo yerbas o ovando raíces, y cuando este sustento nos falta, nos hacemos de la banda de las fieras, y vestidos de su naturaleza y de sus pieles, como yo ando vestido con esta piel de tigre con el arco y la flecha, nos sustentamos cazando animales, y a costa de su sangre y de su sustancia sustentamos la vida y alimentamos nuestra sustancia, imitando a la fieras, al león y al tigre, que como fieras más poderosas se sustentan a costa de la sangre del humilde cordero y de el animal más tímido. No se han levantado jamás nuestros pensamientos a más que los de una bestia y de una fiera, que es de sustentar la vida... y así nunca hemos hecho guerra, ni pretendido amplificar nuestro señorío, ni aumentar nuestras haciendas. Las que tenemos las llevamos siempre con nosotros; nuestra habitación es el campo, nuestra vivienda unas casas de pellejos o unas cuevas.

Sólo en la razón nos mejoró la naturaleza a las bestias y a las fieras, y esa nos ha contenido para no tener enemistades con nadie. Cuando los españoles poblaron antiguamente a Chile, aquí nos dejaron despreciándonos por pobres y motejándonos de inútiles. En este tiempo nosotros nos conservamos en nuestros humildes ejercicios: miramos los toros desde afuera, no tomamos las armas contra los españoles, ni se nos alzaron los pensamientos a hacerle guerra, así por no ser de nuestro natural el hacerla, como porque los mirábamos con respeto, como a viracochas o hijos del sol. Y todo el tiempo que los de por allá han estado haciendo la guerra a los españoles, nos hemos estado nosotros acá de esta banda de la cordillera en nuestras ocupaciones. No quiero más prueba de esto sino que tendáis la vista por toda la gente que ha concurrido a este parlamento, que es mucha y de diferentes lenguas. Mirad sus galas, sus arreos, que para esta que es la mayor fiesta que jamás han tenido, para el más solemne concurso, para el día de mayor regocijo, han traído todas sus joyas, todos sus arreos y todas sus galas. Ved si hay algún despojo de españoles, mirad si entre tantos soldados hay algunas armas de acero, algunas cotas, alguna espada, alguna lanza o arma de español, algunos arcos y flechas veréis no más para pelear con las fieras. Aquí están todas nuestras mujeres, mirad si hay alguna española; aquí han venido todos nuestros hijos, ved si alguno tiene mezcla de otra sangre; y pues aquí no hay despojos, armas, ni mujeres, ni sangre de españoles, buena prueba es que jamás les hemos hecho guerra, que no hemos tenido codicia de su hacienda ni derramado su sangre"[31].

La fuente chilena más fidedigna sobre los indios *Poyas* y *Caucahues* es Jerónimo Pietas. Distingue este autor entre los *Poyas* montañeses y los *Guilipoyas* del interior de la Patagonia.

Poyas y Guilipoyas

Señala su ubicación geográfica: "Los *Poyas* viven los más cercanos a los de Nahuelhuapi y entre ellos y los Guilipoyas ocupan desde el gran río que nosotros llamamos río de los Suárez y ellos Labquen Leubú, que quiere decir río mar, hasta la tierra de los Caucahues, que poco más o menos son cien leguas, y desde la cordillera todas las pampas hasta el mar del norte..."[32].

El río denominado *Labquen Leubú* corresponde al actual río Negro. "La tierra de los Caucahues" figura en el mapa de Cano y Olmedilla como "Cahuas

He", a la altura aproximadamente del golfo de Penas. El mar del norte es el Océano Atlántico.

De manera que el habitat de *Poyas* y *Guilipoyas,* según Pietas, sería al norte el lago Nahuel Huapi, al sur el golfo de Penas, al este el Océano Atlántico y al oeste la cordillera.

Recolección de vacunos

En el siglo XVIII los Poyas montañeses se mantenían con raíces silvestres con las que hacían una especie de harina. La carne de vaca reemplazó al guanaco. Los rebaños de ganado vacuno se habían extendido hasta el río Negro y las faldas orientales de la Cordillera.

Con cuero de bovino levantaban sus tiendas.

Utilizaban para cruzar los ríos odres inflados, de guanaco.

Embarcaciones

Luto

En señal de luto se sajaban los brazos con cuchillos de piedras.

Poliandria

Hay una referencia de Gómez de Vidaurre de que practicaban la poliandria: "Entre ellos la poligamia es diversa, porque las mujeres toman por lo menos dos hombres por maridos"[33].

Los *Poyas* diferían de los *Puelches* "...así en la lengua como en la fisonomía y natural, porque son algo pequeños"[34].

Caucahues

Los *Caucahues* habitaban "...más adelante entre las cordilleras y las playas del golfillo de los Evangelistas..."[35].

Este habitat se extendía desde el golfo de Penas hasta los 52 grados y medio aproximadamente.

Armas

En las misma fuentes se señala "...no se le entiende su idioma; son muy forzudos y muy osados: no muestran tener pavor a los tiros de arcabuz, ni se esconden de ellos; sus armas son unas varas gruesas de madera muy fuerte, y muy pesada, que acá llamamos luma, de seis varas de largo, aguzadas y tostadas por la punta: éstas las tiran como garrochas"[36].

Onas

Los *Onas* de la isla grande de Tierra del Fuego han sido descritos por el navegante español, Juan Ladrillero, al salir la nave capitana al océano Atlántico, cruzando el Estrecho de Magallanes: "La gente que hallé en esta boca de este Estrecho a la parte de la mar del Norte, es gente soberbia y son grandes de cuerpos así los hombres como las mujeres, y de grandes fuerzas los hombres y las mujeres bastas de los rostros. Los hombres andan desnudos, traen por capas pellejo de guanaco sobado, la lana para adentro hacia el cuerpo, y sus armas son arcos y flechas de pedernal y palos a manera de macanas, y tienen por costumbre untarse con una tierra blanca como cal la cara y el cuerpo. El traje de las mujeres es sus vestiduras de los pellejos de los guanacos y de ovejas, sobados, la lana para adentro y poniéndolos a la manera de las indias del Cuzco, los pellejos asidos con correas por encima de los hombros, atados por la cintura, y los brazos de fuera y que les llegan abajo de las rodillas. Traen zapatos del mismo cuero que les cubre hasta encima de los tobillos, llenos de pajas por dentro, por temor del frío y andan untados con aquella cal como los hombres. Y a lo que entendí no tienen asiento. Están cerca de la costa del Estrecho. Es poca gente, a que entendí. Sus casas son que hincan unas varas en el suelo y ponen pellejos de guanacos y de ovejas y de venados, y hacen reparo para el viento y por dentro ponen paja porque esté caliente y donde se echan y se sientan por estar más abrigados"[37].

El viajero inglés Carlos Darwin, en 1832, atravesó a bordo del "Beagle" el Estrecho de Le Maire, que separa Tierra del Fuego de la isla de los Estados.

La nave ancló en la bahía del Exito o del Buen Suceso.

Persistencia de los modos de vida

Los indígenas que vivían en la Isla Grande no habían experimentado cambios fundamentales desde la época de Juan Ladrillero.

Las capas de guanaco, los adornos de pluma, las pinturas faciales continuaban estando en plena vigencia.

Apreciaciones valorativas

Los juicios del naturalista son excesivamente personales y severos, pareciendo olvidar el factor ecológico: "...los innobles y asquerosos salvajes de que hemos visto en la Tierra del Fuego..."[38].

Sin embargo, alcanzó a tener, en el transcurso del viaje, una mejor comprensión del fueguino, pese a la pobreza de sus recursos materiales: "Por más que el australiano sea superior al fueguense bajo el punto de vista de los progresos realizados, no se sigue de aquí de modo alguno que le sea tan superior en capacidad mental. Me atrevo a creer, por el contrario, después de lo que he visto de los fueguenses a bordo del "Beagle" y de lo que he leído acerca de los australianos, que se acerca más a la verdad la opinión opuesta"[39].

Elementos culturales europeos

En un lapso de 274 años, que separan el viaje de Ladrillero al de Darwin, el indígena había entrado en comunicación, algo distanciada, con navegantes españoles y extranjeros.

Un Ona pidió al viajero una "cuchilla", empleando el vocablo español[40]. Conocían el efecto de las armas de fuego y "por nada del mundo querían tocar un fusil"[41].

Habitat y cultura

Los modos de vida del indígena pedestre de Tierra del Fuego estuvieron indudablemente limitados por su escenario físico.

En la cueva de Fell, ubicada en la provincia de Magallanes, a través de sus cinco capas ocupacionales, se puede seguir la evolución de los instrumentos de piedra y hueso, en un lapso de más de 10.000 años.

El progreso tecnológico en un período tan largo fue escaso.

El rigor del medio geográfico impuso una dura economía de subsistencia, la cual impidió una división y especialización en el trabajo.

Al no tener otra posibilidad que desarrollar una técnica rudimentaria, su dependencia al habitat se mantuvo por milenios[42].

NOTAS

[1]Gómez de Vidaurre, p. 300.
[2]Gómez de Vidaurre, p. 300.
[3]Molina, p. 265.
[4]Pietas, p. 499.
[5]Mariño de Lovera, p. 268.
[6]Mariño de Lovera, p. 268.
[7]Mariño de Lovera, p. 369.
[8]Mariño de Lovera, p. 356.
[9]Vivar, p. 136.
[10]Pietas, p. 500.
[11]Vivar, p. 136.
[12]Pietas, p. 501.
[13]Mariño de Lovera, pp. 364 y 365.
[14]Rosales, I, p. 119.
[15]Rosales, I, p. 119.
[16]Góngora Marmolejo, p. 133.
[17]Pietas, p. 501.
[18]Pietas, p. 500.
[19]Vivar, p. 137.
[20]Rosales, III, p. 436.
[21]Vivar, p. 137. La arroba equivale a 11,5 kilogramos.
[22]Rosales, III, p. 436.
[23]Pietas, p. 501.
[24]Rosales, I, p. 151.
[25]Rosales, I, p. 151.
[26]Pietas, p. 501.
[27]Vivar, p. 137.
[28]Vivar, p. 137.
[29]Pietas, p. 501.
[30]Vivar, p. 137. Por corderos hay que entender guanacos.
[31]Rosales, III, p. 437.
[32]Pietas, p. 502.

[33]Gómez de Vidaurre, p. 301.
[34]Pietas, p. 501.
[35]Pietas, p. 504.
[36]Pietas, p. 504.
[37]Ladrillero, III, pp. 498 y 499.
[38]Darwin, I, p. 315.
[39]Darwin, I, p. 316.
[40]Darwin, I, p. 348.
[41]Darwin, I, p. 316.
[42]Darwin, I, p. 313.

IV

LOS RIBEREÑOS:
PESCADORES Y RECOLECTORES DE MARISCOS

> *...vimos ir nadando los indios por mar adentro que no poca admiración nos fue ver el frío que sufrían porque el agua salada se helaba cuajándose...* (Goicueta, p. 85).

Changos

Las poblaciones indígenas que merodeaban por la costa septentrional y central de Chile, obteniendo su alimento del mar, son conocidas en la bibliografía antropológica bajo la denominación de *Changos.*

Este gentilicio no sirve para individualizar a un pueblo lingüística y culturalmente diferenciado.

Es una clasificación de tipo social. Algunas poblaciones del litoral al quedar marginadas en los procesos de cambios operados en los valles nortinos continuaron con sus antiguas faenas de pesca.

Su elemento más característico era la balsa de cuero de lobo marino. Todavía se encuentran hoy personas que saben hacerla siguiendo las pautas de una antigua tradición.

Según el arqueólogo chileno Jorge Iribarren el origen de esta embarcación posiblemente se remonte a los tiempos de la Cultura del Anzuelo de Concha, unos 4.200 años a C.[1].

Balsas de cuero

Jerónimo de Vivar narra minuciosamente la arcaica técnica para la confección de las balsas.

Se fabricaban con cuatro cueros de lobo marino, pues eran dos "piernas" u odres los que se requerían.

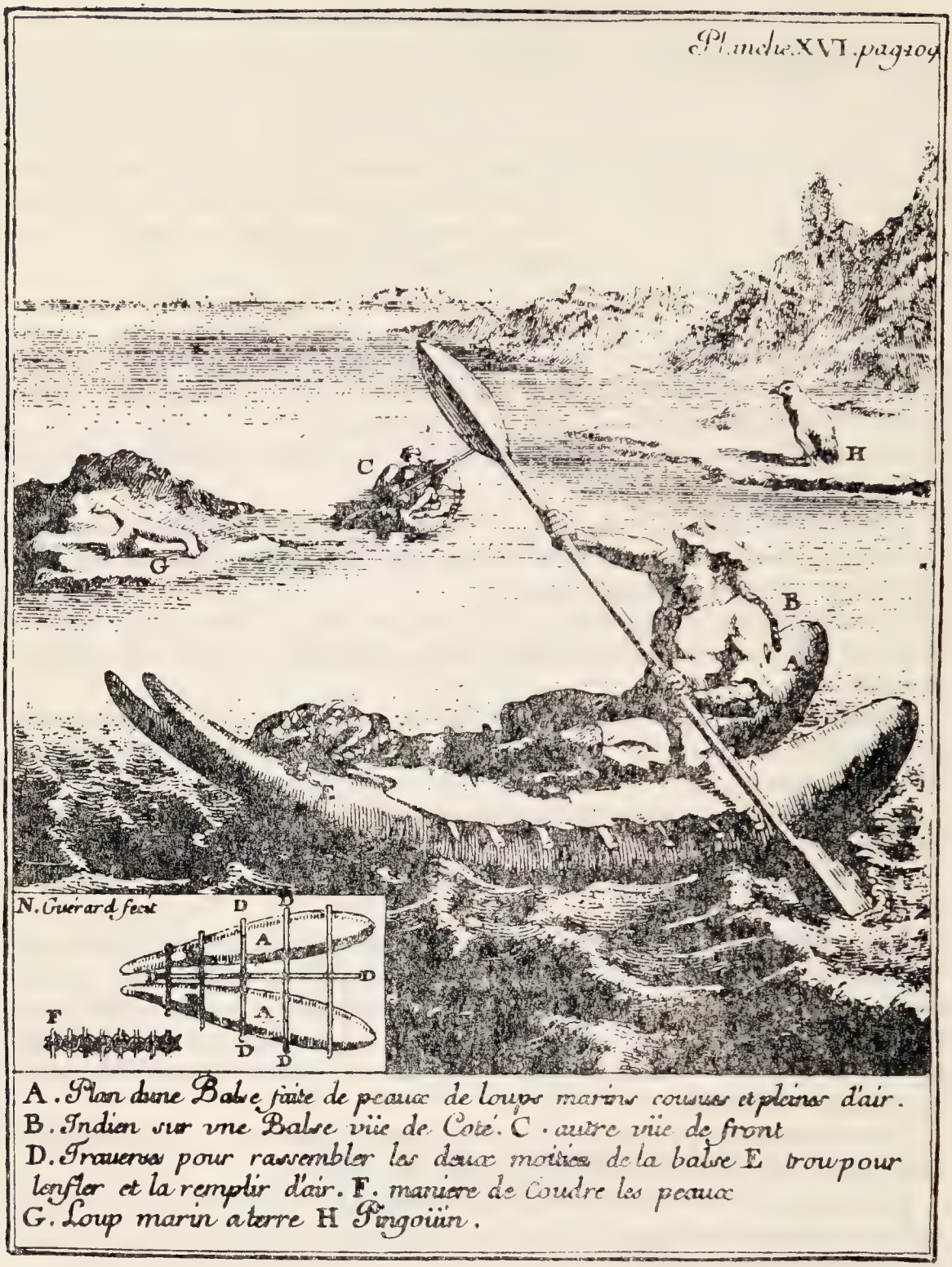
Para confeccionar el primer odre doblaban un pellejo, teniendo cuidado de que fuera parejo con el otro cuero, y cosían ambos transversalmente, con una doble costura. Para unir estas pieles las atravesaban con "...muchas púas juntas de espinas de cardones...", y dejaban solamente sus puntas para amarrarlas con nervios de llamas o vicuñas. Señala el cronista que "...iban ligados de tal suerte que jamás se desligan".

Para formar la proa y la popa cosían en ambos extremos "... otros dos pequeños cueros a manera de capilla de capuz con su punta...".

Calafateaban o breaban los pellejos por dentro con un betún. Los ingredientes que entraban en la mezcla eran sangre del propio lobo marino, resina de cardones y barro bermejo.

Para poder inflar el odre le cosían una tripa de lobo marino, al que estaba en el otro extremo atado el hueso de una ave: una "canilla de alcatraz". Antes de llenarlo de aire confeccionaban la otra "pierna". Amarraban los dos odres y colocaban encima tabletas del largo y ancho de la nave y ligada a la misma. Luego soplaban por el hueso y la tripa hasta que "...viendo que no cabe más aire y de que no hay necesidad de soplar más, tuerce la tripa y echa el navío a la mar fácilmente y sube encima con gran tiento".

Como remo utilizaban una "pala como canaleta" y "va tan recio este navío o balsa con lo que lleva dentro como si le dieran vela".



Bolsas de lobo marino de los indios Changos (Frezier, *Relation du voyage de la Mer du Sud...*, 1716).

Para mantener inflada la embarcación al navegar, tenía el marinero, de tanto en tanto, que soplar por el canuto y la tripa[2].

Pesca

Se valían para pescar en la costa del Norte Chico de un arpón de hueso "...a la manera de un tridente con lengüetas..."[3]. En Arica ponían al instrumento una púa de cobre[4]. Al extremo de la fisga estaba amarrado una soga o cordel de cuero.

Alonso Ovalle describe cómo pescaban el atún en Copiapó y Coquimbo. Arponeaban al pez y le daban soga, siguiéndolo con la balsa. Desangrado el animal, y sin fuerza, al recoger el indio su cordel, acercaba su presa moribunda y la arrojaba a la nave[5].

Vásquez de Espinosa señala que también pescaban congrios, tollos, lisas, dorados, armados, bagres, jureles y pulpos.

Pero la caza más peligrosa era la ballena.

Relata el misionero cómo mataban al mamífero acuático en Arica: "Entonces que la ha acechado el indio cuando duerme, en que está diestro, llega en la balsilla de lobo, en que va para valerse de ella sin que la pueda perder, y se llega donde la ballena duerme: y le dan un arponazo debajo del ala [aleta] donde tiene el corazón, e instantáneamente se deja caer al agua, por escaparse del golpe de la ballena; que en viéndose herida se embravece dando grandes bramidos, y golpes en el agua, que la arroja muy alta con la furia y cólera que le causa el dolor, y luego tira bramando hacia la mar hasta que se siente cansada, y mortal; en el ínterin el indio vuelve a cobrar su balsilla, y se viene a tierra a ojear, y atalayar adonde viene a morir a la costa, y así está en centinela hasta que la ve pasar. Adonde va luego toda aquella parcialidad, y parentela que ha estado con cuidado a la mirar, juntos todos los amigos y vecinos para el convite la abren por un costado, donde están comiendo unos dentro, y otros fuera, seis y a ocho días hasta que de hedor no pueden estar allí"[6].

Sus recipientes de lobo marino eran llenados con lonjas de ballena. Estas se derretían por el calor del sol y se convertían en aceite, que constituía su bebida ordinaria.

División del trabaj

Tenían estos pescadores una primaria división del trabajo: "...cada género de pescador mata el género de pescado a que se aficiona y no otro"[7].

Los indígenas que mataban lobos marinos se especializaban en confeccionar las balsas. Estas embarcaciones les servían para uso propio y para intercambiarlos por otros bienes de consumo[8].

Ajuar funerario

Creían que en la otra vida proseguirían con sus faenas pesqueras: "...y cuando mueren mandan que encima de su sepultura pongan las calaveras y todos los instrumentos de pesca, así redes como arponcillos y anzuelos sin lengüetas..."[9].

Amadeo Frezier vio, en el siglo XVIII, a pescadores de Valparaíso y Concón utilizar las balsas de cuero de lobo[10].

Modos de vida

El viajero francés, Alcides D'Orbigny, en el primer tercio del siglo XIX, describe cómo vivían, en esa época, los pescadores nortinos. Calcula que su número no sobrepasaría las mil almas. Vivían dispersos por el litoral. Para hacer su habitación clavaban cuatro estacas en la tierra y le ponían encima pieles de lobos y algas marinas, formando una especie de techo. La familia se acostaba en el interior del toldo sobre algas secas o cueros de carnero. Procuraban su alimento del mar como sus antepasados. Además tenían, en ese entonces, el monopolio del contrabando comercial de la costa y servían de guía a los viajeros por los desiertos que separaban el litoral de los primeros puntos habitados del interior.

Por influencia de pueblos vecinos habían aprendido el arte textil y usaban canastas cónicas para llevar sus provisiones. Estos recipientes estaban "...formados con seis palos unidos en la base y retenidos a la mitad de su altura por un tejido homogéneo". Las mujeres llevaban las canastas a la usanza peruana. Las sostenían con una cincha que llevaban en la frente y las apoyaban en las espaldas. En el interior del cesto portaban las provisiones y las criaturas"[11].

En 1858 Rodulfo Philippi recorrió el litoral del desierto de Atacama.

Disminución de lobos marinos

En esos años el número de lobos marinos que vivían en la costa era escaso. Sufrieron una disminución repentina a mediados de siglo, provocando un grave problema al indígena.

Calculaba el naturalista que el número de indios que poblaba la ribera no sobrepasaba a quinientos.

Consecuencias

Los modos de vida habían sufrido cambios. Los hombres se dedicaban a la pesca con sus balsas o al trabajo minero. En invierno cazaban guanacos porque no podían salir a la mar. Las mujeres apacentaban cabras, moviéndose con sus hatos de un lugar a otro, en busca de pasto y agua[12].

Los pescadores australes ocupaban la mitad sur de la isla de Chiloé hasta el canal de Beagle.

Conchales

Los conchales ubicados en distintas zonas de este extenso litoral evidencian una antigua posesión del territorio, la cual data posiblemente de algunos milenios. En la región del canal de Beagle, tanto en la costa de Tierra del Fuego como en la isla de Navarino, los conchales son numerosos y alcanzan a veces hasta tres metros de profundidad[13].

Hay evidencias, por el material encontrado, en la ribera fueguina del citado canal, que hubo contactos entre los cazadores de la isla grande de Tierra del Fuego y los pescadores australes[14].

En la relación del capitán Cook, quien visitó esta misma zona en el siglo XVIII, se muestra patente la continuidad histórica de los contactos entre *Yaganes* y *Onas*.

Los tres pueblos que habitaban en los archipiélagos y los canales estaban diferenciados, lingüística y culturalmente, de la restante población indígena.

Chonos

Los *Chonos* vivían en la zona comprendida entre los 43° y los 48° de latitud sur.

Las dos principales fuentes históricas de esta etnia son Goicueta y Pietas. Rosales también proporciona algunos datos sobre este pueblo.

Habitat

El escribano de la expedición de Ladrillero describe el habitat donde moraban: "...es toda la tierra horadada cuya costa es toda islas, grandes, montuosas hasta la cumbre de los cerros y es fondable y de muchos puertos buenos y limpios..."[15].

Modos de vida

Proporciona datos acerca de la vida material de los indígenas de los archipiélagos: "En esta tierra habitan unos indios marinos que traen unas canoas de tres tablas en la manera que son las de los coronados..., sus armas, son las lanzas, macanas, puñales de hueso y piedras, su vestir es de lana de unos perros pequeños lanudos que crían, su comer es marisco y pescado cual toman con anzuelos hechos de palo y redes de hilo hechos de corteza de unos árboles que llaman quantu de que también hacen mantas, su habitación es en las canoas donde traen sus hijos y mujeres con las cuales andan comiendo lo dicho de isla en isla..."[16].

Además de hacer sus redes y mantas de corteza de árbol, confeccionaban sus

recipientes del mismo material. Señala Rosales: "De estas cortezas hacen tinajas para guardar la comida y ollas para cocer el pescado y marisco, de que de ordinario se sustentan por habitar en islas del mar, mudándose de unas en otras con sus casas conforme se acaba el marisco o se huye el pescado. Y porque no parezca novedad decir que cuecen el pescado con ollas de corteza, digo que como estos indios no hallan en las islas del mar barro, para hacer olla, la necesidad que es ingeniosa, les enseña a hacerlas de corteza de árboles y a cocer en ellas cuanto quieren. Y el modo es calentando muchas piedras al fuego y echándolas en la olla hasta que hierva el agua y se cuece el pescado"[17].

Pietas suministra una información bastante completa sobre los indios *Chonos* a comienzos del siglo XVIII.

Destaca las diferencias somáticas y culturales de estos indígenas con otros grupos étnicos.

Adaptación al medio

Estaban bien adaptados a su medio: "...son como peces en el agua, en particular las indias, que se están medio día en el centro del mar cogiendo y buscando mariscos de concha que están entre las piedras en el profundo, y muchas veces cargadas con hijillo de pecho a las espaldas...".

Alimentación

Se alimentaban de los productos del mar: "...su comida, todo género de peces y mariscos, lobos y aves de las marinas, hacen cecina de ballena, de peces espadas, lobos y otros peces carnudos...".

El cambio, en la dieta alimenticia, les era dañino: "...viven pocos años los que comen nuestras comidas...".

Sus instrumentos eran de piedra: "...sus herramientas son de pedernal, hachas, azuelas, y escoplos y cuchillos".

Relaciones con los españoles

Señala el cronista su conducta ante los pobladores blancos: "...no son tan osados como los de otras naciones, pues aunque vienen con sus piraguas a las islas pobladas de españoles y hacen algunas hostilidades, es a islas que saben que hay poca gente hacen el daño que pueden, y a toda prisa se vuelven...".

Los españoles comenzaron a trasladarlos a islas desiertas del archipiélago de Chiloé: "Después que yo me vine a Chiloé, supe que habían reducido algunas familias, y que estaban pobladas en una isla que estaba desierta junto a Calbuco".

Lengua

Estos indígenas no hablaban araucano, que era la lengua de los *Cuncos* de *Chiloé*.

Aprendían fácilmente la lengua española[18].

Alacalufes

Al sur de los *Chonos* vivían los *Alacalufes*. Ocupaban la porción del litoral que iba desde el Golfo de Peñas, mal llamado Penas, hasta las islas al oeste de Tierra del Fuego.

Vida material

Al bordear la expedición de Ladrillero la península de Taitao y penetrar en el Golfo vieron a los indios canoeros: "La gente de esta bahía es bien dispuesta y de buen arte. Tienen barbas los hombres, no muy largas. Sus vestiduras son unos pellejos de lobos marinos y de venados, atados por el pescuezo que les llegan a las rodillas, así los hombres como las mujeres. Traen unos dardiles mal hechos y dagas de hueso de ballena de palmo y medio y de dos palmos. No tienen asiento en ninguna parte. Andan en canoa de cáscaras de árboles y de unas partes en otras. Comen carne de lobos marinos y de unos peces y animales cruda, y marisco.

No tienen ollas ni otras vasijas, ni comen sal ni saben que cosa es. Traen

en las canoas unas varas delgadas y donde quiera que llegan arman su casa y se reparan del agua y de la nieve de invierno, que suele caer mucha"[19].

Embarcaciones

Goicueta describe sus embarcaciones: "Sus canoas son hechas de corteza de árbol tan gruesa como un dedo la cual cosen una con otra y hacen una canoa de buena forma empero son tan tiernas que si el hombre entra dentro como no sabe la maña la rompe y se anega luego con las cuales canoas andan de isla en isla comiendo marisco con sus mujeres e hijos"[20].

Rosales refiriéndose a las canoas de los *Alacalufes* señala: "... son de cortezas de árboles cosidas con nervios de ballena, unas sobre otras y enmalladas a modo de conchas"[21].

Vestido

En el paralelo 52 Ladrillero describe a los indígenas de la zona: "La gente de esta tierra es bien dispuesta, los hombres y las mujeres pequeños... Sus vestiduras son de cuero de venados, atados por el cuello que les cubren hasta bajo las rodillas. Traen sus vergüenzas de fuera, así los hombres, como las mujeres. Comen la carne cruda y el marisco, y si alguna vez lo asan es muy poco y cuando lo calientan. No tienen casas ni poblaciones, tienen canoas de cáscaras de cipreses y de otros árboles. En ellas traen sus mujeres e hijos, y con unas varas delgadas y cáscaras de árboles que traen en sus canoas, donde quiera que llegan hacen un rancho pequeño donde se abrigan del agua y nieve. No les vimos armas,..."[22].

Adaptación

Como los *Chonos,* estaban adaptados a su ambiente. Los españoles se asombraban de verlos ir "...nadando como peces..." en aguas heladas[23].

Yaganes

El habitat de los *Yaganes* o *Yámanas* era el más austral del Continente. Ocupaban los canales al sur del Beagle, islas Hoste, Navarino y archipiélago del Cabo de Hornos.

Los viajeros extranjeros, en sus viajes alrededor del mundo, en los siglos XVIII y XIX, recogieron valiosos datos sobre estos indígenas.

El navegante francés Luis Antonio Bougainville desembarcó, en enero de 1768, en la costa oriental de Tierra del Fuego (53°40'41").

Al año siguiente, en el mismo mes, el capitán inglés, Jaime Cook, cruzó el estrecho de Le Maire y recorrió la costa occidental fueguina hasta el canal de Beagle. Prosiguió su viaje, doblando por el Cabo de Hornos.

En su segundo viaje, de 1774, el famoso marino visitó la zona hoy día denominada bahía Cook, en reconocimiento al ilustre navegante. En su época se denominaba canal de Navidad, ubicado entre el archipiélago Londonderry y las islas Christmas, típica región de los *Yaganes.*

Carlos Darwin, en 1832, siguió el mismo itinerario del capitán Cook, en su primer viaje. El "Beagle" ancló en la bahía del Exito, en el extremo sudoriental de Tierra del Fuego, y el naturalista británico pudo recorrer la zona.

Alimentación

Los *Yaganes* se alimentaban de moluscos, peces, huevos de mar, bayas y setas. A veces conseguían matar una foca, o descubrir los restos semipodridos de una ballena.

El capitán Cook describe el procedimiento empleado por las mujeres para recolectar mariscos. Esperaban que bajara la marea y con un palo puntiagudo y dentado desprendían los moluscos de las rocas. Los recogían en una cesta y después vaciaban el canasto en una bolsa, o saco[24]. Los huevos de mar los reunían sumergiéndose en aguas poco profundas. Este alimento era apreciado.

Darwin relata un dramático episodio, testificado por el capitán John Byron:

Un padre estrelló contra las rocas a su pequeño hijo por haber derramado un cesto que contenía huevos de mar[25].

Vestido

La vestimenta indígena en la zona del estrecho de Le Maire, se reducía a una piel de guanaco o de foca echada sobre los hombros. Envolvían sus pies con un trozo del mismo cuero, cerrándolo como una bolsa debajo del tobillo.

Las mujeres usaban un pequeño delantal o mandil que les cubría el pubis. La manta o capa de cuero se la ceñían a la cintura con una correa[26].

En el área propiamente yámana del canal de Navidad no tenían pellejos de guanaco para abrigarse. El capitán Cook sólo vio un hombre que tenía cosido en su piel de foca un retazo de cuero de auquénido.

Los pellejos de buey marino solamente les cubrían los hombros, dejando al descubierto la parte inferior del cuerpo[27].

Adornos

Como a otros pueblos primitivos, les agradaba adornarse.

Señala el marino inglés "tienen ellas un gran deseo de parecer bellas".

Se pintaban el rostro con tres colores. Alrededor de los ojos de blanco, y el resto de la cara con líneas horizontales rojas y negras.

Usaban brazaletes de cuentas hechas de huesos de pájaro. Las mujeres los llevaban ceñidos a la muñeca y al tobillo. Los hombres solamente en la muñeca[28].

En la bahía de Cook las indias se engalanaban con collares de conchas suspendidos del cuello por un cordón de cuero[29]. Cubrían su cabeza con una especie de gorro formado de grandes plumas blancas de los pájaros de la zona.

Instrumentos

Confeccionaban sus instrumentos con los materiales que les ofrecía la naturaleza: madera, piedra, hueso.

Hacían arcos y flechas de madera bien pulida. La cuerda del arco consistía en una tripa de animal.

Las puntas líticas de las flechas estaban talladas "con bastante arte"[30].

Cook ya registra, en su primer viaje, puntas hechas de vidrio[31]. El empleo de material de procedencia europea por el indígena data, por lo menos, del siglo XVIII.

Los arpones consistían en un largo mango de madera, algo menos de tres metros (10 pies) de longitud, de forma angular[32]. La punta de hueso de pez que se agregaba al mango, cuando se deseaba, estaba aguzada por un extremo y dentado o barbado en uno de los lados[33].

Recipientes

Los recipientes se reducían a un canasto o cesto de junco, a un saco o bolsa de cuero, y a una vejiga de cualquier animal para contener el agua[34].

Tenían lazos confeccionados con barba de ballena[35].

Bougainville señala que disponían de perros en la costa oriental de Tierra del Fuego[36]. Posiblemente los utilizarían para cazar.

Mercadería europea

El marino inglés observó, entre sus cosas, productos de procedencia europea: anillos, botones, paños, telas, cuentas de vidrio[37].

El navegante francés narra la dramática muerte de un joven indígena, quien estando a bordo de la nave francesa "Estrella" ingirió unos trozos de cristal que le habían obsequiado[38].

Los viajeros cuentan la atracción que sentía el indígena por el color rojo. Especialmente por retazos de tela colorada. Las jóvenes se adornaban con estas cintas su cabello. También codiciaban los vidrios azules[39].

En cambio no mostraban ningún interés a la vista de los navíos, o de los

complicados objetos náuticos. Bougainville señala "tratan las obras maestras de la industria humana como las leyes de la naturaleza y sus fenómenos"[40].

Tampoco mostraban sorpresa por las armas de fuego. Parecían tener idea de su poder por experiencias anteriores. El capitán Cook señala que un indígena pidió, por señas, a un marinero disparase su trabuco contra una foca[41].

Embarcaciones

El marino inglés hace observaciones interesantes sobre sus canoas o piraguas.

En el Cabo de Hornos seguían a la nave capitana pequeñas piraguas para tres hombres. En otras embarcaciones más grandes tenían cabida seis y siete tripulantes.

Una de ellas tenía izada una vela "que se elevaba más de seis pies por encima de la borda, formando una especie de toldo cuando la lluvia empezó a caer". Otra canoa llevaba un velamen parecido a la vela cuadrada inglesa[42].

El famoso navegante vio en su segundo viaje, al cruzar el canal de Navidad, piraguas, llevando fuego a bordo. Supone el marino que podría servir para iluminar la costa al desembarcar.

Estas canoas estaban hechas de corteza de árbol. Pequeñas estacas servían para mantener la curvatura de la cáscara. Califica el navegante de "malas" para maniobrar sus pagayas o remos[43].

Tanto Bougainville como Cook se quejaban del olor insoportable a aceite que emanaban de sus instrumentos, ropa, y hasta del propio cuerpo del indígena.

Vivienda

La vivienda de los *Yámanas* se reducía, según relata el marino inglés, a estacas clavadas a tierra e inclinadas en su extremidad superior, formando una especie de cúpula o colmena. Estaba recubierta por el lado que soplaba el viento con ramas y por hierba. Tenía una abertura para dar salida al humo"[44].

La aldea indígena que visitó al capitán Cook en la zona del estrecho de Le Maire estaba ubicada en una colina cubierta de árboles. Contaba con una docena de chozas. El número de habitantes no sobrepasaba a cincuenta[45].

Vida social

El navegante británico califica a este grupo de horda errante. Por este motivo levantaban un refugio que durase poco tiempo[46].

Darwin proporciona otros datos sobre su vida social: "...no tienen gobierno, ni jefe, y están rodeados por otras tribus hostiles que hablan dialectos distintos. están separadas unas de otras por un territorio neutral que permanece desierto; la principal causa de sus guerras perpetuas parece ser la dificultad que experimentan para proporcionarse alimentos. Todo el país no es más que una enorme masa de rocas abruptas, de colinas elevadas, de inútiles bosques, envueltos en brumas perpetuas y atormentados por tempestades incesantes. Para encontrar alimento han de errar constantemente de playa en playa, y es tan escarpada la costa, que no pueden cambiar de domicilio sino mediante sus miserables canoas"[47].

La bigamia estaba generalizada en la sociedad yámana[48].

Tenían pautas bien establecidas sobre intercambio de productos y el respeto mutuo.

Señala el naturalista inglés: "Daba yo a un hombre un clavo grueso, regalo muy apreciable en este país, sin pedirle nada en cambio, y él escogía inmediatamente dos peces que me enviaba en el pico de su lanza. Si un presente destinado a una canoa caía cerca de otra, se le entregaba en el acto a su legítimo poseedor"[49].

Los bienes eran compartidos.

Acostumbraban enterrar a sus muertos en cavernas o en el interior de los bosques[50]. *Entierros*

Su lengua se caracterizaba, según el capitán Cook, por los sonidos guturales[51]. *Lengua*

NOTAS

[1]Iribarren, II, pp. 206 y 207.
[2]Vivar, pp. 10 a 12.
[3]Ovalle, p. 63.
[4]Vásquez de Espinoza, p. 619.
[5]Ovalle, p. 63.
[6]Vásquez de Espinoza, p. 619.
[7]Vivar, p. 12.
[8]Vivar, pp. 10 y 11.
[9]Vivar, p. 12.
[10]Frezier, p. 109.
[11]D'Orbigny, pp. 136 a 138.
[12]Philippi, p. 36.
[13]Mostny, p. 31.
[14]Mostny, p. 32.
[15]Goicueta, p. 95.
[16]Goicueta, p. 96.
[17]Rosales, I, p. 151.
[18]Pietas, pp. 503 y 504.
[19]Ladrillero, p. 473.
[20]Goicueta, p. 97.
[21]Rosales, I, p. 175.
[22]Ladrillero, pp. 484 y 485.
[23]Goicueta, p. 85.
[24]Cook (1774), II, p. 284.
[25]Darwin, I, p. 327.
[26]Cook (1774), II, p. 283.
[27]Cook (1778), IV, p. 34.
[28]Cook (1774), II, p. 283.
[29]Cook (1778), p. 34.
[30]Bougainville, I, p. 198.
[31]Cook (1774), II, p. 282.
[32]Cook (1778), IV, p. 35.
[33]Bougainville, I, p. 198.
[34]Cook (1774), II, p. 282.
[35]Bougainville, I, p. 198.
[36]Bougainville, I, p. 198.
[37]Cook (1774), II, p. 285.
[38]Bougainville, I, p. 198.
[39]Darwin, I, p. 345.
[40]Bougainville, I, p. 197.
[41]Cook (1774), II, p. 285.
[42]Cook (1774), II, p. 309.
[43]Cook (1778), IV, p. 36.
[44]Cook (1774), II, p. 282.
[45]Cook (1774), II, p. 282.
[46]Cook (1774), II, p. 285.
[47]Darwin, I, p. 327.
[48]Darwin, I, p. 345.
[49]Darwin, I, p. 345.
[50]Darwin, I, p. 325.
[51]Cook (1774), II, p. 283.

V

HISPANIZACION Y FRONTERA INTERIOR

Las indias que sirven a los españoles y viven en las ciudades... están muy españolizadas en el lenguaje y en el hábito... (Rosales, 1674, I, p. 159).

De esta muerte del Gobernador que sucedió por diciembre el año de mil y quinientos y noventa y ocho, resultó la rebelión general, principio de las mayores pérdidas que españoles han tenido en Chile... (González de Nájera, p. 64).

I

La población aborigen del Reino de Chile, ubicada al norte del río Bío-Bío, constituyó una minoría étnico-social, fácilmente asimilable, en la nueva sociedad en formación.

Demografía

La densidad de la población indígena disminuyó en más de dos siglos y medio de dominación española.

En la jurisdicción de Santiago, en el valle de Mapocho, se cuenta con algunas cifras de distinta época, que testifican este proceso. A mediados del siglo XVI, Vivar señala: "Cuando los españoles entraron en esta tierra había más de XXV mil indios y no han quedado en los términos de esta ciudad ni a ellos sirven sino es 9 mil indios..."[1].

En 1775 don Cosme Bueno proporciona más información: "Por lo que mira a habitantes, se han aumentado mucho en esta ciudad y su jurisdicción. En la visita general que en 1613 hizo el oidor Hernando Machado, por orden del marqués de Montes Claros, se hallaron 1.000 españoles, 717 españolas, 8.600 indios entre libres, yanaconas y esclavos, 300 negros en la ciudad, que con lo restante de la chusma, apenas llegaba a 12.000 almas. Los indios se han disminuido sumamente; hoy llegan a cerca de 30.000 entre españoles y todas las castas, edades y sexos, entre los cuales hay muchas familias ilustres y algunas descendientes de los primeros conquistadores"[2].

La cifra de ocho mil seiscientos indígenas estaría muy cerca a los nueve mil aborígenes que señala Vivar. No habrían experimentado una notoria disminución.

Sin embargo, los mestizos, denominados por el cronista "lo restante de la chusma", ya sobrepasaban al indígena.

En el último tercio del siglo XVIII el ritmo de crecimiento de la población española y mestiza, y la disminución del indígena, acentuaban las diferencias numéricas, como hace notar el cosmógrafo mayor del Virreinato del Perú.

Españolización

La sociedad que se constituyó al norte del Bío-Bío tendió a la homogeneidad por la hispanización del mestizo y del indígena.

Ya en el siglo XVII las diferencias, en su aspecto exterior y modos de comportamiento, entre españoles, mestizos e indígenas, tendían a borrarse.

Los cronistas de la época registran la rápida asimilación del aborigen.

Alonso Ovalle señala: "...de manera que los mestizos, que son los hijos de español y de india, no hay otra señal para distinguirlos del puro español, hijo

de español y española, sino en el pelo, en todo lo demás no hay diferencia alguna, ni en las facciones del rostro, ni en el talle y brío, ni en el modo de hablar, ni en la pronunciación; y esto no sólo en los mestizos sino también en los mismos indios de aquella tierra, los cuales cuando se crían entre nosotros, cortan tan bien la lengua española, que ni en la frase ni en el modo de pronunciar, ni en los dejos se reconoce diferencia alguna..."[3].

Rosales describe la vestimenta españolizada de los indígenas: "Los indios que viven en las ciudades pobladas de españoles se visten de paño o de estameña al modo de los españoles, y andan calzados y con sombrero, particularmente los que han aprendido algún oficio con que se puedan bandear y vestir, que los demás que sirven de jayanes andan descalzos de pie y pierna y los brazos desnudos, unos con sombrero, otros con montera y otros con sólo el atadero de la cabellera"[4]. Las indias "...traen cubiertos los brazos con las mangas de la camisa y calzados los pies, y usan de mantellinas y faldellines..."[5].

Destaca el jesuita que las indias eran muy piadosas: "...y en la frecuencia de los Sacramentos y ejercicios píos y devotos son muy semejantes a las españolas"[6]. En el confesionario, señala Ovalle, al no poder verse la mujer que entraba a confesarse, no se distinguía, por su modo de hablar, si era española o indígena[7].

Gómez Vidaurre, en el último tercio del siglo XVIII, señala las causas de la disminución de la población indígena, y de su asimilación a los patrones culturales hispánicos: "Si se han visto como desaparecen los *copiapinos,* los *coquimbanos,* los *quillotanos,* los *mapochinos,* los *promaucaes,* los *curis,* los *cauques,* los *pencones,* esto es, los indios en todo lo que presentemente ocupan los españoles, ha sido, o que se han incorporado por sus vencedores por mutuos matrimonios, o porque, perdido el dominio de sus tierras y mal contentos con la sujeción en que los ponía la jurisdicción española y los preceptos de la religión cristiana, se han retirado al distrito de sus compatriotas que defendían su libertad...

Esta disminución tiene también, a mi juicio, otra causa muy evidente, que no es fierro y crueldad de los conquistadores. Esta está en las viruelas que ha introducido la Europa en estas partes. Esta enfermedad no conocida en la América hasta entrados los europeos en ella, hacen en los indios tan grande estrago, que se puede afirmar sin miedo de arriesgar la verdad, que de cien naturales atacados de ella, apenas sale bien uno...

Los pocos naturales que quedan de las sobredichas provincias viven juntos con sus conquistadores, observando una misma religión, esto es, la católica, a influjos y cuidados de aquellos y bajo las leyes de la monarquía..."[8].

II

El fenómeno social que se operó al sur del Bío-Bío fue completamente diferente. La sociedad mapuche estuvo sometida a una presión militar y económica. A raíz del levantamiento general de 1553 se intentó doblegar al indígena por todos los medios.

Guerra de conquista

Un capitán de la conquista, Alonso de Góngora Marmolejo, señala que la campaña de Pedro de Villagra, en 1556, en Imperial, fue sumamente dura y cruel.

Se utilizó en la operación "...perros valientes cebados en indios...". Sólo en una isla, ubicada en una laguna del repartimiento de Pedro de Olmos de Agui-

lera, vecinos de Imperial llegaron a matar o ahogar durante la expedición punitiva a diez mil mapuches.

La guerra tuvo también alcance económico. Según el mismo cronista, al quemarse las *rucas,* se destruían las semillas que allí se guardaban. Con las pocas simientes que restaban los indígenas no se atrevían a sembrar, temiendo ser sorprendidos por los conquistadores. El hambre y la peste se difundieron por la zona afectada por la guerra, y la población comenzó a disminuir sensiblemente[9].

Las exigencias de trabajo del encomendero exasperaban al aborigen. En Real Cédula del 27 de mayo de 1582, el monarca español, Felipe II, ordenaba al obispo de la Imperial que velase con solicitud por el buen tratamiento del indígena para evitar los suicidios colectivos: "...muchos se ahorcan y otros se dejan morir sin comer, y otros toman yerbas venenosas, y hay madres que matan a sus hijos en pariéndolos diciendo que lo hacen por librarlos de los trabajos que ellos padecen; y que han concebido los dichos indios muy grande odio al nombre cristiano..."[10].

Levantamiento de 1598

Sin embargo, la situación económica y militar del indígena mejoró al producirse el segundo levantamiento general de 1598, al sorprender y dar muerte al gobernador español, Martín García Oñez de Loyola.

Las ciudades de Valdivia, Imperial, Osorno, Villarrica, Santa Cruz, e Infantes de Angol, fueron asoladas. Mataron más de tres mil españoles y llevaron prisioneros a sus tierras alrededor de quinientas mujeres y mucha cantidad de niños[11].

Cautivos

Las crónicas de la época proporcionan información sobre la suerte de los cautivos.

Los niños españoles por influencia del medio social asimilaban la lengua y costumbres indígenas.

González de Nájera narra un dramático episodio: "...entre las españolas rescatadas que traían los indios a nuestro campo, venían algunas niñas, hijas de padres españoles, que la mayoría no pasaban de doce años, tan blancas, rubias y hermosas, que ponía maravilla al verlas, las cuales sólo sabían hablar la lengua de los indios, como si fuera su materna; y como no estaban acostumbrados a conocer otra gente que los indios, cuando se volvían a sus tierras los que las habían traído, se querían volver con ellos, extrañando a los españoles de manera, que quedaban llorando..."[12].

La situación de las mujeres españolas, en territorio indígena, era conflictivo. Aun al concertar su rescate y liberación "...no querían venir delante de los nuestros por verse preñadas, escogiendo por mejor partido el quedarse condenadas a perpetua esclavitud, antes que padecer tal vergüenza a ojos de su marido y de todo el campo...". Otras cautivas tenían hijos pequeños de los indios. Sus amos no permitían canjearlas.

Las mujeres liberadas presentaban un mísero aspecto. Habían sufrido los agobiadores trabajos de la mujer indígena: hacer fuego, guisar la comida, acarrear agua del río, cargar leña, guardar ganado, cavar la tierra, moler maíz. Esta última faena, al no estar acostumbradas, les provocaba mutilaciones: "...he visto algunas que han salido del cautiverio mancas por las muñecas de las manos, sin poderlas jugar..."[13]. Además tenían que soportar los agravios y celos de las esposas de los indios.

Algunos cautivos tenían un alto *status* social entre los *Mapuches.*

Rosales cita el caso del capitán Francisco de Almendras, quien cayó prisionero, siendo mozo. Vivió cuarenta años entre los indígenas, antes de ser liberado por las paces de Quillín. Tuvo varias mujeres y numerosos hijos. Parte de su descendencia mestiza no le quiso seguir en los rescates por estar casada y emparentada a la usanza indígena. Gozó de gran reputación y prestigio, ejerciendo el oficio de herrero[14].

El jesuita menciona otro ejemplo. Un cautivo, don Pedro de Soto, viviendo entre los *Mapuches,* casó con una española noble, doña Ana de Santander, quien se hallaba en la misma situación. Tuvieron muchos hijos legítimos "...blancos y rubios, sin saber la lengua española ni tener más que algunas luces confusas de las cosas de Dios..."[15].

Un desertor de los tercios de Arauco, Gaspar Alvarez, ejerció entre los indígenas, por muchos años, la profesión de sombrerero. Ganó estima y reputación. Como sabía leer y escribir, los caciques lo empleaban para concertar los tratos con los cristianos. Fue perdonado por el Marqués de Baides y regresó al campamento español[16].

Es conocida, en la literatura colonial, la buena suerte del capitán Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, mientras estuvo cautivo. Fue tratado y agasajado como huésped. El prestigio de su padre y simpatía personal influyeron en la acogida que le dispensaron los caciques.

Difusión de elementos culturales hispánicos

La guerra de la frontera, a comienzos del siglo XVII, empezó a inclinarse a favor del indígena.

De la zona devastada se proveyeron de gran número de caballos y de armas de hierro. Llegaron a aventajar varias veces las caballadas que disponían los españoles[17].

Resultaron también favorecidos por la deserción de algunos soldados españoles, mestizos y mulatos, cuyo consejo, como señala un cronista, los hacía "más soldados, más animosos y de más gobierno"[18].

Consiguieron defender mejor sus cosechas de las campeadas de los españoles. Se reemplazó, en gran parte, el cultivo del maíz por los del trigo y cebada, que maduraban más temprano. Los conquistadores tenían que esperar para incursionar en territorio enemigo que creciese la cebada, en sus campos, para alimentar sus cabalgaduras durante la campaña. Cuando podían salir ya el indio había segado y guardado sus cosechas en lugares ocultos del bosque, fracasando así la expedición punitiva[19].

El hambre cundía en el campamento castellano. La caballería araucana destruía por la noche sus sementeras. Los soldados hambreados proporcionaban secretamente armas a los indígenas que merodeaban los campamentos, a cambio de comida.

Estos suministros llegaban a tal extremo que el capitán González de Nájera señala: "...puedo afirmar como testigo de vista, que aún en los cuerpos de guardia no están seguros los hierros en las picas, ni las manillas y llaves de los arcabuces y mosquetes, porque las mismas centinelas que se ponen a las armas, quitan de noche lo que he dicho para darlo a los indios"[20].

Mestizaje

La generación mestiza que surgió del segundo levantamiento, presionada por el ambiente, exteriorizaba con más vigor los patrones de conducta del guerrero indígena.

Aparentemente no se diferenciaban del aborigen: "...como se han criado entre los indios, sin enseñanza de la fe, han bebido sus costumbres sin diferen-

ciarse de ellos en nada, ni saber palabra de la lengua española; y de esto no me maravillo, porque como sus madres no tienen con quién hablar en su lengua castellana, sino alguna vez con algún cautivo, no han tenido ocasión los hijos de aprenderla"[21].

Las influencias de las madres eran escasas y no lograban contrapesar las aspiraciones de alcanzar prestigio guerrero: "...y si tal vez podían enseñarles algo, era un poco y tan mal digerido, que se les olvidaba, particularmente cuando era ya tiempo de ejercitarse en las armas, que entonces todo su cuidado era señalarse en ellas, como cosa tan estimada entre los indios y así han salido tan grandes soldados que después acá han sido lo que han dado más en qué entender al ejército español..."[22]. Sin embargo, el individuo ubicado en el *status* de mestizo estaba íntimamente marginado en la sociedad indígena.

Rosales señala el caso del poderoso y prestigiado cacique Chicaguala, hijo de un *Toqui* general y de una dama española de elevada alcurnia, quien revela, en las palabras pronunciadas con motivo de las paces de Quillin, la posición conflictiva del mestizo: "Pero lo que antes era entre nosotros baldón el llamarnos a los mestizos españoles, ahora será para mi de grande honra y para ellos de envidia, pues me he recobrado a mi querida nación, de los indios tan aborrecida, que la mayor afrenta que nos decían a los mestizos era decirnos que éramos españoles"[23]. Este calificativo de "español" era para el mapuche sinónimo de perro.

Para evitar este menoscabo a su persona, el mestizo acentuaba los modos de comportamiento valorizados en su medio social. Surgieron, entre ellos, excelentes conductores. El propio cacique Chicaguala, pese a sus ardientes deseos de conciliar los dos pueblos, actuó valerosamente en el tercer levantamiento indígena de 1655.

La guerra de frontera provocó la división entre los propios *Mapuches*. Al no constituir un estado centralizado los *toquis* tenían plena independencia para adoptar decisiones.

Indios amigos

Algunos caciques, e indios amigos, eran adictos a la causa española, en los siglos XVI y XVII. Guerreros indígenas engrosaban las filas del ejército castellano.

Rosales proporciona información sobre la organización militar de los llamados "indios de paz". Las propias milicias elegían por capitán "...a los que son más valientes y de mejor disposición...". Los solían denominar capitanejos. Su autoridad era débil, porque no se atrevían "a mandarlo con señorío, sino a su modo, por vía de ruego...". Si ordenaba imperiosamente el miliciano ofendido lo desafiaba a que demostrase su valor con la lanza. Para asegurar la disciplina militar de estas huestes había, oficiales españoles, conocedores de la lengua indígena. Se les denominaba capitanes de naciones, "...los cuales los gobiernan y sujetan con más potestad e imperio"[24].

En el ataque a Angol, en 1563, los indios de guerra trataban de persuadir a los aborígenes aliados a los españoles a que se pasasen a sus filas: "...pues todos eran unos y peleaban por la libertad de todos, que se pasasen a ellos y les favoreciesen contra aquellos perros cristianos...". Sin embargo, los indios amigos les acusaban "...que por robarles habían venido a su tierra codiciosos de sus haciendas"[25].

El Maestre de Campo, Alonso González de Nájera, destaca la necesidad de valerse de las milicias indígenas: "...tengo por imposible el poder conquistar aquel

reino toda la potencia de España, sin la ayuda que tenemos en aquellos naturales"[26].

El renombrado cacique Lientur sirvió en los tercios reales. Sufrió el agravio que le arrebatasen una de sus mujeres en el campamento español y "...de amigo se hizo enemigo con toda su ranchería"[27].

En la batalla de Petaco, ganada por el gobernador Francisco Lazo de la Vega, el 13 de enero de 1631, la vanguardia del ejército castellano estaba constituida de indios amigos mandados por capitanes españoles[28].

Los indios de Arauco y de la costa constituían las fuerzas auxiliares más adictas que contaban los conquistadores a mediados del siglo XVII.

Un cronista narra la participación de los naturales de las citadas zonas, a las órdenes de un capitán español, llamado Juan Catalán, en una maloca, emprendida en 1645, a la Cordillera, para castigar a los indios del cacique Guilipel, a los que tildaban de traidores. En esta campaña "cogieron los españoles cincuenta piezas, quemaron muchos ranchos e hicieron el daño que pudieron en los ganados"[29].

Al concertarse las paces de Quillin, y en presencia de Diego Rosales, habló el cacique Catumalo, del cual dice el jesuita que bajo su dirección y consejo se movía el ejército español.

El discurso que pronunció constituye una obra maestra de propaganda y persuasión.

Amonestó a los indios rebeldes por sostener una guerra que sólo les acarreaba males: "¿Qué habéis ganado con ella sino muertes, esclavitud, pérdidas de haciendas y destierro de vuestras tierras?...".

Destacó el poderío español: "...¿Cómo podéis acabar, siendo unos pobres indios, el imperio español que se extiende por toda la redondez del mundo y domina sobre todas las naciones, y de cuatro mil leguas que está el Rey de aquí, envía españoles, armas y socorro? Pretender vosotros acabarlo es pretender un imposible, como lo fuera el querer agotar las aguas de el mar, y en esta loca pretensión en lugar de irlos acabando a ellos os vais consumiendo vosotros".

Señaló los beneficios de un trato pacífico con los conquistadores y la guerra que se haría al indio rebelde: "Nosotros los araucanos, conociendo esto y experimentando el buen trato de los españoles que nos defienden, amparan y favorecen, y por ello vivimos en policía, justicia y urbanidad... y no desean de nosotros sino que seamos unos en la fe y religión, y con mucho gusto les dimos la paz y nunca nos hemos arrepentido, y viéndoos a vosotros tan protervos, tan apartados de la virtud, tan desviados de la razón y tan enemigos de vuestro sosiego y acrecentamiento y que tan a ciegas seguís vuestros errores, os hemos hecho cruda guerra (aunque somos todos de una sangre), aunándonos con los españoles por conocer que son superiores sus fuerzas, mejor su partido, más justa su causa..."[30].

Modos de comportamiento

Los *Mapuches* ubicados en uno u otro bando diferían muy poco en sus pautas de conducta.

El citado cacique Catumalo tenía diez y ocho mujeres. Los prisioneros de guerra eran sacrificados con el mismo ritual, ya fuere capturado, el guerrero, por indios amigos o de guerra. El padre Rosales proporciona detallada información sobre esta materia.

Intereses creados

La mantención de la guerra en el siglo XVII estaba vinculada a intereses económicos.

De parte de los españoles e indios amigos, las "malocas" les significaba coger "piezas", y servirse de esa mano de obra esclava, o venderla.

Los indios de guerra también la deseaban. Para los guerreros era el medio de conseguir renombre y fama, adquirir armas y caballos, robar ganado de las estancias, y capturar las mujeres españolas.

El cacique Butapichón, uno de los más enconados enemigos de los españoles, en el discurso que pronunció con motivo de las paces de Quillin, destacaba: "Con la guerra vive el soldado, con ella adquiere nombre y fama y con el pillaje hacienda, y a los que lo somos no nos estuviera mal la guerra, que como tus soldados la han apetecido los nuestros la han deseado..."[31].

Para el dominio español en América constituía "un talón de Aquiles" que una amplia zona del Reino de Chile fuese controlada por los *Mapuches* y *Huilliches*.

Holandeses en Arauco

Los enemigos de España en Europa, en el segundo tercio del siglo XVII, especialmente los holandeses, intentaron establecerse en territorio araucano.

Relata Rosales algunas confesiones de los cautivos capturados en la citada batalla de Petaco: "Declararon estos prisioneros que el intento con que venía la junta era acabar con los españoles, y que generalmente tenían asentado este trato con toda la tierra, y apoderados de todo el Reino, entregar los puertos a los holandeses y otros corsarios, con designio de que su Magestad no pudiese recuperarlos, porque los holandeses les habían prometido de librarlos de la opresión de los españoles y disponer el sacar oro de las minas de modo que ellos no trabajasen, porque traerían negros de Angola para todas las ocupaciones de trabajo y ellos se estarían en sus tierras comiendo y bebiendo y descansando..."[32].

Estas declaraciones movieron al gobernador de Chile, Francisco Lazo de Vega, a urgir al Virrey del Perú la repoblación de Valdivia, por ser el mejor puerto de la costa sureña, "...y a donde tenían puesta la mira todas las naciones enemigas de la corona de España"[33].

La presunción del ilustre militar se cumplió. Chiloé y Valdivia fueron ocupadas en 1643 por una escuadra holandesa al mando de Enrique Brouwer. Traían, en cuatro naves, 412 hombres de guerra y 200 marineros. La nave capitana contaba con 34 piezas de artillería, las restantes disponían de 24 piezas. Esperaban una quinta nave, la cual transportaba municiones y pertrechos para poblar. El jefe holandés falleció antes de ocupar Valdivia, le sucedió en el mando su sobrino Elías Herckmans.

Los expedicionarios traían tres mil lanzas y alfanjes para armar a los indios.

Solicitaron a los caciques la venta de tierras para poblar Valdivia. Les proponían marchar juntos, por tierra y mar, contra los españoles para echarlos "de Arauco y de la Concepción". Se confederaron con ellos "todos los indios de Valdivia, la Mariquina, Osorno y la Villarrica".

Aseguraban que venían para liberarlos de las opresiones de los españoles y vengarlos. Para sacar oro de las minas se valdrían de negros africanos.

El cacique Guenchúñanco de Toltén informó secretamente a un español, Gaspar Alvarez, que vivía entre los indios, lo que se tramaba.

Circulaba la flecha de guerra enviada por los caciques de Valdivia, en Toltén e Imperial. Los propios *toquis,* quienes habían dado la paz al marqués de Baides, vacilaban por qué lado inclinarse. La situación se agravaba por tener los españoles presos algunos caciques mapuches.

El resentimiento contra los conquistadores podría provocar la alianza de todas las comunidades araucanas con los corsarios holandeses, quienes "les habían prometido de echar de todo el Reino de Chile a sus enemigos los españoles".

La suerte favoreció la causa española.

La nave holandesa que transportaba municiones y pertrechos para poblar se perdió.

El marqués de Baides logró apaciguar a los *Mapuches,* liberando a los caciques presos.

Los indios de Valdivia procuraban precariamente alimentos a los invasores. El hambre y la indisciplina empezaban a cundir en la armada holandesa. Los propios indígenas tenían desconfianza de los "moros huincas" como los llamaban.

Herckmans sólo logró mantenerse en Valdivia tres meses. Temía que se le muriese de hambre toda la gente o se le huyese al enemigo. Se despidió, dando a los caciques "muchos dones y papeles, diciéndoles que los guardasen hasta que él volviese"[32].

La dura experiencia sirvió para que los españoles fortificaran y repoblaran Valdivia.

III

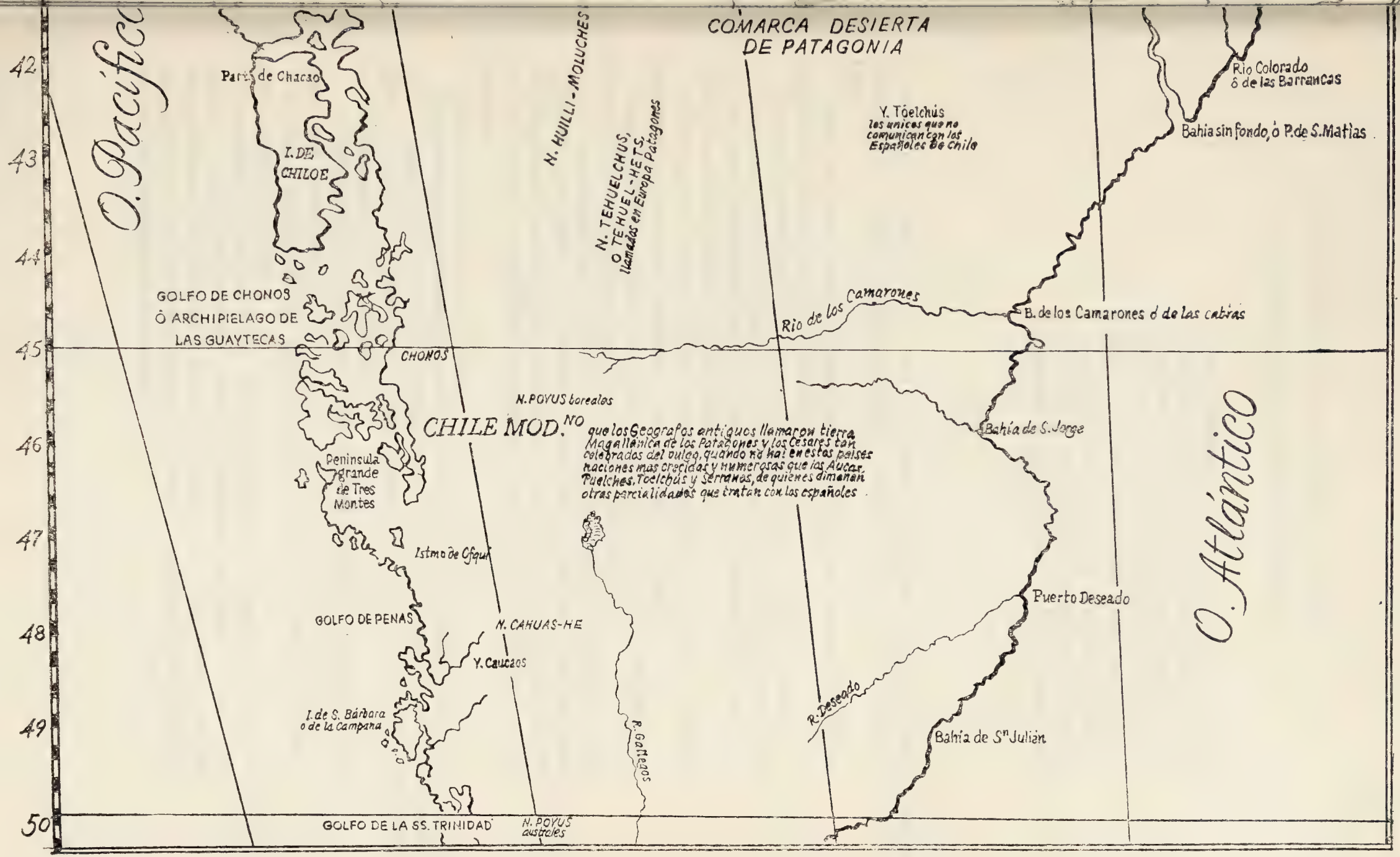
Conclusiones

Los modos de reaccionar de los pueblos agroalfareros de equivalente nivel cultural (picunches, mapuches, huilliches) ante el hecho de la conquista española destacan las distintas capacidades de asimilar o rechazar maneras de vida foráneas que presentaron las comunidades indígenas chilenas. Las denominaciones de los cronistas de "indios de la paz" o "indios de guerra" marcan la brecha que separaba las dos posiciones vitales.

NOTAS

[1]Vivar, p. 213.
[2]Cosme Bueno, p. 293.
[3]Ovalle, p. 117.
[4]Rosales, I, p. 158.
[5]Rosales, I, p. 159.
[6]Rosales, I, p. 159
[7]Ovalle, p. 117.
[8]Gómez de Vidaurre, p. 298.
[9]Góngora Marmolejo, pp. 56 y 57.
[10]Lizana, I, p. 42.
[11]González de Nájera, pp. 64 y 65.
[12]González de Nájera, p. 70.
[13]Ovalle, p. 281.
[14]Rosales, III, p. 188.
[15]Rosales, III, p. 175.
[16]Rosales, III, p. 176.
[17]González de Nájera, p. 107.
[18]González de Nájera, pp. 117 a 122.
[19]González de Nájera, p. 176.
[20]González de Nájera, p. 172.
[21]Ovalle, p. 284.
[22]Ovalle, p. 284.
[23]Rosales, III, p. 168.
[24]Rosales, III, p. 139.
[25]Góngora Marmolejo, p. 127.
[26]González de Nájera, p. 278.
[27]Rosales, III, p. 31.
[28]Rosales, III, p. 84.
[29]Rosales, III, p. 239.
[30]Rosales, III, p. 163.
[31]Rosales, III, p. 181.
[32]Rosales, III, p. 86.

32
33
34
35
36
37
38
39
40
Quillota
Valle de Aconcagua
P. de Valparayso
Valparayso
SANTIAGO
Rancagua
Mendoza
S. Fernando
Curicó
Talca
R. Maule
Chiquillanes
Chillán
R. Ytata
P. de la Concepción Boca y Tetas del R. Biobio
Isla de la Laxa
PEHUENCHES
El Descabezado
País que habitan Puelches, Pehuenches y Chiquillanes y tienen salida por el R. de Diamante
N. PICUNCHES
Lagunas de Guanacache
PCIA D CUYO
Y. Aucàs
S. Luis de La Punta
R. Quarto
CORDOVA
R. CHARRUAS
R. PARANA'
Ruta que sigue el Correo desde B. Ayres a Santiago de Chile por desp. de 300 leg.s
Camino poco frequentado por las Correrias de los Pampas
Pergamino
Villa de Lujan
Bue Ayr
Ys. Picunches y Pehuenches mezclados con Huiliches y Moluches todos descendientes de los Aucas. Los que juntos tambien con criollos y Mulatos forajidos tienen dos pueblos ignorados desde donde salen à talarlos desde las jurisdicciones de Cordova y Mendoza.
N. TALUET
N. AUCAS O AUCAES
tronco de los ant.s Araucanos
CHECHEHETS Antiguos
Camino de Pehuenches ó Picunches
Y. Dihuihets
N. PUELCHE, Ô TALUHET
Enemiga de la N. Aucàs
PAIS D LOS PAMPAS
que vienen a ser los Puelches divididos en Tuluhets y Dihuihets
Moya-Lec Leuvu, Desaguadero de Mendoza, ô R. Colorado
REYNO D CHILE
N. PEHUENCHE
R. y P. de la Imperial
Boroas
Tolten alto
Villarica
R. Tolten
Toltenbaxo
HUILLICHES
N. DIHUIHET
N. SERRANOS ó Cabeza de los Chechehets, Thehuelhets, ó Patagones y demas Naciones que corren hacia el Sur por el Centro del País.
Como-Leuvu, gran desaguadero ô R. de los Sauzes. Llamado en el Nuevo Mapa Ingles Cusu, Leuvu
Valdivia
Y. Puelches meridionales
Osorno



Bosquejo de la sección meridional del mapa de América del Sur de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, 1775

VI

ATRACCION DE LA PAMPA Y VIDA PASTORIL EN LA CORDILLERA

Ainsi l'introduction de deux animaux domestiques en Amérique a eu l'influence le plus marquée sur les moeurs de tous les peuples qui habitent depuis Santiago jusqu'au detroit de Magellan... et ils ont une ressemblance bien plus marquée avec les Tartares ou avec les habitant des bords de la mer Rouge, qu'avec leur ancêtres qui vivaient il y a deux siècles (La Pérouse, 1797, p. 67).

I

Vida pastoril

El conde de La Perouse, en su viaje alrededor del mundo, destaca la multiplicación de cabezas de ganado caballar, vacuno y lanar, entre los indios de Chile.

Señala que, en el transcurso de dos siglos, perdieron sus antiguas costumbres y cambiaron su alimentación y vestimenta.

Compara sus modos de vida a los árabes del desierto y a los tártaros.

Como estos pueblos nómades, cabalgaban sin cesar, algunas travesías de más de cien leguas, constituían para ellos viajes cortos. Se nutrían de la carne y la leche de las reses, y, algunas veces de su sangre.

Se cubrían con los cueros de los animales y confeccionaban con sus pellejos las viviendas y las armas defensivas (cascos, corazas y escudos) [1].

Las agudas observaciones del marino francés no pueden ser aplicadas en el mismo grado "desde Santiago hasta el estrecho de Magallanes".

Los *Pehuenches,* los *Puelches,* y los grupos de *Mapuches* que cruzaron la Cordillera y moraban en las planicies argentinas llevaban, sin duda, un estilo de vida nómade pastoril. Estos cambios se hicieron sentir en menor medida, entre los *Mapuches* y *Huilliches,* aún teniendo, para ellos, la ganadería suma importancia.

¿Cómo se produjeron estos cambios?

Los antiguos pueblos montañeses

Se señaló en un capítulo anterior que los *Pehuenches* vivían en la región de la Araucanía. Satisfacían sus necesidades con la recolección del *pehuén* y la carne de guanaco. Los cazadores *Puelches,* quienes vivían más al sur, adquirían su alimento vegetal de los *Araucanos.*

A la llegada de los españoles, ambos pueblos moraban en la banda occidental de la Cordillera.

Los conquistadores fueron desplazándolos, en parte, a la falda oriental para evitar sus depredaciones.

Riqueza ganadera de la Pampa

Las crónicas de los siglos xvii y xviii tratan sobre la abundancia de ganado vacuno y caballar en las vastas planicies argentinas. Los animales traídos por los españoles se habían reproducido de modo que "...no bastando la gente para pastorearlo y cuidar de ellos se han alzado muchos... y aumentándose de manera que cubren los campos en muchas partes"[2].

Parlamento del Presidente Ambrosio O'Higgins. (Claudio Gay, Album, lámina Nº 4)

Los indios moradores de la zona se alimentaban con la carne de yegua y despreciaban los vacunos. Asegurado el sustento alternaban pacíficamente con los españoles en las estancias.

A mediados del siglo XVII, los *Puelches* empezaron a intentar robar ganado a una y otra banda de la Cordillera.

Señala Rosales que, en 1645, los indios cordilleranos, al mando de los caciques Guilipel y Tinaquepu, asaltaron estancias en Chillán, capturando gran número de caballos en los potreros.

En ese mismo año el citado cacique Tinaquepu preparaba una "maloca" a los españoles de San Juan y Mendoza.

Supo, por un indio cordillerano, que los españoles trasandinos vivían "...muy descuidados de la guerra, sin armas y sin prevención". Ese indígena se ofrecía como guía. Había recorrido las provincias cuyanas, al huir desde Lima, donde fue trasladado en calidad de esclavo.

La incursión fracasó porque al ser informado el marqués de Baides, envió a Cuyo cien arcabuceros[3].

La atracción de los llanos

En el siglo XVIII ya estaba extendida la guerra de frontera a la pampa.

El naturalista español, Félix de Azara, proporciona interesantes datos de la manera que se fueron desplazando grupos de indios cordilleranos, araucanos y patagones a las planicies argentinas.

Los rebaños de "vacas salvajes" que poblaban las llanuras trasandinas, al no ser cazadas por los indios *Pampas* se multiplicaron en forma inusitada.

Se extendían por el sur hasta el río Negro, y por el oeste hasta Mendoza y la banda oriental del macizo andino.

Los indios cordilleranos empezaron a cazarlas para comerlas y para traficar sus carnes con los *Araucanos* y los propios españoles de Chile.

Al ir desapareciendo los rebaños, en la zona, se fueron concentrando en el centro de la pampa.

Ante la necesidad de seguirse procurando estos alimentos, los montañeses persiguieron las reses hasta las planicies donde habitaban los indios *Pampas,* entrando en comunicación con ellos. Posteriormente, grupos de *Mapuches* y *Huilliches,* por intereses análogos, siguieron el camino de los cordilleranos, invadiendo las llanuras. Algunas tribus patagónicas, ubicadas en el río Negro, fueron atraídas por la misma causa.

Al cabo de un tiempo fueron exterminadas las vacas cerriles de la región pampeana, y sólo quedaban las reses que pertenecían a los hacendados.

Los belicosos *Araucanos* para procurarse el ganado doméstico de las estancias, enseñaron a los *Pampas* el uso de sus armas, y los animaban a hacer la guerra a los españoles[4].

La movilidad adquirida por el caballo hizo que estas tribus de distinto origen se comunicasen entre ellos, librasen guerra y forjasen alianzas contra los blancos.

Mapa de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla

Si se examina detalladamente el mapa de América del Sur, confeccionado en el siglo XVIII, por Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, se comprende, a través de las leyendas ubicadas en el mismo, este proceso.

Estos letreros, leyéndolos, desde la Cordillera hacia el océano Atlántico, dicen así:

"País que habitan Puelches, Pehuenches y Chiquillanes y tienen salida por el río del Diamante".

El cartógrafo ubica esta región en las faldas orientales de la Cordillera, al este de Chillán, al sur del volcán Descabezado grande. Entre los 36° y 36 grados y medio de latitud sur.

Los tres pueblos cordilleranos ya no tenían en el siglo XVIII un habitat definido y diferenciado. En la citada zona deberían merodear pequeños grupos de estas etnias.

Al nordeste del citado "país", y al oriente del río Mendoza, figura otra leyenda todavía más explícita.

"Indios Picunches y Pehuenches mezclados con Huilliches y Moluches todos descendientes de los Aucás, los que juntos también con Criollos y Mulatos foragidos, tienen dos pueblos ignorados de donde salen a talar los de las jurisdicciones de Córdoba y Mendoza".

Conviene aclarar algunos vocablos. *Moluche* significa guerrero. *Aucás,* indios alzados o rebeldes. De manera que todas las etnias mencionadas corresponden a pueblos araucanos.

Los dos "Pueblos" citados deberían ser campamentos provisorios de fácil traslado para no ser descubiertos y castigados.

Al sudeste de esos campamentos en lo que es hoy la región del "monte", en la provincia de San Luis, se destaca la "Nación Aucás o Aucaes, tronco de los antiguos Araucanos". Este grupo, por su ubicación geográfica, correspondería a los indios *Ranqueles,* de origen araucano.

Al sur de la anterior, figura en el mapa una sugestiva leyenda: "Nación Puelche o Taluhet, enemiga de la Nación Aucás". Posiblemente, en la época de la confección del mapa, estarían en guerra los *Taluhet* con los *Mapuches.* Algunos investigadores interpretan que los *Taluhet* serían una parcialidad de los indios *Pampas,* y no de los *Puelches.*

Al este, en pleno centro de las planicies, se destaca el nombre "País de los Pampas".

Al sur de los indios de las llanuras vivían los *Serranos:* "Cabeza de los Chechehets, Thehuechets, que corren hacia el Sur por el centro del País". Están ubicados en el mapa entre los ríos Colorado y Negro, en la región donde más se acercan ambas corrientes fluviales.

Al sudeste de las Sierras de Tandil, en lo que es hoy provincia de Buenos Aires, figura el nombre "Nuestra Señora del Pilar de Indios Puelches".

Los *Chechehets* constituían el grupo más oriental de los *Puelches,* los *Thehuechets,* correspondían a los *Tehuelches* o Patagones meridionales. A estos grupos, especialmente a los *Puelches,* se les denominaban *Serranos,* quizás, por su ubicación geográfica.

A través de lo expuesto se puede comprender que un viajero inglés del siglo pasado, Guillermo Cox, al recorrer la Patagonia afirmase: "Es muy difícil hacer categorías separadas por razas de indios que viven desde la Cordillera hasta el Atlántico y desde los 35° de latitud hasta el cabo de Hornos". Como los indios son muy errantes y viven en la compañía de los caciques que más les agrada, la homogeneidad de la raza ha desaparecido"[5].

Conflictos intertribales

Las guerras intertribales solían ser frecuentes. Sánchez Labrador señala: "...todos ellos las tienen entre sí, no solamente una nación con otra, sino también una misma nación con los de ella misma; y un cacicazgo, o parcialidad, con otro"[6].

Para el jesuita las causas de esta guerra se reducían "...a vengar algún hurto

de caballos, que una Nación, o parcialidad hace a otra; también cuando algunos vuelven de las tierras de los españoles, con la presa, o botín, que traen hurtado, sálenles al encuentro otros, y pelean para quitarles lo que traen, y lograr todo lo que desean..."[7].

La vida nómade de los indios de los pinares creaba motivos para conflictos bélicos: "Como dueños de grandes rebaños, tienen que recorrer considerables distancias, a fin de hallar nuevos pastizales. Si tropiezan, ahora, con otra tribu dentro del territorio que estiman por tradición de su propiedad, estallan luego pendencias, que podrán transformarse pronto en una guerra general, llevada a cabo sin concierto previo acerca de su dirección"[8].

Sors atribuye a las "malocas o guerras que tienen unos con otros...", y a la mortalidad infantil, la disminución de la población indígena. Sin estos dos factores estaría "...la tierra dos veces más poblada de lo que hoy se ve..."[9].

El viajero inglés, Guillermo Cox, quien recorrió la Patagonia en 1862, narra algunas malocas entre distintas tribus.

Señala que unos cuarenta años atrás, los *Huilliches,* aprovechándose del caos provocado en el sur por la "guerra a muerte" fueron a maloquear a sus vecinos los *Pehuenches.* "En su retirada trajeron muchos caballos, y como prisioneros, muchas mujeres de los caciques". Pero se logró restablecer la paz y amistad entre ambos pueblos.

Algunos años después, los *Pehuenches* tuvieron que soportar otro ataque. Esta vez fueron los *Tehuelches,* quienes llegaron en gran número y "...les quitaron casi todas las mujeres...". Sin embargo, los indios de los pinares contaban con un buen amigo, un chileno llamado Ignacio Aguero.

Organizó éste una expedición con cincuenta *Huilliches,* provistos de armas de fuego. Atravesó la Cordillera y se unió a los *Pehuenches,* en la persecución a los indios patagones.

Después de veintiséis días de marcha hacia el sur, "...los alcanzaron, se batieron durante algunas horas y lograron arrebatarles las cautivas...".

Cox consiguió para viajar al país del *pehuen* una carta de recomendación de don Ignacio[10].

La frontera interior y la guerra

La guerra de frontera librada en las planicies argentinas o en los valles cordilleranos se caracterizó por la crudeza y terror desplegados por ambos bandos.

El jesuita inglés, Tomás Falkner, señala que en las guerras de frontera con los españoles de Buenos Aires, los *Moluches* actuaban como fuerzas auxiliares, y los jefes se elegían entre los *Puelches,* "porque son más baqueanos de la tierra". Por igual razón, en las guerras con los españoles de Chile, los jefes se seleccionaban entre los *Moluches*[11].

El citado viajero narra que, en 1740, se efectuaron matanzas de indios patagones al sur de la provincia de Buenos Aires, sin causa justificada.

Estas muertes provocaron un alzamiento indígena en ese año. Se aliaron tribus *Tehuelches, Huilliches* y *Pehuenches,* e invadieron el partido de Magdalena al sudeste de Buenos Aires: "...pillaron y talaron más de 12 leguas de lo más poblado y rico de esa región...".

El botín fue considerable: "...se llevaron gran número de cautivos, mujeres y niños, con más de 20.000 cabezas de ganado vacuno, sin contar los caballos...".

La noticia del malón al difundirse en Buenos Aires provocó terrible consternación: "...las iglesias y los conventos estaban atestados de gentes que allí se refugiaban, como si ya hubiese entrado el enemigo a la ciudad..."[12].

Relatos parecidos son frecuentes en las crónicas de los siglos XVIII y XIX.

El viajero alemán, Eduardo Poeppig, en su viaje a Chile, entre los años 1826-1829, narra un episodio que le tocó presenciar en Antuco.

Un grupo de indios de los pinares, anteriormente aliados, desertaron disgustados con las autoridades.

Antes de darse a la fuga robaron una partida de caballos.

Fueron perseguidos inútilmente por los campesinos. Estos solamente lograron alcanzar a dos mujeres indígenas, cerca del volcán de Antuco, quienes habían quedado regazadas. Allí mismo fueron masacradas por el jefe del grupo.

Comenta el naturalista: "Aun cuando la mayoría de los vecinos reprobó vivamente el hecho y el asesino fue destituido más tarde, lo ocurrido fue olvidado pronto y tenido como un episodio normal en la guerra con los indios"[13].

Este modo de actuar provenía de un odio mutuo, originado por una secular guerra de frontera.

El mismo viajero narra lo que significaba para el campesino un ataque pehuenche:

"Saben ajustar sus correrías en el sentido de llegar de noche al lugar fronterizo destinado a ser aniquilado. Apenas aclara el día, se precipitan con un espantoso chivateo y sin orden alguna sobre la aldea indefensa, y la furiosa horda se reparte con tanta rapidez por sus calles, que los habitantes disponen pocas veces del tiempo necesario para huir. Son verdaderamente pavorosas las escenas de barbarie y destrucción que se inician a continuación. Cuanto representa algún valor será robado, el resto será destruido; los rebaños serán arriados, y los excedentes de ellos, muertos. Los varones y los muchachos adolescentes son asesinados sin misericordia; perdonan la vida a las mujeres de edad, después de maltratarlas cruelmente; las muchachas y las mujeres jóvenes son raptadas y, condenadas a vivir con los vencedores, tienen poca esperanza de volver a su patria. El epílogo consiste en el incendio de los pobres ranchos, y entre las llamas y sobre las muestras sangrientas de los asesinatos se vuelven a alejar con gran celeridad el terrible tropel. Menos de dos horas son suficientes para iniciar y terminar estas escenas"[14].

Frontera interior y comercio

La frontera no significó solamente guerra sino también comercio, intercambio de productos.

Estos trueques lo practicaban los propios indígenas entre sí, y con los españoles.

Los *Pehuenches* y *Tehuelches* pese a su odio mutuo mantenían relaciones comerciales. Los indios de la Patagonia proveían a los montañeses, cueros para toldos, plumas, potros sin domar, a cambio de tejidos, ponchos, aguardiente o ron valdiviano.

Este cambio de mercaderías fue observado por viajeros ingleses, quienes recorrieron la zona, entre los años 1860 a 1870[15].

Los *Puelches* compraban a los colonos de Buenos Aires, en el siglo XVIII, aguardiente, a cambio de ponchos y mantas. Estas prendas las adquirían, a su vez, de los *Mapuches* y *Pehuenches,* para poder mantener así el comercio con los españoles[16].

Algunas veces lo que traficaban los indígenas con los blancos había sido producto del saqueo.

El capitán Vicente Carvallo Goyeneche señala que el botín recogido en las expediciones a las planicies argentinas era vendido a los propios españoles de

la frontera de Chile, pese a las cláusulas concertadas en los diferentes parlamentos.

En ellas se disponían castigos a los que hostilizasen los establecimientos españoles de las "pampas de Buenos Aires".

Estas clásulas eran meros formulismos.

Los indios cordilleranos vendían, y, algunas veces, hasta "en presencia de las mismas justicias", los caballos y otras mercaderías que traían de sus malones[17].

El comercio, desde Antuco, entre españoles y *Pehuenches,* tuvo importancia en el último tercio del siglo XVIII y primeros decenios del XIX.

Se dirigían mensualmente al interior de los Andes tres o cuatro caravanas con algunos centenares de mulas cargadas de mercaderías para intercambiar sus productos con los indígenas.

A cambio de la sal y ganado que entregaban a los comerciantes, recibían trigo y maíz y numerosos artículos de ferretería. "Por vino y tabaco pagaban cualquier precio, y a pesar de la estricta prohibición y de exponerse el transgresor inclusive a la excomunión, se exportaba bebidas alcohólicas, armas y pólvora..."[18].

Señala un viajero inglés, en 1871, los puntos de vista de un cacique pehuenche respecto al tráfico comercial que mantenían con chilenos (Valdivia) y argentinos a una y otra banda de la Cordillera: "Nuestro contacto con los cristianos en los últimos años nos ha aficionado a la yerba, al azúcar, a la galleta, la harina, y a otras regalías que antes no conocíamos, pero que nos han sido ya casi necesarias. Si hacemos la guerra a los españoles[19], no tendremos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas, etc.; de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones, aparte de que aquí hay lugar de sobra para todos"[20].

Propagación de enfermedades

Al adquirir prendas de vestir de los europeos, o por cualquier otro medio, se difundían, entre los indígenas, las enfermedades contagiosas, que los diezmaban.

Falkner, en el siglo XVIII, proporciona datos sobre la difusión de la viruela: "Este mal es más funesto entre ellos que entre españoles o negros por su modo de ser, mala alimentación, falta de abrigo, remedios y el cuidado indispensable; porque los parientes inmediatos de los que caen enfermos huyen, para escapar del contagio, y los abandonan a perecer, aunque sea en un desierto. Hará cosa de 45 años que la numerosa nación de los Chechehets se contagió con este mal en las inmediaciones de Buenos Aires, y trató de huir de la peste retirándose hacia su tierra, que distaba unas doscientas leguas, a través de desiertos inmensos. Durante la jornada dejaban por el camino a los enfermos, sus parientes y amigos, abandonados, sin quien los cuidara, y sin más amparo que un cuero que les atajase el viento y una tinaja con agua; y así se ven tan reducidos en número, que apenas cuentan con 300 hombres de pelea"[21].

Difusión de juegos de azar

La comunicación con el blanco resultaba perjudicial para los indios *Pampas* y *Puelches* del siglo XVIII por los vicios que contraían. Señala un misionero jesuita: "Tales hombres perdidos han enseñado a estas gentes el juego de dados, y el de los naipes, en que gastan gran parte de la noche, alumbrándose con lámparas, que ceban con grasa de caballo. Estos juegos se han introducido para perdición de los Indios. Juegan cuentas de vidrios, cascabeles, ponchos, sables, y cuanto compone su pobreza"[22].

II

Los *Pehuenches* han sido los grupos cordilleranos más representativos de la vida nómade pastoril en el siglo XIX.

Los viajeros Luis de la Cruz y Edgardo Poeppig observaron sus costumbres en Antuco.

Araucanización

En la otra banda de la Cordillera, "desde los confines de la provincia de Mendoza hasta el río Limay", los viajeros ingleses Guillermo Cox y George Musters, proporcionan valiosos datos sobre sus modos de vida. Estaban completamente araucanizados en lengua y en algunos aspectos de su vida, sin embargo, mantenían una economía recolectora y ganadera que los diferenciaba de los *Mapuches* y *Huilliches*.

Recolección

Poeppig suministra información sobre la importancia que todavía tenían los piñones en su alimentación: "Los indígenas consumen pehuenes en estado fresco, cocido o tostado, y si se prescinde de un sabor un poco acre, esta última preparación le da un gusto casi igual al de la castaña. Para el invierno se le seca después de la cocción, y las mujeres conocen entonces la preparación de una especie de harina, usada para confeccionar un pan. La recolección sería muy difícil si hubiera necesidad de subir cada vez a los árboles gigantes. Pero cuando a fines de marzo los pehuenes están maduros, se desintegra la piña, y su contenido, incluyendo las escamas, cae al suelo como un regalo del cielo fácil de lograr... En tiempos antiguos los indígenas suministraban grandes cantidades de pehuenes al comercio, en Concepción y Valdivia, desde donde se les vende también a Valparaíso y Lima; pero ahora se les ve poco en la costa, y los que llegan allá son demasiado viejos para conservar su sabor"[23].

Complejo del caballo

Su vida giraba fundamentalmente en torno al caballo.

Constituía la carne de equino su alimento preferido. Para consumirla la asaban superficialmente.

Al tiempo de matar una res comían cruda "...la riñonada, todo el sebo y el librillo; y si estaba preñada la cría...".

Cuando degollaban un animal aprovechaban la sangre para hacer morcilla, lavarse cabeza y cara, y hasta para limpiar sus mantas, las cuales quedaban, por supuesto, en peor estado[24].

Confeccionaban sus toldos con cueros de caballo. Cosían los pellejos con los nervios de los propios equinos para formar dos paños de pieles. Clavaban horcones en el suelo, de menor a mayor para que tengan descenso las aguas, los cruzaban con cañas de coligüe, y tendían sobre este armazón los paños de cuero. Tenían una abertura "en la cumbrera" para que saliese el humo.

En el interior de la tienda las divisiones para cada una de las mujeres estaban hechas de pellejo de equino.

Una piel de ganado lanar servía de colchón y se cubrían con algún cuero.

Seis u ocho de estos aduares o toldos forman el campamento de un cacique "con sus mocetones".

Se establecían cerca de un río o estero. Mantenían sus rebaños de caballos, ovejas y vacunos pastando cerca de la toldería. Al talarse el campo, con la hacienda, se mudaban de lugar[25].

Guillermo Cox narra cómo se levantaba una toldería y se trasladaba a otro sitio: "Cada vez que los ganados y las caballadas, han consumido el pasto del lugar que habitan, se desentierran las estacas, que son siempre las mismas, y

pasan de los padres a los hijos, porque son muy escasas en la pampa, y principalmente palos derechos, como los que se necesitan para ese uso; se arrollan los cueros, y el toldo hace la carga de un caballo, los otros utensilios y objetos menudos, se cargan en otro caballo, y se ponen en marcha: llegados al lugar que han escogido, en pocos momentos instalan otra vez su casa ambulante"[26].

Como poseían grandes rebaños acostumbraban a emigrar en busca de nuevos pastizales.

Status del hombre

La educación del joven pehuenche estaba orientada a que fuese jinete y guerrero.

Señala Poeppig que "...a los pocos meses de edad, los niños aprenden a afirmarse detrás de la madre en la montura...". Alcanzaban a ser "...un gran jinete a una edad en que nuestros niños apenas son capaces de andar solos..."[27].

Las principales faenas de los hombres residían en trabajar el cuero, uncir animales, maniatarlos, manejar las armas, participar en los "malones", y asistir a las reuniones comunitarias.

Status de la mujer

Las mujeres debían recoger las semillas del *pehuén,* y conservarlas para el invierno, triturar el maíz entre dos piedras, cuidar el ganado, preparar bebidas alcohólicas, fermentando piñones, lacear y ensillar en la madrugada el caballo para su marido, armar y levantar los toldos. Además debía encender el fuego para preparar la comida, y tejer[28].

Propiedad

La idea de riqueza entre los *Pehuenches* estaba basada en los bienes transportables: animales y adornos de plata.

Guillermo Cox hace curiosas observaciones sobre la idea de propiedad, y modos de producción en dos tolderías, ubicadas allende la Cordillera: "El comunismo, pero al mismo tiempo la libertad, existe de hecho en la pampa. En la toldería de Caleufu, si se mataba un animal, se repartía entre todos; si un indio traía sacos de manzanas de Huechu-huehuin, o alguna harina, su mujer luego hacía la repartición y la distribución en los toldos. En donde vive Huentrupan, que se siembra y cosecha, ya no es lo mismo, las ideas de propiedad comienzan a diseñarse"[29].

Autoridad y riqueza de los caciques

Sin embargo, Musters señala que entre los *Pehuenches* orientales, su cacique principal tenía autoridad, y se diferenciaba de su gente por los bienes que poseía:

"Me llamó mucho la atención la obediencia que esa gente profesaba a su jefe. La autoridad del Cheoque se extiende al norte hasta Mendoza, sobre centenares de indios que residen en tolderías fijas, unos cuantos en el valle próximo a Las Manzanas, pero la mayor parte cerca de los bosques de araucarias. Sin embargo el poder del Cheoque es absoluto y su palabra es ley hasta para sus subditos más distantes. A una orden suya dejan sus toldos, sus mujeres y sus hijos, y acuden, montados y listos para cualquier servicio, a su cuartel general. Su riqueza es considerable: aparte de numerosos rebaños y manadas, tenía uno de los toldos destinado exclusivamente para depósito, y en él se ponía a buen recaudo sus adornos de plata, ponchos, mantas, etc."[30].

Sociedad

En su vida social, para concertar matrimonio, el novio debía pagar a su suegro caballos, monturas, espuelas de plata, adornos y armas. Otro modo de pago eran vacas y ovejas[31].

En el ritual del casamiento los parientes de ambas partes se sentaban en semicírculo en el interior del toldo, donde se encontraban amarrados los equinos y vacunos que pagaba el novio. Se realizaba allí la comida que unía a las dos fami-

lias. Se sacrificaba un animal, le extraían el corazón y lo cocían en agua. El padre de la novia repartía las presas.

Concluida la comida el novio se llevaba a la mujer a su toldo, donde se hacía la boda al día siguiente, o en el día que se concertaba[32].

Una ceremonia religiosa muy curiosa, de evidente influencia cristiana, era el llamado bautizo del niño o la niña al poco tiempo de nacer. También en este ritual intervenía el caballo.

Los padres solicitaban a un amigo o pariente que sirviese de padrino. Este acudía, en el día fijado, acompañado de amigos y deudos a la casa de su ahijado. Llevaba consigo una yegua o un caballo gordo.

En el patio del toldo derribaban al animal y le ataban las patas. Cada invitado colocaba sobre el vientre del cuadrúpedo los obsequios, y el niño era sentado sobre la cima de los regalos.

Después uno de los concurrentes sacrificaba al equino, le extraía el corazón y le pasaban la víscera al padrino. Este hacía con el vital órgano una cruz en la frente del niño al tiempo que pronunciaba el nombre que se le ponía. Esta nominación se le agregaba como un adjetivo "porque el propio de la casa lo tuvo desde que nació".

Todos los presentes repetían a gritos, por tres veces, el nombre puesto.

La ceremonia continuaba al ofrendar el patrino el corazón al sol. Los asistentes pedían, en alta voz, que llegase a ser fuerte, elocuente, y valiente defensor de la tribu.

Al concluir el ritual, la fiesta duraba hasta que se consumía la carne, la chicha y el vino reunido para el acto[33].

Machitún pehuenche

En los *machitunes* el caballo estaba presente como un elemento fundamental de la ceremonia.

Luis de la Cruz, a comienzos del siglo XIX, narró detalladamente una de las manera de celebrarse un *machitún* pehuenche, denominado *Mareupupiguelen*.

Se buscaba burdamente alegrar al enfermo para que sanase:

"El segundo es que puestos los dos maitenes forma en circunferencia una era de ramas y coirones dejándole una sola puerta para el poniente. Sacan al enfermo y lo colocan en su cama entre los dos árboles; a uno y otro lado se le paran dos viejas y a los pies y cabeza dos viejos. El concurso se pone en circunferencia por debajo de la era y seis mozas adornadas a su uso y agarradas a las espaldas de las viejas. Cerca de la puerta tiene la machi prevenidos un jarro con tinta blanca para afeitar, doce hilos de una vara de largo, dos palitos de media vara de longitud con plumero en la punta y dos calabazas con algunas piedras dentro. Los dos palos los da a las viejas, que los han de tomar en la mano derecha. También las dos calabazas para que en cierto tiempo los haga sonar con la izquierda siguiendo el tambor. Los dos jarros los pasa a dos indios para que recibiendo en el vacío sangre de un caballo que ya tienen amarrado para quitarle el corazón e hígado, con la sangre tiña a las mozas y con el del afeite blanco haga lo mismo. Los doce hilos se reparten para que así como salga el corazón, los de estos hilos hagan doce rosarios de aquellas entrañas y se los cuelguen a las viejas al cuello y prepara también a dos con el destino de que el uno corte la cabeza al caballo y sin el labio de arriba se la pase un viejo y el otro lo rabone y le dé la cola al otro viejo. Con todas estas prevenciones dadas y que los concurrentes las tienen de antemano bien aprendidas, empieza la machi a tocar el tambor, da la

tonada y versos de la canción, le acompañan las viejas con las calabazas y las mozas bailan si moverse de su sitio. Pasado un rato de danza manda se le extraiga al caballo el corazón, se lo pasan con brevedad y los destinados al jarro, cabeza, cola y sartas de hígado acuden a cumplir con su destino. Ella hace con la sangre y corazón lo mismo que en otro machitún y entre tanto ya las mozas están afeitadas de sangre y tinta blanca, las viejas con llancatus de entrañas, el un viejo con la cola y el otro con la cabeza figurando reirse, la machi arrecia con su música. Las mozas no pueden contener la risa, el un viejo le menea la cola al enfermo, el otro le presenta la cabeza; todo el concurso baila y canta y no paran hasta levantar al enfermo, paseándolo dentro de la era y que le siga por detrás y por delante la majiganga. Muchos hay que se mejoran y se alegran al ver aquella fiesta, otros se empleoran y otros se mueren en ella. Se acaba lo mismo que el otro, colgando en un árbol elevado las reliquias del animal muerto"[34]

Entierros

En las ceremonias fúnebres colocaban el cuerpo del difunto atravesado sobre el lomo de su mejor caballo. Era amarrado al animal para que quedase firme. Un familiar conducía la cabalgadura de la rienda hasta la sepultura de sus antepasados. En otro equino cargaban la cama y otros utensilios del fallecido.

Llegados al lugar se abría el sepulcro y sacaban los huesos que encontraban. Ubicaban en el piso de la tumba un encatrado de madera, donde tendían la cama y acostaban al muerto, tapándolo hasta el pecho.

Colocaban el ajuar funerario, consistente en frenos, espuelas, laques, sillas de montar, machetes, cucharas, ollas con comida y cántaros de chicha, cerca de las manos del difunto.

Ponían otro encatrado más arriba del cuerpo para que no fuese aplastado por la tierra, y tendían encima una piel de caballo. Cubrían después el sepulcro con tierra.

El último rito consistía en ahorcar los dos caballos que trasladaron al difunto y al ajuar funerario. Sus restos eran abandonados cerca del sepulcro[35].

Cambio cultural

La vida de los *Pehuenches* constituye uno de los testimonios más evidentes de un cambio en los modos de vida provocado por una alteración del medio físico. Un pueblo recolector y cazador pasó a ser un pueblo jinete y pastor, reproduciéndose en territorio americano condiciones de vida similares a los nómades asiáticos.

NOTAS

[1]La Pérouse, II, p. 67.
[2]Ovalle, p. 90.
[3]Rosales, III, pp. 254 y 257.
[4]Azara, II, pp. 23 a 25.
[5]Cox, p. 208.
[6]Sánchez Labrador, p. 44.
[7]Sánchez Labrador, p. 44.
[8]Poeppig, p. 399.
[9]Sors, p. 184.
[10]Cox, p. 154.
[11]Falkner, p. 151.
[12]Falkner, p. 135.
[13]Poeppig, p. 402.
[14]Poeppig, pp. 399 y 400.
[15]Cox, p. 503.
Muster, pp. 302 y 322.
[16]Sánchez Labrador, p. 40.
[17]Carvallo Goyeneche, pp. 152 y 153.
[18]Poeppig, p. 386.
[19]El término español pasó en la frontera a ser equivalente a blanco, no indígena.
[20]Muster George, p. 306.
[21]Falkner, p. 127.
[22]Sánchez Labrador, p. 33.
[23]Poeppig, pp. 413 y 414.
[24]Cruz, pp. 55 y 56.
[25]Cruz, pp. 37 y 38.
[26]Cox, p. 188.
[27]Poeppig, p. 398.
[28]Poeppig, p. 394.
[29]Cox, p. 214.
[30]Muster, p. 324.
[31]Poeppig, p. 394.
[32]Cruz, p. 52.
[33]Cruz, p. 51.
[34]Cruz, pp. 49 y 50.
[35]Cruz, p. 43.

VII

DIFUSION DE ELEMENTOS CULTURALES HISPANICOS Y EL LIMEN DEL BIO-BIO

En diversas Memorias que van relacionadas he tenido ocasión de hablar de los perjuicios que recibe el Estado y los indígenas, con la usurpación que se hace por los particulares de los terrenos que quedan protegidos con el avance de nuestras fronteras (Saavedra, 1870, p. 252).

I

Se señalo, en un capítulo precedente, que Mapuches y Huilliches lograron consolidar en el siglo xviii una frontera interior en el Reino de Chile. Al sur de la línea del Bío-Bío se mantenían los patrones de conducta indígena.

Las autoridades españolas del siglo xviii, y, posteriormente, los gobernantes chilenos, hasta la segunda mitad del siglo xix, tuvieron que reconocer una situación "de facto": la existencia de dos sociedades.

La sociedad menor o indígena tenía su territorio, su lengua, sus usos y costumbres. Sin embargo, las comunidades indígenas no lograron constituir un Estado ni crear la noción de una patria común.

La guerra, en las centurias decimoctava y decimonona, no tuvo la trascendencia de los siglos precedentes, a pesar de algunos levantamientos indígenas.

El comercio, en cambio, se acrecentó, y nuevas pautas empezaron a regir las relaciones del indígena con el blanco.

El proceso de difusión cultural en el período estudiado, desde la Conquista a la Pacificación, se caracterizó por los ajustes internos a la nueva situación creada por la frontera.

Los españoles introdujeron modificaciones al ambiente natural, al medio social y al mundo de las creencias.

Fueron ellos portadores de elementos culturales que se incorporaban a la vida indígena en cuanto se adecuaban a sus patrones de conducta.

Los cambios que experimentaron los *Mapuches* y *Huilliches,* en tres siglos, no alteraron su ethos porque respondía a la orientación general de su cultura.

Comercio

El intercambio de productos, a través de la frontera, se intensificó en los siglos xviii y xix.

El indígena adquiría mercaderías del traficante, dando cabezas de ganado vacuno y caballar, ponchos y mantas. Recibía, en cambio, artículos de ferretería, frenos, espuelas, cuchillos y baratijas de toda especie.

También conseguían de contrabando, pese a estricta prohibición, sables, espadas, machetes y hachas.

Las bebidas alcohólicas, vino y aguardiente, eran muy codiciadas, "...darán no sólo los hijos, sino que también todas sus mujeres..."[1].

Dos viajeros españoles señalan el tráfico de niños de ambos sexos, "...los cuales venden sus propios padres a trueque de tales menudencias, y llaman a este especie de trato rescatar..."[2].

El naturalista alemán Poeppig proporciona más datos sobre la compra de niños indígenas en los primeros decenios del siglo XIX: "Una situación muy diferente corresponde, sin embargo, a los "indiecitos" que se encuentra a menudo en familias chilenas. Es de conocimiento general que la mayoría de ellos han sido raptados, pues los indígenas que viven cerca de la frontera se dedican al negocio de apoderarse de ellos al interior de la Araucanía, manteniéndolos en seguida algún tiempo en sus chozas, para venderlos finalmente al norte del río limítrofe. Igual suerte corren todos los niños que caen en manos de los indígenas de Arauco en sus frecuentes reyertas con los nómades de los Andes"[3].

En los parlamentos concertados entre los cuatro *Huichanmapu,* y las autoridades españolas, concurrían mercaderes de diferentes partes del Reino y hacían allí "una feria muy copiosa"[4].

A mediados del siglo XIX hacían el comercio con los *Araucanos,* "...algunos buhoneros sueltos que, con una carga de pacotilla, se llevan traficando por el territorio de los indios de una casa a otra, cambiando con ellos el añil, la chaquira, los pañuelos e infinidad de otras frioleras por los ponchos, piñones, bueyes, y caballos"[5].

El trueque resultaba muy beneficioso para los traficantes: "Compré vacas de uno a dos años por cinco onzas de añil, que equivale a setenta y cinco centavos, y los vendí en Valdivia a cuatro pesos. Vacas de tres a cuatro años por diez onzas de añil, o un peso veinte y cinco centavos, que vendí a diez pesos. Caballos de seis a ocho años, por dos libras de añil, o sean cinco pesos, que vendí a veinte pesos... El aguardiente que en Valdivia se compra a treinta pesos la carga de dos barriles, o sean ochenta botellas, es también un negocio bastante lucrativo en Pitrufquen"[6].

Adquirían tabaco de los chilenos o de los *Pehuenches,* quienes lo traían desde Buenos Aires[7].

Delincuentes

En el siglo XIX la Araucanía constituía refugio para delincuentes huidos de la justicia chilena, "...que ganan la vida, ocupándose en cualquier trabajo que se le proporciona"[8].

Ruiz Aldea señala la baja calidad moral de la gente que entraba en comunicación con los *Mapuches*: "El territorio aparece hasta ahora poblado de soldados, de vagabundos, de hombres perseguidos por la justicia, que no son, a fe, los más a propósito para sembrar virtudes en el corazón de sus vecinos. Los gobernadores de Plaza, los subdelegados, los Capitanes de amigos, no siempre se han conducido de un modo justo y decoroso con los araucanos..."[9].

Limitaciones de la tradición oral

Los *Mapuches,* a mediados del siglo pasado, no conservaban la tradición oral, para ellos demasiado remota, de la épica gesta librada por sus antepasados contra la dominación española, en las centurias decimosexta y decimoséptima.

Señala Domeyko: "Nadie entre ellos sabe hoy quienes eran aquel esforzado Lautaro, ese sabio Colocolo, el impávido Caupolicán, que sólo vive en la memoria y poesía de los cristianos... Sólo se conoce la destrucción de las siete ciudades..."[10].

El viajero estadounidense Edmon Smith destaca: "Traté de averiguar si estos indios tenían alguna tradición de los tiempos anteriores a la conquista española, sobre todo, respecto del dominio de los incas del Perú; pero me sorprendió observar que sus recuerdos históricos apenas llegaban hasta la guerra de la Independencia. Acerca de la conquista española tienen sólo ideas vagas y confusas..."[11].

Integridad territorial

Pero todas las generaciones tuvieron conciencia de mantener su integridad territorial.

Cuando observaban que la colonización blanca avanzaba al sur del Bío-Bío, comprando tierras y poblando territorio anteriormente indígena, procedían a detener drásticamente la penetración.

Algunos días bastaba para destruir la obra de años de esfuerzo.

Malones

En el levantamiento indígena de 1859 los *Mapuches* asolaron la fértil campiña que se extiende desde Santa Bárbara hasta la cordillera de Nahuelbuta, aproximadamente unas treinta leguas de tierra cultivada.

Llevaron al interior de la Araucanía quince mil cabezas de ganado.

El pueblo de Negrete, que contaba con más de mil habitantes, quedó reducido a ruinas humeantes.

Las casas de campo fueron incendiadas "...sin haber podido sus dueños salvar siquiera lo necesario para la subsistencia de sus familias"[12].

Las causas del malón tenían sus raíces en la adquisición de tierras indígenas por el blanco.

Venta de tierras

Algunos aborígenes vendían las tierras comunitarias a colonos blancos, por un precio ínfimo, observándose una formalidad legal. Pero no tenían idea lo que podría significar, para ellos, para su vida, un contrato de compraventa.

Al entrar el nuevo propietario en posesión de la tierra, la familia indígena se sentía despojada de su medio de existencia "...sin dejarle donde vivir, ni donde sembrar y criar sus animales...". Al sentirse engañada hacía oír sus quejas a los demás indígenas. Como el caso no era aislado, sino que se repetía con frecuencia, el descontento cundía. La situación se complicaba más cuando los compradores buscaban hacer valer sus derechos ante las restantes familias comunitarias. Estas, al sentirse amenazadas de ser expulsadas de terrenos, que ocupaban ancestralmente, recurrían a la justicia. Los juicios, aun los que tenían sentencia favorable, provocaban disgusto entre los *Mapuches,* por sus gastos y costos[13].

Las quejas, la indignación y el odio desembocaron en el citado levantamiento. A consecuencias del mismo, tuvieron que abandonar provisoriamente la zona, totalmente arruinados, más de catorce mil pobladores rurales[14].

Usurpación de tierras

Cuando se logró la Pacificación de la Araucanía, en el lapso 1861-1883, trasladando la línea de frontera (Bío-Bío, Malleco, Traiguén, Cautín, Villa Rica) el problema de la tierra se agravó.

El coronel Cornelio Saavedra, creador y primer ejecutor del plan, señalaba la necesidad que la propiedad indígena fuese protegida legalmente y tuviese una administración de justicia adecuada.

Destaca los numerosos pleitos, por tierras, en Arauco e Imperial, "a que ha dado lugar la insaciable codicia de los españoles[15] por las propiedades de los indios"[16].

Propagación del Cristianismo

El cristianismo se había difundido entre los pueblos de lengua araucana, en la segunda mitad del siglo XVIII, en tres zonas bien delimitadas y separadas entre sí.

A las orillas del Bío-Bío estaban las misiones de Talcamávida, San Cristóbal, Santa Fe y Santa Bárbara. Existía también la reducción de la Mocha.

La segunda zona cristianizada correspondía a los *Huilliches* de la provincia de Valdivia.

Estos indígenas señala un documento "...tienen mejor disposición y aptitud para abrazar seriamente el cristianismo que los de la frontera de la Concepción, desde Bío-Bío para el sur..."[17].

Alcanzaba la influencia misionera hasta el río Bueno.

La tercera región cubría a once mil indígenas en Chiloé, "...remedo floreciente de la inocencia, caridad y devoción de los primitivos cristianos"[18].

Resistencia a la conversión

La región mapuche fue zona de conflicto para la propagación de la fe católica.

Una de las causas residía en la estructura poligámica de la familia. Para los caciques constituía factor de prestigio tener muchas mujeres. Si abrazaban el cristianismo quedaban con una sola esposa.

Algunas de sus mujeres católicas al no desear seguir conviviendo con un marido común pagano, buscaban refugio en tierra de cristianos.

El cacique quedaba disminuido socialmente y reaccionaba de modo violento.

Un conflicto de pautas constituyó el principal motivo para que fracasaran la guerra defensiva y la penetración misionera en el primer tercio del siglo XVII.

El padre Luis de Valdivia, en el parlamento de Catiray, concertado en 1612, transmitió a caciques y *conas* el mensaje de conciliación del monarca español; poner fin a una larga guerra de más de sesenta años, respetar una línea de frontera, abrir el territorio a la propagación del evangelio.

La asamblea aceptó las proposiciones del misionero. Tenía prestigio bien ganado entre los *Mapuches*. Todo hacía prever que quedaría asegurada una paz duradera en la frontera.

Sin embargo, los hechos se precipitaron en forma diametralmente distinta.

Al huir tres mujeres del cacique Anganamón al campamento cristiano sobrevino el conflicto.

Los españoles se negaron a devolverlas porque eran católicas, y una de ellas cautiva española. Se temía, con justa razón, por sus vidas.

Al no ser desagraviado, el jefe indio, despechado, asesinó a tres misioneros, y a indios conversos, en Elicura.

Rosales destaca que al regresar el cacique Anganamón a su tierra, después de la masacre, aconsejaba a su gente, "...que no fuesen cristianos ni se bautizasen, porque luego, en siendo bautizados, los embusteros de los Padres y de los españoles les habían de decir que no podían vivir con los gentiles y se las habían de quitar las mujeres como habían visto que lo habían hecho con él"[19].

Un hecho similar, pero sin trágicas consecuencias, relata dos siglos después el misionero Melchor Martínez.

Una de las mujeres de un cacique pagano al reducirse a la fe, huyó a la misión franciscana establecida en el territorio.

Por la noche apareció el cacique con gente armada, exigiendo la devolución de su mujer.

Después de larga discusión consiguió el religioso apaciguarlo.

Le recordó su promesa al recibir a los misioneros en su tierra que "...no impediría a nadie hacerse cristiano, fuese mujer, hijo, etc..."[20].

Otra causa que dificultó la propagación del cristianismo entre los *Mapuches* residía en que vinculaban la religión con los *huincas*.

Señala Carvallo Goyeneche la contestación de un indio anciano, próximo a fallecer, al misionero que buscaba su conversión: "Padre, no te canses, porque

es costumbre y ley inviolable de mis antepasados no creer cosa alguna de lo que digan los españoles"[21].

En la mentalidad indígena los signos cristianos podían ser interpretados mágicamente como maleficios en determinadas circunstancias.

Pablo Treutler señala lo que aconteció a un adivino que visitó una misión franciscana en Toltén. Relata el viajero: "Vuelto a su tribu nuestro adivino con aquel nuevo adorno, la credulidad de sus paisanos principia por alarmarse y acaba por negar la ciencia del que se había manchado con la reliquia. Nuestro adivino no pudo ejercer más su oficio, ni ser venerado por sus creyentes hasta que no se hubo desprendido de la sagrada insignia, lo que no sucedió sin que hubiese tenido lugar un alboroto en la tribu de Boroa, y que una partida de salvajes se hubiese encaminado a Toltén con el objeto de asesinar a los padres que habían maleficiado al adivino"[22].

II

El proceso de cambio entre los *Araucanos,* desde la conquista hasta la pacificación, se verificó a través de una línea de frontera. La guerra, el comercio, y las misiones, vincularon las dos sociedades. Supieron adaptar a su vida los elementos culturales que les interesaba.

Difusión de la tecnología europea

Los dos primeros factores influyeron en las transformaciones que experimentaron los indígenas en su vida material.

El levantamiento general de 1598 proveyó, a los *Araucanos,* de espadas, cuchillos, podones, y gran cantidad de hachas.

Al contar con armas más eficientes, las flechas cayeron en desuso.

Ligaban las hojas de las espadas capturadas a los españoles a las astas de sus lanzas y picas.

Estas armas servían a la infantería araucana y caballería. Los soldados de a pie usaban picas largas y livianas, mientras que los jinetes usaban lanzas más cortas.

Estimaban el hacha por los múltiples servicios que prestaba en la guerra. Utilizaban este instrumento para derribar árboles, que al cruzarse en el camino dificultaban el paso de la caballería española. Le servía para fortificar sus casas con albarradas de madera entretejida, y cortar las palizadas de los fuertes españoles[23].

Tenían porras engastadas con clavos de herrar, mostrando las cabezas. Producían multiples heridas de un solo golpe[24].

Los desertores que convivían en los campamentos confeccionaban fraguas donde salían "...hierros para sus lanzas y frenos y espuelas para sus caballos..."[25].

También utilizaban instrumentos de hierro para labranza. Adelgazaban herramientas españolas para reforzar las puntas de sus palas de madera. Cayeron en su poder hoces para segar.

Usaban el arado español. Posiblemente lo adoptaron en el siglo XVIII. El viajero inglés W. B. Stevenson lo describe: "...es una pieza de madera curvada, hecha generalmente con la parte del tronco y una de las principales ramas de un árbol. La parte destinada a remover la tierra, pues no se puede decir labrarla, tiene alrededor de cinco pies de largo y seis pulgadas de ancho. Una de las extremidades de este instrumento es puntiaguda, en el otro cabo se alza

un mango, aproximadamente, de tres pies de alto, formando con la parte puntiaguda un ángulo obtuso..."[26].

Al saquear las ciudades en 1598, capturaron "...muchas escopetas, arcabuces y aun mosquetes...". Sin embargo, disponían de poca pólvora. Este armamento sólo era servido por desertores del campamento español[27]. El indígena identificaba el disparo de arcabuz con el trueno, y le infundía temor usar el arma.

Un viajero inglés señala que la infantería utilizaba "...mosquetes que han aprendido a manejar de los españoles con mucha destreza...", a comienzos del siglo XIX[28].

Reemplazaron los cueros de auquénidos y lobo marino por los de vacuno para confeccionar sus armas defensivas: tenían coseletes, celadas y adargas, y, según opinión del padre Rosales, hacían algunas corazas tan fuertes que "...eran a prueba de bala de arcabuz..."[29]. Frenos, espuelas, y estribos, los hacían de madera[30].

Los caballos estaban protegidos, cubiertos "...de hijadas de cuero crudo de buey, raspado y muy pintado de colores con divisas y trofeos...", siguiendo la usanza española. Las cabezadas y riendas eran confeccionadas de cuero y cordel[31].

Introducción de semillas y ganado

La guerra de la frontera alteró los modos tradicionales indígenas de producir alimentos. Se introdujeron nuevas semillas y los animales domésticos europeos.

Ya se señaló la importancia económica de los cultivos de trigo y cebada al comenzar el siglo XVII.

González de Nájera proporciona datos sobre otros bienes adquiridos por el aborigen a consecuencia del levantamiento de 1598.

Menciona el militar las numerosas viñas plantadas por los españoles en las ciudades sureñas, las cuales quedaron en poder del indígena.

Los *Araucanos* se aficionaron al vino "...mucho más que a las bebidas que ellos acostumbran..."[32].

Empezaron a contar después del levantamiento de 1598 con ganados caprino y ovino: "Los indios de guerra van también procurando sus ciertos rebaños de los géneros de nuestros ganados, particularmente, cabras y carneros de los llevados de España, importante y nuevo sustento para ellos..."[33].

En la primera mitad del siglo XVII, pese a que la alimentación era fundamentalmente agrícola, tenían algunos rebaños de vacunos. Señala Bascuñán: "...encontramos algunas tropillas de vacas muy domésticas y mansas con algunas crías..."[34].

En el siglo XVIII, Olivares traza un cuadro poco halagüeño sobre la agricultura y ganadería araucana: "Sus sementeras de trigo y cebada, no pasan de cuatro o seis almudes, de sembradura de maíz menos, y lo demás a proporción. Algunos los defienden con una débil cerca, y los más con ninguna; y así entran a la parte los animales comiéndose los sembrados en yerbas o después de maduros. Lo que se cosecha asimismo queda a discresión de toda la gente de la familia y aun de las aves domésticas; por la cual se deja entender que su agricultura no les da alimento para la mayor parte del año... En cuanto a los ganados, hay el mismo desperdicio y descuido"[35].

Varios viajeros del siglo XIX destacan un mejor aprovechamiento de sus recursos agropecuarios.

Domeyko señala: "Inmediatos a su casa, tienen huertos y sementeras de trigo, cebada, maíz, garbanzos, papas, linaza y repollos: todo bien cultivado y cercado; y como las habitaciones se hallan por lo común en la vecindad de algún río o

estero, en sus contornos se divisan las lindas campiñas y floridas praderías, en que el indio tiene sus caballos y su ganado gordo, hermoso, aunque no tan numeroso como el de las haciendas chilenas... Hay entre ellos sobre todo entre los caciques *llanudos,* algunos que poseen hasta 400 y más caballos y cantidad considerable de ganado"[36].

Un viajero alemán hace notar: "La Araucanía abunda también en rico ganado vacuno y lanar. Los caballos, animales indispensables para sus moradores, que están acostumbrados a andar siempre en ellos, son de dos clases: naturales del país y argentinos... Los indios prefieren naturalmente los primeros, pero como son escasos, se ven obligados a ir a buscar los otros a la República Argentina"[37].

El proceso de aculturación en la labranza de la tierra se intensificó en algunas zonas, próximas a centros de población criolla.

El citado viajero señala: "Marilef contiene como treinta habitaciones poco más o menos, pobladas por cerca de doscientas personas. Situada a la orilla occidental de San José, se extiende en espacio como de una legua cuadrada en terreno perfectamente cultivado, en que se produce trigo, habas, papas, maíz y varios otros granos, todo plantado, no por las mujeres... sino por los hombres, lo que deja percibir la influencia que nuestras costumbres van adquiriendo entre los indios por la proximidad de pueblos o pequeños establecimientos de gente más civilizada"[38].

Ruiz Aldea sugiere que satisfacían holgadamente sus necesidades vitales: "La mayor parte de los araucanos son propietarios y los que no lo son se ponen al abrigo de los ricos. Por esta circunstancia el indio vive estable en un punto de su propiedad, donde se entrega pacíficamente al cultivo del campo y a la crianza de ganados. Por el cuidado que tienen de socorrerse mútuamente no se ven mendigos entre ellos"[39].

A partir de la Pacificación la ganadería araucana decayó, al reducirse sus tierras, y no disponer de potreros para sus rebaños.

Entre los animales domésticos, el caballo introdujo importantes cambios a sus modos de vida.

Permitió una mayor movilidad.

Facilitó el proceso de araucanización de la Patagonia septentrional y la pampa argentina.

Transformó la táctica militar, dándoles una posibilidad de ataque antes desconocida.

Los *Mapuches* se preocuparon por tener buenos caballos para la guerra. Enflaquecían y adiestraban sus animales, haciéndolos saltar zanjas y tres o cuatro arcos consecutivos. Desechaban los menos ágiles y no los llevaban a la guerra[40].

Utilizaban también procedimientos mágicos para conseguir animales veloces. Les daban a beber la piedra bezar disuelta en agua. Refregaban sus patas con la misma piedra o con los pies del auquénido. Pensaban que al ser creado el bezar por los guanacos, animales muy ligeros, transmitirían su rapidez al noble animal. Aplicaban la misma lógica para frotar los cascos de los equinos con plumas de aves de veloz vuelo[41].

Trillaban el trigo con yeguas, a la usanza chilena[42].

Cuando fallecía un cacique o un hombre rico mataban caballos para sus honras funebres, pero al morir personas sin recursos económicos no sacrificaban equinos. Decían que las almas de los pobres no debían andar a caballo, por que no lo habían hecho en vida[43].

Para espantar a los espíritus malignos en los *machitunes,* montaban a caballo y corrían velozmente alrededor de la casa, atronando con sus alaridos y gritos[44].

Cambios en la vestimenta y vivienda

Gustaban usar vestimenta española para engalanarse. Como desconocían el significado que estas prendas tenían en la sociedad europea, las utilizaban con criterio decorativo y ornamental: "...pero pónenselos de manera muchos de ellos, que provocaban a risa sus disfraces, porque unos traen sobre las armas hábitos de frailes con sombreros de muchas plumas, y otros fieltros con bonetes de clérigo: otros basquinas, y otros verdugados abiertos por ambos arzones, de manera que más parecen máscaras de carnestolendas, que gente armada y de guerra; y algunas veces se visten casullas y capas de coro, y otros ornamentos de iglesia que robaron y violaron con sus sacrílegas manos"[45].

Los caciques recibían al gobernador de Chile y a las autoridades, vestidos a la usanza europea, al celebrarse parlamentos en el siglo XVIII: "...con sus casacas de grana, galoneadas de oro y plata, chupa, calzones y camisas de lino: éstas para demostrar que las traen, la dejan fuera de los calzones, tanto por delante como por detrás, lo cual junto con el mal talle de dichos vestidos, mueve grandemente a la risa, que es necesario contener, porque de no se irritarían y creerían que se burlaban de ellos"[46].

La vivienda disminuyó de tamaño en el siglo XIX. Domeyko señala que el frente de la *ruca* tenía veinte o más varas[47]. Otro autor sostiene que variaba entre diez o veinte varas de largo. Es decir, que fluctuaría entre los 18 ó 20 metros, las más grandes. Posiblemente estaría vinculado el decrecimiento de la capacidad, al menor número de esposas que tendrían los caciques, y hombres ricos.

Contaban, en el interior de las casas, con más comodidades que en las centurias precedentes: "...tienen sillas de juncos, mesas, catres y baules... el servicio de la mesa se compone de fuentes y platos de greda o palo, las cucharas son también de palo o metal, los vasos de asta, cristal o loza. El servicio de esta última clase es para las personas decentes, y el de greda o palo para las inferiores. La vajilla de Colipí y Pinolevi era toda de plata labrada. Entre algunos caciques se encuentran mates, bombillas y otras prendas de plata que suelen señalar a los viajeros como cosas de lujo y curiosidad"[48].

Conservadorismo en la vida social

En su vida económica y social, *Mapuches* y *Huilliches* experimentaron escasos cambios por la difusión de elementos culturales europeos, a través de la frontera.

Subsistió la propiedad familiar de la tierra, la poligamia, la poliginia sororal, el bajo *status* de la mujer en la familia, el matrimonio por compra o rapto, el sistema de parentesco y los trabajos comunitarios.

Sin embargo, las creencias totémicas se debilitaron en los siglos XVII y XVIII: no hay ninguna referencia, entre los cronistas o viajeros de las citadas centurias sobre postes totémicos, en sus casas, tal como se menciona en las fuentes del siglo XVI.

Guerra y estructura política

El proceso de cambio en su organización política fue mayor, por la necesidad de defenderse del dominio español.

Los *levos* se unieron formando los *aillareue,* constituidos por nueve agrupaciones. Se constituyeron los cuatro o cinco *huichanmapu* o tierras aliadas, que aglutinaban los *aillareue.*

El abate Molina explica cómo funcionaba la confederación militar de la Araucanía.

Señala el ilustre jesuita que, en el siglo XVII, las autoridades de las tierras

aliadas y de los *aillareue* residía en los *toquis* y *apo-ulmenes* respectivamente. Los *levos* o *rewes* reconocían al *Ulmen*.

La fuente del poder militar residía en el Gran Consejo Araucano, *butacoyaq*, constituido por la asamblea de guerreros.

Elegían al Jefe Supremo del ejército. Podía ser seleccionado entre *Toquis, Ulmenes,* o un *cona* de acreditada fama.

Al asumir el mando tomaba también el nombre de *Toqui,* y permanecía en su cargo hasta que duraba el conflicto.

El caudillo militar señalaba a los *Toquis* vitalicios el número de soldados que debían aportar. Estos, a su vez, pedían a los *Apo-ulmenes,* que les mandasen la proporción correspondiente de guerreros. Otro tanto acontecía con los *Ulmenes,* requeridos por el jefe del *ayllareue*[49].

Los españoles buscaron acrecentar la autoridad de los caciques. Estaban exentos de pagar tributos y del servicio personal.

Los parlamentos, pese a un fracaso aparente e inmediato, al no respetar el indígena algunas cláusulas prohibitivas, ni evitar los levantamientos, lograron vincular algunos caciques con la Corona.

El Gobernador entregaba a los jefes, en el siglo XVIII, un bastón con puño de plata, patente de cacique, y título de "don"[50]. También recibían gratificación del representante del Rey. A cambio se les exigía fidelidad al monarca español. Se sentían halagados por el fausto de las ceremonias, y aun en el período republicano, algunos ancianos caciques añoraban los Parlamentos "...en los cuales se recibía a los caciques con música, banderas, regalos y otras atenciones destinadas a conquistar su buena voluntad..."[51].

Estos antecedentes explican la actitud antirrepublicana de ciertos caciques durante la guerra de la Independencia, y, posteriormente, su adhesión al aventurero francés Orelie-Antoine I, para crear un estado monárquico independiente en la Araucanía.

Señala el coronel Saavedra: "Aunque a simple vista hace creer sea un demente el dicho rey, sin embargo, hay motivos para juzgarlo como un aventurero bien criminal, pues no cesó durante su permanencia en el territorio araucano de seducir y halagar los instintos de los salvajes para atacar las plazas de frontera a cuya invitación se prestaron muy gustosos las diversas tribus"[52].

En el mundo de sus creencias los *Mapuches* experimentaron pocos cambios.

Estabilidad de las creencias

Persistió la vida mágica, los temores a las diferentes formas en que se podían encarnar los *weküfes,* y a la acción maléfica de los brujos.

La otra vida seguía siendo concebida como un viaje por mar a otras tierras, donde se continuaba la segunda etapa de la existencia. Las almas corpóreas mantenían las mismas necesidades materiales, los mismos hábitos y costumbres.

Reinterpretación de nociones religiosas

Sin embargo, el cristianismo influyó en sus creencias animistas, lo que permitió se elaborase la idea de un Ser Supremo, divinidad esencialmente protectora del indígena.

Los misioneros enseñaban a los indígenas la existencia de *Chao Dios Uenu,* el Dios Padre que está en los cielos.

También los propios cautivos difundían ideas cristianas. Bascuñán daba a entender la idea del Supremo Hacedor, a través de sus creencias animistas: "Pues considerad ahora a Dios, que es el alma y el *pilli* de todo lo criado..."[53].

Posiblemente, en los siglos XVIII y XIX, empieza el desdoblamiento del con-

cepto de *pillañ,* influenciado por la concepción dual cristiana, de un Dios en el cielo y un Demonio en el infierno.

Para algunos cronistas del siglo XVIII, el *pillañ* del cielo sirvió para expresar la idea de Dios.

Señala Gómez de Vidaurre: "Ellos primeramente reconocen un ente supremo, a quien dan el nombre de *Guenpillán,* que quiere decir alma del cielo. Confiesan en él la omnipotencia, la eternidad, la infinidad, y lo hacen criador de todo... El es, dicen, el gran *Toqui* del mundo invisible, y en tal cualidad tienen sus *Apo Ulmenes* y sus *Ulmenes,* a los cuales deja el gobierno de las cosas inferiores"[54].

Pero Carvallo Goyeneche aclara: "A ningún númen rinden adoración; ignoran el Supremo Ser, y aquellos vocablos: Butangen, Vilvembre, Vilpepilvo, Moligelu, Aunolu, gran ser, creador de todo, omnipotente, eterno, infinito, que se hallan en su idioma, son combinaciones inventadas por los misioneros para hacerles comprender los atributos divinos, y hacerles entrar por los principios de nuestra religión"[55].

El *pillañ* del cielo se vinculó, en la segunda mitad del siglo XIX, con nociones de autoridad y poder: *Nguenechén* (Dueño de hombres), *Nguenemapún* (Dueño de la Tierra), los cuales terminan por reemplazarlo para designar al Ser Supremo.

El vocablo *Nguenechén* aparece por primera vez en el Vocabulario del Padre Luis de Valdivia (1606) para designar al encomendero.

La voz *Nguenemapún* la utiliza prístinamente Andrés Febrés, en 1767.

La utilización de la palabra *Pillañ,* unido al término *Nguenemapún,* para expresar la idea de Dios aparece en una de las Memorias de los padres capuchinos italianos.

El misionero Adeodato da Bologna señala: "...no tienen una idea clara de Dios, llamado por ellos *Nughmapu* y *Piglian,* pero especialmente temen a *guecubu,* es decir, al espíritu maligno..."[56].

La identificación de *Pillañ* con *Nguenechén* fue señalada por Tomás Guevara: "...Interrogados algunos indios de notoria autoridad en el conocimiento de sus tradiciones religiosas sobre las diferencias entre *Pillan* y *Ngenechén,* han contestado sin vacilar "Es lo mismo"..."[57].

En contraste, el *pillañ* del volcán *(Deguin)* se asimiló al demonio cristiano en la mente indígena. Su morada en las extrañas de la fumarola y su vinculación al fuego explicaría esta fusión.

Tomás Guevara destaca: "Con excepción de los muy entendidos en tradiciones teogónicas o de los que no han experimentado la influencia de otra religión, todos contestan, cuando se les pregunta sobre este particular, que el espíritu tan reverenciado por sus antecesores es ahora el diablo"[58].

Los prejuicios religiosos de los españoles fueron también trasmitidos al indígena. Se señaló, en un capítulo precedente, que a los holandeses de religión protestante, les denominaban, en el siglo XVII, *moros huincas,* para diferenciarlos de los españoles.

El viajero estadounidense Smith señala "...a pesar de que los indios no profesan el cristianismo, tienen horror a los *moros, herejes* e *infieles,* términos aplicados en todo Chile a los que no son católicos apostólicos romanos"[59].

III

Estabilidad y cambio cultural

La difusión de elementos culturales europeos, a través de la frontera, originaron cambios en la tecnología indígena, al introducirse el hierro, el arado, las nuevas semillas, los animales domésticos españoles. La alimentación, el transporte, la táctica y organización militar, experimentaron transformaciones sensibles. Pero los aspectos más íntimos de su cultura: su estructura familiar, su espíritu comunitario y etnocéntrico, su vinculación mágica con los poderes de la naturaleza, perduraron a través de los siglos. Sin embargo, lograron elaborar, mediante una influencia indirecta misionera, la idea de un Ser Supremo, auténticamente mapuche.

NOTAS

[1]Sors, p. 183.
[2]Juan J. Ulloa, II, p. 354.
[3]Poeppig, p. 200.
[4]Gómez de Vidaurre, p. 340.
[5]Domeyko, p. 113.
[6]Treutler, pp. 185 y 186.
[7]Smith, p. 167.
[8]Smith, p. 182.
[9]Ruiz Aldea, p. 80.
[10]Domeyko, p. 92.
[11]Smith, p. 162.
[12]Palavicino, p. 144.
[13]Palavicino, pp. 15 a 17.
[14]Saavedra, p. 8.
[15]El vocablo "español" se continuaba empleando en la frontera, en la segunda mitad del siglo XIX para designar a los blancos.
[16]Saavedra, pp. 252 y 253.
[17]Cosme Bueno, p. 314.
[18]Olivares, p. 61.
[19]Rosales, II, p. 585.
[20]Martínez, pp. 41 y 42.
[21]Carvallo Goyeneche, p. 156.
[22]Treutler, p. 88.
[23]González de Nájera, pp. 170 y 171.
[24]Rosales, I, p. 119.
[25]González de Nájera, p. 120.
[26]Stevenson, p. 41.
[27]González de Nájera, p. 120.
[28]Stevenson, p. 53.
[29]Rosales, I, p. 119.
[30]González de Nájera, p. 115.
[31]González de Nájera, p. 115.
[32]González de Nájera, p. 24.
[33]González de Nájera, p. 23.
[34]Bascuñán, p. 49.
[35]Olivares, p. 62.
[36]Domeyko, pp. 76 y 77.
[37]Treutler, p. 49.
[38]Treutler, p. 118.
[39]Ruiz Aldea, p. 15.
[40]Rosales, I, p. 115.
[41]Rosales, I, p. 115.
[42]Smith, p. 196.
[43]Smith, p. 87.
[44]Smith, p. 145.
[45]González de Nájera, p. 115 .
[46]Gómez de Vidaurre, p. 340.
[47]Domeyko, p. 76.
[48]Ruiz Aldea, p. 17.
[49]Molina, pp. 152 a 158.
[50]Sors, p. 44.
[51]Smith, p. 162.
[52]Saavedra, p. 162.
[53]Bascuñán, p. 109.
[54]Gómez de Vidaurre, p. 317.
[55]Carvallo Goyeneche, p. 137.
[56]L'Araucania. Memoire inédite, p. 12.
[57]Guevara, I, p. 437.
[58]Guevara, I, p. 436.
[59]Smith, p. 133.

EPILOGO

La multiplicidad de mundos ecológicos, donde se desenvolvió la vida del aborigen chileno, permite vislumbrar a grupos humanos circunscritos a su hábitat.

El medio físico restringe, a los pueblos que no han alcanzado cierto grado de desarrollo tecnológico, a extraer primariamente de su contorno los elementos imprescindibles para su supervivencia.

Ser indígena, es ser primitivo, es ser primigenio. La comunicación es casi directa con la naturaleza. No la transforma, no la cambia, se adapta.

Un contexto o complejo cultural constituye una de las posibles respuestas que un grupo humano da a su ambiente natural.

En el desértico litoral nortino, el indígena encontró, en el lobo marino, un medio para subsistir. Hacía con cueros de este animal, las embarcaciones, los recipientes, los techos de sus precarias habitaciones. Sus embarcaciones le permitían extraer alimento del mar. No debe sorprender que, al morir, colocasen sus parientes en la tumba los instrumentos de su quehacer marino y pesquero.

En los frondosos canales fueguinos el aborigen supo obtener múltiples aplicaciones de la corteza de árbol. Estas gentes confeccionaban sus embarcaciones, sus mantas, redes, tinajas y ollas con un material tan endeble. Fabricaban sus instrumentos de madera, hueso y piedra. Hacían sus vestimentas y recipientes con cueros de lobo marino, foca y guanaco. Su dieta alimenticia la obtenían del mar. Desde un punto de vista ecológico, asombra la adaptación de sus organismos al ambiente físico. Sólo pequeñas hordas podían vivir en condiciones tan precarias.

En la región boscosa de la Cordillera los indígenas utilizaron primordialmente las posibilidades que les brindaban los bosques de pinos y la abundancia de guanacos y felinos en la alta montaña. El *pehuén* constituía la base de la alimentación vegetal de los aborígenes en la zona de la Araucaria. Comían la carne de los guanacos, y con los cueros confeccionaban sus toldos y vestidos. Su escaso desarrollo tecnológico sólo permitía una economía de subsistencia. Estaban obligados a bajar a los valles para traficar o robar. Su organización política se reducía a pequeñas hordas, posiblemente vinculados sus miembros por parentesco.

En los oasis de la árida región nortina los aborígenes desarrollaron una agricultura en base a la irrigación artificial. La crianza de auquénidos tuvo importancia para el transporte, tráfico y vestimenta. Las artesanías y metalurgia alcanzaron mayor desenvolvimiento que en otras zonas del país. La vivienda de adobe, con techo de barro, sustentado sobre vigas de algarrobo y chañar, utilizaba los recursos materiales de la zona. La organización social de los *Atacameños* estaba basada en lazos de parentesco entre miembros de los *ayllus*. La unión de varias de estas pequeñas comunidades constituía un pueblo.

En los valles de Aconcagua y Mapocho se requería regadío para cultivar la tierra. La crianza de auquénidos tenía menor valor económico que en el norte. La población, dispersa en sus viviendas, reconocía la autoridad de jefes de carácter hereditario.

Al sur del Bío-Bío el aumento de precipitaciones y de bosques daba la posibilidad que labrasen los campos sin irrigación artificial y levantasen viviendas de madera y paja. La población estaba diseminada en la región. La autoridad de sus jefes era débil, pero permitía mantener una estructura social y política, en base a vínculos de parentesco entre familias, trabajos y fiestas comunitarias, y participación en la formación de milicias para la guerra.

En el siglo XVI, a medida que se expandía la dominación española por el país, quebraba el aislamiento regional, e integraba las comunidades autóctonas a la nueva sociedad en formación.

Al vencer los conquistadores la resistencia de los indígenas en los valles de Copiapó, Coquimbo, Aconcagua y Mapocho, los aborígenes del Norte Chico y Zona Central disminuyeron numéricamente y se sometieron a los conquistadores. Se asimilaron, en un lapso de medio siglo, facilitando el cruzamiento racial y la fusión cultural, con menoscabo de la lengua y tradición indígenas. En la primera mitad del siglo XVII el territorio comprendido entre el desierto de Atacama y el río Bío-Bío estaba hispanizado en lengua y costumbres.

Los *Changos* del litoral experimentaron pocas alteraciones en sus maneras de vida por los cambios producidos, pero, al disminuir sensiblemente los lobos marinos, a mediados del siglo XIX, tuvieron que abandonar paulatinamente su antiguo género de existencia.

Al fijarse el *limen* en el curso del Bío-Bío, resultado del levantamiento de 1598 y de la destrucción de las ciudades sureñas, la expansión española se detuvo. Chiloé constituía el único reducto cristiano al sur de Concepción. Cerca de medio siglo después se fortificó Valdivia, y desde ese puerto se extendió la influencia española hasta el río Bueno. Los *Huilliches,* desde la segunda mitad del siglo XVIII, se mantuvieron leales a los españoles en los alzamientos de las fronteras.

Los zonas nucleares de la resistencia indígena experimentaron cambios para adaptarse a la nueva situación creada por sus peligrosos vecinos.

Los nuevos elementos humanos que incorporaban a su sociedad, cautivos, desertores, mestizos, estuvieron sometidos a una fuerte presión social para su rápida asimilación (cambio de nombres, vestimenta indígena, aislamiento).

Aprendieron de los blancos a forjar armas e instrumentos de hierro, elaborar adornos de plata, y confeccionar con este valioso metal, espuelas, frenos, estribos para los caballos de los caciques y hombres ricos.

Introdujeron las semillas europeas en sus tierras. Cultivaban, especialmente, trigo y cebada, a causa de la guerra de frontera del siglo XVII. Estos cereales maduraban más temprano que el maíz. Podían recoger y ocultar sus cosechas, antes que los españoles, al emprender las malocas, las destruyesen.

Animales de origen europeo, específicamente manadas de vacunos cerriles y tropillas, provocaron alteraciones en un medio escasamente poblado por gente de raza blanca.

Hay que interpretar la modificación del ambiente físico en amplias zonas de Chile y Argentina. Los rebaños, en mayor o menor número, según la época que se considere, se extendían desde la Araucanía, en su sentido más lato, hasta el norte de la Patagonia argentina y la Pampa.

Los indígenas de estas zonas se convirtieron en pueblos jinetes, se comunicaron e influyeron mútuamente, con marcado predominio araucano en estos procesos de mezcla y aculturación.

El complejo del caballo afectó múltiples aspectos de sus culturas: alimentación, vivienda, transporte, guerra, comercio, magia, ceremonias y ritos.

Los *Mapuches* perfeccionaron su organización militar, mediante una confederación de tribus, las cuales se mantenían unidas en períodos de guerra. Los malones y el comercio con españoles o criollos les proporcionaban lo que requería su estilo de vida. Sin embargo, no lograron cohesionar las diferentes comunidades en los tiempos de paz, creando una estructura estatal.

Al irse desplazando la línea de frontera desde el Bío-Bío hasta Villa Rica, en la segunda mitad del siglo XIX, las agrupaciones indígenas incorporadas al Estado chileno constituyeron, en el marco de la cultura nacional, una subcultura, o una minoría étnica, con rasgos propios.

En los canales fueguinos algunas familias de indios *Chonos* comenzaron a ser trasladados, por los españoles, a islas desiertas de Calbuco, en la primera mitad del siglo XVIII. Posiblemente continuó esta migración a Chiloé, porque cuando Darwin recorrió la zona, en 1832, encontró que estaban despobladas las islas Guaitecas y el archipiélago de los Chonos.

Al sur del paralelo 45, los *Alacalufes* y los *Yámanas* experimentaron escasos cambios en su género de vida por las alejadas visitas de los navegantes a las australes riberas de los indios canoeros.

En suma, se comprueba al estudiar los modos de vida de los aborígenes chilenos una correlación entre ecología y cultura.

Los encuentros entre la civilización occidental, representada por los españoles, y los diferentes grupos de población indígena agroalfarera, originaron la formación de una sociedad mayor, al norte del Bío-Bío, con predominio de los elementos culturales hispánicos, y, de una sociedad menor, al sur de la citada corriente fluvial, donde se mantuvieron los rasgos indígenas fusionados con algunos elementos de origen español.

Con la Pacificación el grupo minoritario se incorporó "de facto" al Estado chileno, creando la problemática todavía no resuelta de lograr el adecuado ajuste entre las dos sociedades.

Los grupos marginales no alteraron las líneas generales del esquema.

BIBLIOGRAFIA

L' Araucania, Memorie inedite della Missioni dei FF. MM. *Cappuccini nel Chili,* Tipografia Vaticana, Roma, 1890.

FÉLIX DE AZARA, *Viajes por la América Meridional,* 2 ts., Madrid, 1941.

FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN, *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, III, Santiago, 1863.

LUIS ANTONIO DE BOUGAINVILLE, *Viaje alrededor del Mundo en 1767, 1768, 1769,* I, Madrid, 1921.

COSME BUENO, *Descripción de las provincias de los obispados de Santiago y Concepción,* en Colección de Historiadores de Chile, X, Santiago, 1876.

FRANCISCO CARO DE TORRES, *Hechos de don Alfonso Sotomayor,* en Colección de Historiadores de Chile, V, Santiago, 1864.

VICENTE CARVALLO Y GOYENECHE, *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, VIII, IX, X, Santiago, 1875-1876.

JACQUES COOK, *Relation d'un voyage fait autour du monde. Dans les Annéss 1769, 1770, 1771* (Traduite de l'anglois), Relation des voyages entrepis par ordre de Sa Majesté Britannique, II, Paris, 1774.

Idem, *Voyage dans l' hémisphère austral et autour du monde* (Traduite de l'anglois), Relation des voyages entrepis par ordre de Sa Majesté Britannique, IV, Paris, 1778.

PEDRO DE CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, II, Santiago, 1862.

FRANCISCO CORNELY, *Cultura diaguita chilena y cultura de El Molle,* Santiago, 1966.

GUILLERMO COX, *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia,* en Anales de la Universidad de Chile, XXIII, Santiago, 1863.

LUIS DE LA CRUZ, *Tratado importante para el conocimiento de los indios Pehuenches según el orden de su vida,* en Revista Universitaria, XXXVIII, Santiago, 1953.

CARLOS DARWIN, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo,* 2 ts., Madrid, 1899.

IGNACIO DOMEYKO, *Araucanía y sus habitantes,* Buenos Aires, 1971.

ALONSO DE ERCILLA, *La Araucana,* Edición de la Real Academia Española, I, Madrid, 1866.

TOMÁS FALKNER, *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur,* Buenos Aires, 1957.

LOUIS FARON, *Araucanian Patri-organization and the Omaha system,* en American Anthropologist, LV, nº 3, Menasha, 1956.

AMEDÉE FREZIER, *Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chily et du Pérou,* Paris, 1732.

MIGUEL DE GOICUETA, *Viajes del capitán Juan Ladrillero al descubrimiento del estrecho de Magallanes,* en Claudio Gay, Historia física y política de Chile, Documentos, II, París, 1852.

FELIPE GÓMEZ DE VIDAURRE, *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, XIV y XV, Santiago, 1889.

ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO, *Historia de Chile desde sus descubrimiento hasta el año de 1575,* en Colección de Historiadores de Chile, II, Santiago, 1862.

PEDRO GONZÁLEZ DE AGÜEROS, *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé en el Reino de Chile y obispado de Concepción,* Madrid, 1791.

ALONSO GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Desengaño y reparo de la guerra de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, XVI, Santiago, 1889.

TOMÁS GUEVARA, *Historia de Chile, Chile prehispánico,* 2 ts., Santiago, 1929.

BERNARDO HAVESTADT, *Chilidúgu, sive tractatus linguae Chilensis,* Lipsiae, 1883.

JUAN DE HERRERA, *Relaciones de las cosas de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, II, Santiago, 1862.

JORGE IRIBARREN, *Arqueología en la provincia de Atacama (Chile)*, en Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas, II, Buenos Aires, 1968.

JORGE JUAN, ANTONIO ULLOA, *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, II, Madrid, 1748.

JUAN DE LADRILLERO, *Descripción de la costa del mar Océano desde el sur de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes*, en Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, VI, Santiago, 1880.

HORACIO LARA, *Crónica de la Araucanía*, 2 ts., Santiago, 1889.

RICARDO LATCHAM, *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*, en Publicaciones del Museo de Antropología y Etnología de Chile, III, n.os 2-4, Santiago, 1923.

ROBERTO LEVILLIER, *Gobernantes del Perú, Papeles y cartas*, Biblioteca del Congreso Argentino, VIII, Madrid, 1925.

ELÍAS LIZANA, *Colección de documentos históricos recopilados del Archivo del Arzopispado de Santiago*, I, Santiago, 1919.

PEDRO MARIÑO DE LOVERA, *Crónica del Reino de Chile*, en Colección de Historiadores de Chile, VI, Santiago, 1865.

PEDRO DE USAURO MARTÍNEZ DE BERNAVÉ, *La verdad en campaña. Relación histórica de la Plaza, Puerto y Presidio de Valdivia*, en Fondos Varios, Archivo Nacional, Santiago, 1782.

MELCHOR MARTÍNEZ, *La Iglesia y las creencias y costumbres de los Araucanos en Chile*, en Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, IV, Buenos Aires, 1944.

JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Los aborígenes de Chile*, Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1952.

OSVALDO MENGHIN, *Estudios de Prehistoria araucana, Studia praehistorica*, II, Buenos Aires, 1962.

ERNESTO DE MOESBACH, *Idioma Mapuche*, Padre las Casas, 1962.

JUAN IGNACIO MOLINA, *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile*, en Colección de Historiadores de Chile, XXVI, Santiago, 1901.

GRETE MOSTNY, *Prehistoria de Chile*, Santiago, 1971.

GEORGE PETER MURDOCK, *Social structure*, New York, 1966.

GEORGE MUSTERS, *Vida entre los Patagones*, Buenos Aires, 1911.

MIGUEL DE OLAVARRÍA, *Informe sobre el Reino de Chile, sus Indios y sus guerras*, en Gay, Claudio. Historia física y política de Chile, Documentos, II, París, 1852.

MIGUEL DE OLIVARES, *Historia militar, civil y sagrada de Chile*, en Colección de Historiadores de Chile, IV, Santiago, 1864.

ALCIDES D'ORBIGNY, *El hombre americano*, Buenos Aires, 1944.

PEDRO DE OÑA, *Arauco domado*, Santiago, 1917.

JOSE MANUEL ORREGO, *Memoria sobre la civilización de los araucanos*, Santiago, 1854.

ALONSO OVALLE, *Histórica relación del Reino de Chile*, Instituto de Literatura Chilena, Santiago, 1969.

VICTORINO PALAVICINO, *Memoria sobre la Araucanía por un misionero del Colegio de Chillán*, Santiago, 1860.

JOSÉ PÉREZ GARCÍA, *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile*, en Colección de Historiadores de Chile, XXII, XXIII, Santiago, 1900.

LA PÉROUSE, *Voyage autour du monde*, II, editado por Milet Mureau, Paris, 1797.

RODULFO PHILIPPI, *Viaje al desierto de Atacama*, Halle, 1860.

JERÓNIMO PIETAS, *Noticias sobre las costumbres de los Araucanos*, en Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, Documentos, I, París, 1846.

EDUARD POEPPIG, *Un testigo en la alborada de Chile*, Santiago, 1860.

DIEGO ROSALES, *Historia general del Reino de Chile*, 3 ts., Valparaíso, 1877.

PEDRO RUIZ ALDEA, *Los araucanos y sus costumbres*, Santiago, 1902.

CORNELIO SAAVEDRA, *Documentos relativos a la ocupación de Arauco*, Santiago, 1870.

José Sánchez Labrador, *Paraguay Católico. Los indios Pampas, Puelches, Patagones,* Buenos Aires, 1936.

Edmon Reuel Smith, *Los Araucanos o Notas sobre una gira efectuada entre las tribus de Chile Meridional,* Santiago, 1914.

W. B. Stevenson, *Voyage en Araucanie au Chile, au Pérou y dans la Colombie* (Traduite de L'Anglais), Paris, 1828.

Antonio Sors, *Historia del Reino de Chile situado en la América Meridional,* en Revista Chilena de Historia y Geografía, n.os 42 a 49, Santiago, 1921-1922.

Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, Cuarto Marqués de Cañete,* en Colección de Historiadores de Chile, v, Santiago, 1864.

Santiago Tesillo, *Guerras de Chile, causas de su duración y medios para su fin,* en Colección de Historiadores de Chile, v, Santiago 1864.

Paul Treutler, *La provincia de Valdivia y los araucanos,* Santiago, 1861.

Luis Tribaldos de Toledo, *Vista general de las continuadas guerras: difícil conquista del gran reino, provincia de Chile,* en Colección de Historiadores de Chile, iv, Santiago, 1864.

Luis de Valdivia, *Arte, vocabulario y confesionario de la lengua de Chile,* Leipzig, 1887.

Idem, *Nueve sermones en lengua de Chile,* Santiago, 1897.

Pedro de Valdivia, *Cartas al Emperador Carlos* v, en Colección de Historiadores de Chile, i, Santiago, 1861.

Antonio Vásquez de Espinoza, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales,* Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, Miscellaneus Collection, 108, Washington, 1948.

Jerónimo de Vivar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile,* Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1966.

AILLAREUE (AILLAREWE): Reunión de nueve *rewes* o *levos*.

ALACALUFES (ALAKALUF): Grupo étnico. Lengua hablada por los indios canoeros desde el Golfo de Penas hasta la boca occidental del canal de Beagle.

AMUCHI: Segundo clan totémico mencionado por el Padre Luis de Valdivia. No lo traduce. Los diccionarios modernos de lengua araucana no registran este vocablo.

ANTÜ: El Sol. Primer clan totémico citado por Valdivia.

ARAUCANOS: Término histórico-étnico. Vocablo inventado por Alonso de Ercilla al referirse a los habitantes de *Arauco*. Gentilicio común a los pueblos que hablan esta lengua.

ARAUCO: Etimológicamente, *raq*: greda; *co*: agua. Agua gredosa.

ATA (ACHAWAL, ACHAU): Gallina. El Padre Luis de Valdivia señala esta voz en su *Vocabulario*. Los diccionarios modernos designan al gallo y a la gallina con el vocablo *achawal*, y su apócope *achau*.

ATACAMEÑOS: Grupo étnico. Voz quechua. Etimológicamente, *tacama*, significa pato negro.

AUCA (AUKA): Alzado, rebelde. Voz adoptada del quechua. Actualmente, en mapuche, *auca*, significa yegua.

AYLLU: Clan. Voz quechua. Unidad social formada por descendientes de un antepasado común, real o supuesto.

AYMARÁ: Grupo étnico. Su núcleo más compacto se extendía desde los 15 a 20 grados de latitud sur.

BÍO-BÍO: El río más largo de Chile. Según Ernesto W. de Moesbach proviene del canto del pajarito *fiu fiu*. En lengua mapuche se le denomina *Butalebu* (río grande).

BOQUIBUYES: Sacerdotes de la paz. Portadores del canelo (*boqui, foki*). Solamente los menciona Diego Rosales.

BUTANMAPO (HUICHANMAPU, UTANMAPU, WICHANMAPU): Tierras aliadas. Confederación militar de la Araucanía. Los cronistas las denominan con las voces *Butanmapo, Utanmapo*. Ernesto W. de Moesbach señala su etimología, *wichan*: juntarse, aliarse; *mapu*: tierra.

CACHEN (KACHU): El pasto, la yerba. Tercer clan totémico citado por Valdivia.

CAHUÍN ver CAVI.

CAICAI (KAIKAIFILU): Culebrón, animal mitológico.

CALCU (KALKU): El brujo. Practica o se le atribuye la magia negra.

CALQUÍN (CALQUIÑ): El águila real. Cuarto clan totémico mencionado por Valdivia.

CARILEMU: Verde bosque. El abate Molina lo cita como ejemplo de nombre propio (*cari*) y apellido o linaje mapuche (*lemu*).

CAUCAHUES: Grupo étnico, lengua Chõn. Indígenas de la Patagonia austral. Salvador Canals Frau estima posible que fuese una tribu de los *Téues* o Patagones antiguos. Su etimología, según Moesbach, es: *caucau*: gaviota; *hue*: lugar.

CAUQUES: Indígenas de Cauquenes citados por Gómez de Vidaurre.

CAVI (CABI, CAHUÍN, KAUIN, KAWIN): Actualmente fiesta, reunión, borrachera. Según los datos de los cronistas los *cabíes* o *cabís* constituían una agrupación social de familias o clanes patrilineales: *lofes* entre los *Mapuches* y *machüllas* entre los *Huilliches*.

COLIGUAI (COLLIHUAY): Arbustos colorados, euforbiáceos. De la raíz de estas matas obtenían los indígenas el veneno.

COMECHINGONES: Grupo étnico. Indígenas argentinos de la Sierra de Córdoba.

CONA (KONA): Mozos, guerreros, soldados.

COÑIVOE ATA: Gallina ponedora. El Padre Valdivia cita en su Vocabulario esta voz. En el Diccionario de Félix de Augusta se designa con un solo vocablo *kuramfe*.

CÚGA (KÜNGA): Linaje, familia, apellido, clan.

CULÉU: Cañas bravas. Citado por Diego Rosales.

CULUI (KÜLWI): Porotos o fréjoles secos. Esta voz la

registra Luis de Valdivia en su Vocabulario. La versión fonética de Féliz de Augusta es *külwi*.

CULLA (KULLA): Cuadrilla de ayudantes. Diego Rosales destaca su colaboración para la construcción de la *ruca*. Ernesto de Moesbach señala el significado actual de la voz *külla*: ayudantes; jefe de un trabajo en común o mengaco.

CUNCOS: Grupo étnico. Subtribu de los *Huilliches*, ubicados en la zona costera entre el río Bueno y el Canal de Chacao. Posteriormente se desplazaron al norte de Chiloé.

CUNZA: Lengua de los indios *Atacameños*.

CURA (KURA): La piedra. Quinto clan totémico citado por Luis de Valdivia.

CURIS: Indígenas de la zona de Curicó.

CURUCHE (KURECHE): Los negros. *Kurü*: negro; *che*: gente.

CUTUTUN PENSO: Juego de destreza. Solamente mencionado por cronistas del siglo XVIII.

CHAMÁN: Voz siberiana. Individuo al que se le atribuye comunicación directa con los seres sobrenaturales mediante sueños, visiones o la posesión de los espíritus.

CHANGOS: Indígenas dedicados a la pesca en la costa norte de Chile, no constituían un grupo étnico.

CHAO: Padre. En el Vocabulario del Padre Valdivia, *Mú Chao* es el padre y *Chao* es el hermano del padre. Hoy día, en lengua araucana, al tío paterno se le designa con el vocablo *malle*.

CHEBURBUE: Ser mítico. Anunciador de cosas futuras. Mencionado por Diego Rosales.

CHECHETS: Indígenas ubicados entre los ríos Colorado y Negro en territorio argentino. Posiblemente una tribu de los *Puelche Guénaken*.

CHILIDUGU: Lengua de Chile.

CHILOTES: Población indígena de Chiloé formada por la unión de *Cuncos* y *Chonos*.

CHILLIHUEQUE: Carnero de la tierra. Luis de Valdivia lo registra en su Vocabulario. *Chilli*: Chile; *hueque*: la llama o guanaco.

CHIQUILLANES: Grupo étnico, citado por los cronistas del siglo XVIII. Merodeaban por la banda oriental de la Cordillera, entre los 34 y 35 grados de latitud sur.

CHONCHON (CHUNCHO): Ave nocturna de rapiña. Se le considera de mal agüero y muchos la creen invisible.

CHONOS: Grupo étnico. Población primitiva de Chiloé. Poblaban también las islas Guaitecas y el archipiélago del mismo nombre.

CHUCHOCA: Alimento de maíz de origen araucano.

DIAGUITAS: Grupo étnico de lengua *kaká*. Vivían en territorio chileno al norte del río Choapa, en las actuales provincias de Coquimbo y Atacama, hasta Copiapó. En Argentina constituían una de las tribus más representativas del Noroeste argentino.

DIUCACO (DIUKAKO): *Diuka*: ave cantora; *ko*: agua. Sexto clan totémico que señala el Padre Luis de Valdivia.

DÚGÚLL (DENGÜLL): Fréjoles. Citado por Luis de Valdivia. Félix de Augusta registra el vocablo *dengüll*.

DUNGUBE (DUGULUÉ): Adivino, adivina, profetisa superior.

ENTUCO (ENTUKO): Agua extraída. *Entun*: sacar, quitar; *ko*: agua. Septimo clan totémico citado por el jesuita Luis de Valdivia.

FOTÜM: Hijo de padre.

GAGEN (NGUENGEN): Ave palúdica conocida con el nombre de *pideñ*. Décimo clan totémico mencionado por Valdivia.

GEN BOYE (NGUENFOIKE): Lit: Dueño o Señor del Canelo. Cacicazgo hereditario.

GEN TOQUI (NGUENTOQUI, NGUENTOKI): Lit: Dueño del *toki*. Cacicazgo hereditario.

GLLIN (DIULLIÑ): Posiblemente sea el moscardón. Octavo clan totémico citado por Luis de Valdivia.

GRÚ (NGERÜ): El zorro. Noveno clan totémico que señala Valdivia.

GÜENUPILLÁN (WENUPILLAÑ): *Pilláñ* del cielo.

HUARPES: Grupo étnico cuyano. *Huarpes* sanjuaninos de lengua *allentiac*, *Huarpes* mendocinos de lengua *millcayac*.

HUECUB (GUECUBUS, WEKÜFE): Ente maligno de gran poder.

HUEQUE (WEKE): Carnero de la tierra. Bernardo de Havestadt lo cita para ejemplificar una *Cüga* o linaje con distintos nombres propios de sus miembros:

Luihueque: (*lui*: blanco; *hueque*: Carnero)
Curuhueque: (*curu*: negro; *hueque*: Carnero)
Neculhueque: (*necul*: veloz; *hueque*: Carnero)

HUERCÙHUE: Lugar del mensajero o del mensaje. Félix de Augusta señala su etimología: *werkün*: mandar, enviar; *hue:* lugar. Undécimo clan totémico citado por Luis de Valdivia.

HUEULLO: Instrumentos agrícolas. Bascuñán señala su uso. No registran este vocablo los diccionarios araucanos modernos.

HUILLICHES (WILLICHES): Grupo étnico. *Willi*: sur; *che*: gente. Se extendían desde los ríos Toltén al Bueno, hablaban araucano.

HUINCA CHE (*Winka*): Prístinamente, aludía a los españoles, posteriormente extiende su acepción a los no *Mapuches*. Este vocablo se opone a *reche* (indígena).

HUINDOMO: Primera mujer. Esposa principal. Figura este vocablo en las crónicas. Bertha Koessler, en su *Glosario de voces araucanas* (1962) registra la expresión *Nguenruka domo,* dueña absoluta de la casa, que manda sobre las demás mujeres.

HUY DÚHUE RUCA: Alfarería. Registra el vocablo el misionero jesuita Luis de Valdivia. En el *Diccionario* de Félix de Augusta (1916) "hacer vasijas de barro" se expresa con el vocablo *widüfen,* similar a *huy dúhue,* omitiéndose la palabra *ruka.*

IBUNCHES (IFÜNCHE): Hombre bestia. Según Ernesto W. de Moesbach "tiene la forma de un niño deformado e hinchado que lleva pegada una pierna en la nuca y la cara vuelta por atrás".

INANDOMO: Segunda mujer. Esposa secundaria. Figura este vocablo en las crónicas. No lo registran los diccionarios modernos.

INCA: Voz quechua. Nombre y título del gobernante del Imperio incaico.

JURÍES: Grupo étnico de lengua *tonocoté.* Antiguo gentilicio para designar a los indígenas argentinos de las llanuras de Santiago del Estero entre los ríos Dulce y Salado.

KOUTUKAN: Flechas que arrojan los brujos.

LABQUEN LEUBU (LAFQUEN LEUFÚ): Río mar. Nombre indígena del Río Negro.

LAMNGUEN: Término de parentesco. Hermano con hermana, hermanas entre sí, y primas paralelas, se designan del mismo modo.

LEBO (LEVO, LEPÜN): División política y geográfica de la antigua Araucanía. *Lebo* deriva de *lepün* (barrer). Era la cancha arreglada, barrida, donde los indígenas celebraban sus juntas. El Padre Luis de Valdivia define al *lebo* como una *regua* de Arauco, "...y una parcialidad y división de tierras". Constituía la unidad política de los pueblos araucanos.

LEB TOQUI: Lef significa ligero. Era el emisario del Toqui general.

LINQUI: Posiblemente se refiera al árbol lingue. Decimoquinto clan totémico citado por Valdivia.

LUAN (LLUAN): *El guanaco.* Decimocuarto clan totémico citado por el misionero Luis de Valdivia.

LULES: Indígenas argentinos situados al oriente de Salta y al norte de Santiago del Estero.

LLANCA (LLANGKA): Adornos de piedras verdes. Los cronistas mencionan estos aderezos. Figura esta voz en los diccionarios modernos de lengua araucana.

LLAUCAHUIN (LLAQKAWIN): La mitad de un *kawin.* El Padre Luis de Valdivia es el único cronista que proporciona información sobre la división en mitades del *kawin.*

LLIPI O LIPES: Voz cunza. Según Alcides D'Orbigny era la autodenominación de los antiguos *Atacameños.*

LLUNQUES: Nombres de unas mantas mencionadas por Jerónimo de Vivar.

MACHI: Curandero o curandera entre los *Mapuches.* Hoy día son la mayoría de sexo femenino.

MACHITÚN: Curación o ensalmo que practica la *machi.*

MACHULLA (MUCHÜLLAS): Familia patriarcal de los *Huilliches.* Posiblemente un clan totémico. Entre los *Mapuches* recibe el nombre de *lof.*

MALLE UA: Maíz pintado. Luis de Valdivia registra esta voz en su Vocabulario. No figura en los diccionarios modernos de lengua araucana.

MAPUCHE: Grupo étnico. *Mapu*: tierra; *che*: gente. Gente de la tierra, autóctonos, indígenas.

MAREUPUPIGUELEN: *Machitún pehuenche,* citado en la relación de Luis de la Cruz.

MELIANTU: Cuatro soles. El Abate Molina lo cita como nombre propio (*meli*) que precede al apellido del linaje totémico (*antü*).

MENA: Término de parentesco. Cierta clase de primos.

MERU: Ave agorera, citado por Diego Rosales.

MILDU (MÜLU): Pan de maíz. Lo cita el Padre Valdivia. Figura en el *Diccionario araucano* de Félix de Augusta la voz *mülu* para designar al pan de linaza o de maíz.

MOLUCHE: Alteración de *Nuluche*. Moesbach sugiere que procede de *ngulu-che. Ngulln;* ponerse el sol; *che*: gente. Gente de Occidente. Designa a los indígenas entre los ríos Bío-Bío y Toltén, es decir, a los *Mapuches.*

MOLLE: Voz quechua. *Molli*: árbol anacordiáceo. *El Molle* sitio tipo descubierto por Francisco Cornely en el valle de Elqui.

MŪGU: Decimosexto clan totémico citado por el Padre Valdivia. No lo traduce. Los diccionarios de lengua araucana no registran este vocablo. La única voz que se le asemeja es *mùllgh*: caracol, citado por Armengol Valenzuela en su "Glosario etimológico".

MÚRQUE (MÜRKE): Harina de maíz, citado por Valdivia. Félix de Augusta traduce *mürke* por harina tostada.

MUTI: Maíz cocido. Figura en el Vocabulario del Padre Valdivia.

ÑAWE: Término de parentesco. Hija respecto del padre.

NGUENECHÉN: Lit: "dueño y dominador de la gente". Denominación del Ser Supremo. En los vocabularios de los padres Luis de Valdivia y Andrés Febrés se registra la voz *gen che,* para designar al encomendero.

NGUENFOIKE: Ver: *Gen boye.*

NGUENTOQUI: Ver: *Gen toqui.*

NGUENMAPU: Lit: "dueño de la tierra". Cognomento de *Nguenechén.*

NGUENPIRU: Equivale a *Gen piru* "dueño de los gusanos". Hoy día, según Bertha Koessler es "el que realiza ensalmos para arrojar los gusanos de un organismo vegetal o animal enfermo".

NGUENUENU: Lit: "dominador de la altura". Hechiceros a los que atribuían poderes para hacer llover.

NGUILLATÚN: Festividad ritual agrícola.

ÑUKE: Término de parentesco. La madre, la tía materna y la hija del tío materno se designan con este vocablo.

ONAS: Patagones australes. Lengua *Chõn.* Vivían en la isla grande de Tierra del Fuego.

PALITUN (PALIHUE): Juego de Chueca.

PAMPAS: Grupo étnico, lengua *Het.* Indígenas de las planicies argentinas

PANGUE (PANGKE): Planta haloragidácea. La cita Diego Rosales. Ernesto de Moesbach señala "...los pecíolos de sus enormes hojas sirven de refresco, bajo el nombre de nalca".

PAGI (PANGUI): Puma, león americano. Decimoséptimo clan totémico citado por el Padre Luis de Valdivia.

PEHUENCHES: *Peweñ:* la araucaria, pino chilenó; *che:* gente. Gente de los pinares. Poseían lengua propia. Se araucanizaron en el siglo XVIII.

PENCONES: Indígenas de Concepción, citados por Gómez de Vidaurre.

PEÑEN: Término de parentesco. Hijo o hija respecto de la madre.

PEÑI: Vocablo para designar los hermanos entre sí y primos paralelos.

PICUNCHE: Grupo étnico. *Picu, picum;* norte; *che*: gente. Gente del norte. Araucanos que residían entre los ríos Itata y Choapa.

PILMA (PILLMA): Pelota de viento o paja. *Pilmahue*: Cancha para el juego de pelota.

PILLAÑ: Voz que expresa las creencias animistas entre los *Mapuches.* Según Moesbach, este vocablo se desglosa en *pëllü:* alma, espíritu humano llegado a su estado y lugar definitivo; *am:* alma, espíritu humano mientras que está todavía alrededor de su cadáver, tumba o familia.

PIQUE-PIQUE: *Raíz* comestible, citada por Jerónimo de Vivar.

POÑU: Papas y bollos de papas.

Pormocaes: (Promaucaes): Voz quechua. Jerónimo de Vivar los designa *Pormocaes;* otros cronistas *Promaucaes.* Moesbach sugiere esta etimología *puruma*: salvaje; *auca*: enemigo, rebelde, gente inculta y rebelde. Así denominaron los Incas a los indígenas chilenos ubicados entre los ríos Maipo y Bío-Bío.

Poyas, Guilipoyas: Patagones australes. Lengua *Chõn.* Vivían al sur del lago Nahuel Huapi. Posiblemente pertenecían a los *Téues* o Patagones antiguos.

Pucara: Voz quechua. Lugar fortificado, fortín, fortaleza.

Puelche: Grupo étnico. *Pu-el*: llegada allá, al este; *che*: gente. Gente del este. Tribu indígena subandina, desde Lonquimay hasta el Golfo de Reloncaví.

Pulcu Mudai (Pülku Mudai): La chicha. El Padre Félix de Augusta proporciona estas versiones:

Püllku üwa: Chicha de maíz.
Püllku manzana: Chicha de manzana.
Püllku wingka: El aguardiente.
Pülku mudai: Chicha de maíz, trigo, cebada.

Puno: Prenda de vestir de las mujeres, mencionado por Bascuñán al referirse al *machi* homosexual.

Qllvu (Kallfü): Azul. Decimoctavo clan totémico que menciona el jesuita Luis de Valdivia.

Quechua: Grupo étnico. Lengua general del Imperio Incaico.

Quillay: Arbol quillay, cuyo zumo se usa para lavar. El Padre Luis de Valdivia lo traduce por jabón del indio.

Quiñe Lacu (Kiñe Laku): Del mismo nombre, linaje o clan patrilineal. *Kiñe*: uno; *laku*: el abuelo paterno y sus nietos.

Reche: Mapuche genuino. *Re*: sin mezcla, puro; *che*: gente.

Rehua: Conjunto de ramas de los árboles sagrados que preside el *Nguillatún;* poste de *maqui* tallado en escalera; división religiosa de los *Mapuches,* equivale al *levo* o *lebo.*

Rehueque: Carnero de la tierra. El Padre Luis de Valdivia registra esta voz en su *Vocabulario. Re*: sin mezcla, puro; *hueque*: la llama o el guanaco.

Renü: Cueva subterránea para los aquelarres de los brujos o brujas.

Repu: Palitos para hacer fuego.

Ruca (Ruka): Vivienda mapuche.

Rucan Domo: Mujer casada. Lo registra en su *Vocabulario* el Padre Luis de Valdivia. En el diccionario de Félix de Augusta (1916) una mujer casada se traduce por *fet'ángechi domo.* El vocablo *rukan* no figura.

Sanavirones: Grupo étnico argentino. Indígenas situados en la región comprendida al Norte por el río Salado, al Sur por el río Primero, al Este por la actual línea divisoria entre Santiago del Estero y Santa Fe y al Oeste por la Sierra de Sumampa.

Serranos: Nombre usado por cronistas y cartógrafos del siglo xviii para designar a los indígenas que merodeaban las sierras sureñas de la provincia de Buenos Aires.

Talca: Trueno.

Talcatún: Disparo de arcabuz.

Taluhet: Parcialidad de indios *Pampa.* Lengua *Het.* Merodeaban por la parte oriental y húmeda de la Pampa.

Tanañas: Capas de cuero. Registra este nombre Jerónimo de Vivar.

Tehuelhets: Vocablo pampa, sinónimo a *Tehuelche.*

Tehuelche: Grupo étnico. Lengua *Chõn.* Indígenas de la Patagonia austral.

Toqui (Toki): Este vocablo tiene tres acepciones según los cronistas:

a) Hacha de pedernal negro, insignia de mando.
b) El jefe de guerra designado por la asamblea de los *conas.*
c) El cacicazgo hereditario (*Nguentoqui*). Tenía la atribución de convocar a la guerra.

Trentren (Trengtreng): Cerro mítico. Serpiente o culebra que habitaba en su cumbre, protectora de los *Mapuches.*

Ülmen: Jefe, hombre noble.

Ulpo (Ullped, Mürke): Harina tostada revuelta con agua.

Uminta (Humita): El Padre Valdivia lo traduce por "pan de maíz".

Thegu (Trewa): El perro. El Padre Valdivia anota esta voz en su *Vocabulario*. Félix de Augusta registra el vocabulario *trewa* para designar al can.

Vilcun (Filkuñ): La lagartija. Decimonono clan totémico que señala el Padre Valdivia.

Vúde (Fedü): La perdiz. Vigésimo clan totémico citado por Valdivia.

Weku: Término de parentesco. Tío materno.

Yamanas (Yaghanes): Grupo étnico. Habitaban la costa austral de Tierra del Fuego y las islas al sur del canal de Beagle. Lengua propia.

Yañi (Llalliñ): La araña. Duodécimo clan totémico que señala Valdivia.

Yene: La ballena. Decimotercero clan totémico mencionado por el Padre Valdivia.

Ynchecayche: Fórmula de desafío individual en el combate: "Yo soy el hombre", citado por Jerónimo de Vivar.

F 3069 .Z36
Zapater, Horacio.
Los aborigenes, chilenos a tr
010101 000
0 1163 0079902 4
TRENT UNIVERSITY

Date Due

NOV 2 3 1998
DEC 1 3 1996
FEB 0 3 1998
FEB 1 9 1998
MAY 0 1 1998
FEB 2 6 1998
JUN 0 9 1998
MAR 1 2 1998
MAR 1 2
APR 1 6 1998
MAY 0 1 1998
APR 1 6 1998
MAY 2 9 1998
NOV 3 0 1998

F3069 .Z36
Zapater, Horacio.
Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros

247728

DATE	ISSUED TO

247728

Editorial Universitaria